



Resistencias cotidianas: memorias del protagonismo de las pobladoras de la Sara Gajardo en las ollas comunes y los comprando juntos





Resistencias cotidianas:
memorias del protagonismo de las
pobladoras de la Sara Gajardo en las
ollas comunes y los comprando juntos

Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes, FONDART Regional 2019 (Metropolitano). Patrimonio Cultural/Investigación. Proyecto 503113. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual: N° 2023-A-3363

ISBN: 978-956-7093-45-8

© Fundación Instituto de la Mujer

Santiago de Chile, febrero 2023.

Equipo de trabajo:

Gloria Leal Suazo, Isidora Salinas Urrejola, Julia Aravena Moya,
Mónica Cabezas Ansaldo.

Editora general: Carmen Torres Escudero.

Portada: Mujer. Fotografía de María Eugenia Lorenzini.

Fotografías portadilla de Prólogo y de Contexto Histórico: María Eugenia
Lorenzini.

Fotografías de protagonistas: Nadia Martínez Rodríguez y archivo personal
de Gloria Leal Suazo.

Fotografías de murales: Nadia Martínez Rodríguez.

Ilustración de ollas comunes: Victoria Viñals Leñero.

Diseño y diagramación: Paulina Manzur Morales.

Impresión: Andros Impresores.

Agradecimientos

A las mujeres que nos han entregado sus valiosos testimonios: Maribel Flores, Isabel Lienlaf, Nora Lira, Marisa Ortiz, Pascuala Rebolledo, Idalia Troncoso, María Teresa Valenzuela, Isabel Vera y a la familia de Rosa Suazo (QEPD). Sus voces nos hacen partícipes de su quehacer cotidiano y extraordinario del proceso de toma de terreno, la construcción de sus viviendas, su activa participación en las ollas comunes y en los comprando juntos o en otras actividades comunitarias, recreativas y familiares.

A María Eugenia (Kena) Lorenzini por autorizarnos a publicar sus extraordinarias fotografías, así como a Victoria Viñals, por permitirnos reproducir su ilustración.

Al equipo de investigadoras y administrativo de la Fundación Instituto de la Mujer por haber gestado y realizado este proyecto. Un equipo que debió, y supo, sortear la pandemia del coronavirus para recuperar el habla olvidada de las pobladoras de la Sara Gajardo.

Al Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes (FONDART Regional 2019) por haber apoyado esta iniciativa.

A Jocelyne Gómez, Nadia Martínez, Paulina Manzur y, muy especialmente, a los integrantes del directorio de nuestra Fundación, por su compromiso e inquebrantable lealtad. Todas y cada una de estas personas han dado lo mejor de sí para hacer posible esta publicación. Gracias por habernos ayudado a rescatar las voces de mujeres de una población en particular, la Población Sara Gajardo, y contribuido a enriquecer la memoria colectiva de las mujeres.

Índice

Prólogo	09
De actoras secundarias a protagonistas de cambios	
Nuria Núñez Rius	11
Contexto histórico	19
Mujeres populares: autogestión y acción política	
Julia Aravena Moya	21
La alimentación como espacio político	
Gloria Leal Suazo	47
¿Quién era Sara Gajardo?	
Carmen Torres Escudero	57
Las protagonistas	61
No se puede perder la experiencia acumulada de las mujeres organizadas	
Isabel Vera Arroyo	63
Con el comprando juntos teníamos para comer y nunca nos faltó el pancito	
Rosa Suazo Varela	75
Tengo claro que no me gustaría vivir nunca, nunca jamás, una dictadura	
María Teresa Valenzuela Varas	87
Aprendimos a ser organizadas, a ser economistas, a hacer tantas cosas...	
Marisa Ortiz Guerrero	97

Es super importante contar esto, para que las nuevas generaciones sepan Nora Lira Matus	113
¡Nadie nos va a quitar esa fuerza que tenemos los pobladores! Idalia Troncoso Meza	123
Las mamás se organizaban para tener el plato de comida, pero los niños también nos organizamos Maribel Flores Díaz	135
¿Y por qué voy a arrancar? Solo trabajé para que la gente tuviera un plato de comida Isabel Lienlaf Quilaqueo	147
Hay que mantener los recuerdos y la lucha de los antiguos Pascuala Rebolledo Álvarez	159
Siglas utilizadas	165



Prólogo

Pareja en toma de terreno.

Gentileza de María Eugenia (Kena) Lorenzini.

De actoras secundarias a protagonistas de cambios

Fundación Instituto de la Mujer se complace en presentar *Resistencias cotidianas: memorias del protagonismo de las pobladoras de la Sara Gajardo en las ollas comunes y los comprando juntos*.

Fiel a su trayectoria, nuestra Fundación busca rescatar el protagonismo de las mujeres en la lucha social y política del país, poniendo el foco, esta vez, en la voz de mujeres pobladoras, mujeres con espíritu de lucha, de solidaridad, con energía y fuerza para superar la adversidad y el miedo.

Gracias a la memoria y las redes familiares y sociales aún existentes se han podido revitalizar vínculos que dan vida a esta publicación. Son nueve mujeres protagonistas de esta especial y conmovedora historia que nos transporta a años pasados –fines de los sesenta e inicios de los setenta–, años marcados por las míseras condiciones de vida de gran parte de la población chilena que ya deberíamos haber superado. Sin embargo, la ruda realidad de hoy nos golpea evidenciando el aumento de las tomas de terrenos, los campamentos, la crisis habitacional y la pobreza. Es una historia que, lamentablemente, aún se sigue repitiendo.

Esta publicación surge de la necesidad de rescatar y compartir estos testimonios y contribuir, al mismo tiempo, a hacer memoria de las mujeres. Queremos confrontar la invisibilidad tan común alrededor de ellas y de sus organizaciones, aquella a la que la cultura patriarcal nos ha acostumbrado, ocultando deliberadamente los aportes femeninos.

Las mujeres de la Población Sara Gajardo, en su mayoría, son mujeres expulsadas del campo, vecindadas en los bordes de la urbe santiaguina. Llegan a la gran ciudad en búsqueda de algún trabajo, principalmente en el servicio doméstico, que les permita sobrevivir. Vienen en compañía de familiares o simplemente solas, adolescentes, jóvenes, adultas o muy niñas, con la esperanza de lograr un futuro mejor para ellas y las generaciones siguientes.

Varias de ellas son oriundas de Cauquenes, otras provienen de Victoria, Cunco, Chillán y algunas de comunas rurales del mismo Santiago. Unas a otras se pasan la voz para incorporarse a la lucha por el derecho a un techo. Son vecinas, parientes cercanos, parejas, que, al agruparse, se transforman en una red de sobrevivencia y protección.

Juntas se apoyan, juntas buscan materiales para levantar sus casas, los hombres construyen con lo que se puede para que sus familias tengan un resguardo. Sin embargo, esta ilusión de tener vivienda propia se ve rápidamente amenazada por el aumento del desempleo masculino. Las mujeres, relegadas a los roles tradicionales de dueña de casa, cuidadora de los hijos y la familia, viven con angustia y desespero el acoso del hambre, especialmente palpable en sus hijos.

El hecho de convertirse en madres a temprana edad implica una mayor vulnerabilidad de las mujeres, sus hijos e hijas. Muchas veces, los proyectos educativos personales son dejados de lado y, muy tempranamente, deben hacerse cargo de sus hijos/as en un contexto de alta precariedad e incertidumbre.

Relegadas históricamente al ámbito privado, se incorporan a lo público, buscan formas colectivas de sobrevivencia e inician un proceso de búsqueda de identidad desde su ser mujer y de reivindicación de sus derechos.

Estas experiencias implican un cambio en la manera de desarrollar las tareas cotidianas de mantenimiento y reproducción, transformando el ámbito doméstico y creando las condiciones para la presencia de las mujeres en los movimientos de demanda colectiva por servicios, reconstruyendo el tejido social, rompiendo con la individualidad, construyendo colectivo (sociedad).

Ante la imposibilidad de satisfacer adecuadamente las necesidades de mantenimiento y reproducción, las mujeres se ven forzadas a salir al ámbito público. Este decisivo paso refleja la vinculación entre la reproducción en el ámbito doméstico y los procesos de transformación social.

Sus relatos describen nítidamente cómo la organización a cargo de las tareas cotidianas de mantenimiento y reproducción, está integrada en redes más amplias de ayuda mutua, redes de parentesco, vecindario, solidaridad y apoyo. Son redes activas, iniciadas y mantenidas por las mujeres, que dan respuesta a las necesidades de todos los integrantes de las familias de la Población Sara Gajardo.

Esta inserción en redes horizontales de ayuda mutua funciona en la cotidianidad y como sistema de seguridad social informal al que se acude en situaciones de emergencia y carencia: hambre, enfermedades y muertes, pérdida del trabajo, crisis de vivienda, protección frente a la violencia política y contra las mujeres, niñas y niños.

Comprometidas con el bien común, se muestran dispuestas a transformar su pequeño espacio de hogar en una unidad de producción, como unidad económica.

En cierta medida, estas familias recuperan un referente histórico principal, el hogar como unidad de reproducción y producción. Las casas o las piezas se convierten en taller de

confección y/o de producción y elaboración de productos. Los hijos, especialmente las hijas, son sumadas a estas tareas.

Esto hará agudizar los problemas de hacinamiento, los que originan o agravan la tensión familiar y la violencia contra las mujeres, que deberán realizar las tareas reproductivas y productivas en una misma unidad de espacio y tiempo.

El rol secundario que nuestra sociedad ha asignado a las mujeres, el de reforzamiento del poder patriarcal y subordinación, se irá modificando poco a poco. Algunos hombres se unirán a las nuevas actividades de sus parejas y a su incipiente empoderamiento y les darán su apoyo. Otros verán en el nuevo protagonismo femenino una amenaza a su rol de proveedor y jefe de hogar. Esta tensión acompañará la relación de pareja, las decisiones familiares y la representación de este núcleo.

Atreverse a salir de la casa, a organizarse y actuar en el ámbito público, dan paso a grandes cambios en el protagonismo político de las mujeres. Esta acción abrirá oportunidades para pensar por ellas mismas, no ya como actrices secundarias, sino como protagonistas, de tal forma que el sujeto político mujer se irá articulando en autonomía y con propuestas propias.

Con la creación de las Juntas de abastecimiento y control de precios (JAP) durante los años del gobierno de Salvador Allende (1970-1973) las mujeres de la Población Sara Gajardo ya dan sus primeros pasos en la organización social al participar en la distribución de alimentos. Se trata de combatir el acaparamiento de productos esenciales y organizar de manera equitativa y justa una ración alimentaria para todos y cada una de las familias. Las JAP contaron con un fuerte protagonismo femenino y sembraron en ellas la importancia del compromiso colectivo y del bien común.

La irrupción de la dictadura cívico-militar en 1973 con su represión indiscriminada: violencia política, persecución, desaparición forzada y asesinatos rompe ese proceso emancipatorio. No obstante, las mujeres saben que no pueden permanecer ajenas a la represión dictatorial y agregan a sus tareas organizativas y de cuidado, la búsqueda de sus esposos, padres, hijos e hijas, hermanos, vecinos, detenidos, encarcelados, víctimas de golpizas, de tortura física y psicológica.

Así, el objetivo buscado por la junta militar respecto de las mujeres, preocuparse exclusivamente del núcleo familiar en tanto madres, se esfuma. Y en el caso de las protagonistas de este libro, las convierte, muy a pesar del régimen castrense, en activistas de los derechos humanos, en mujeres contestatarias que salen a la calle, que se rebelan ante la cruenta represión política. Y algunas se unirán a la resistencia activa contra la dictadura.

Es decir, del ingreso al ámbito público restringido del área poblacional las mujeres traspasan fronteras y pasan a formar parte del ámbito público más general. Lo personal es político, argumento utilizado por la segunda ola del feminismo de los años sesenta, cobra vida en la cotidianidad de las pobladoras de la Sara Gajardo. El tránsito por las comisarías y centros de detención en búsqueda del paradero de familiares detenidos les permite ir conociendo el discurso y el ejercicio del poder autoritario. Aprenden a interactuar con mujeres que no conocen, se agrupan con ellas, se encadenan a las rejas del ex Congreso Nacional y acuden a quienes, en ese momento, tienen más poder que ellas frente al régimen militar: los sacerdotes y las religiosas que les han acompañado en la toma de terrenos y en la construcción de sus viviendas.

Es indudable que la Iglesia católica tuvo un rol decisivo al dar cobijo en sus comunidades cristianas a las mujeres y hombres de la Sara Gajardo. Los sacerdotes y monjas que conviven

con ellos desde los inicios de la construcción de sus viviendas adhieren a la doctrina de la teología de la liberación. No es una casualidad. En las exiguas salas parroquiales no solo se va a rezar: se habla de lo que sucede en el país, se proponen alternativas para enfrentar la precaria situación económica, se van forjando redes y organizaciones.

De manera que la invitación de los sacerdotes Desmond Mc Gillicudy y Liam Holohan de la Comunidad Cristiana Sara Gajardo (hoy Nuestra Señora de la Paz) para organizar y mantener una olla común y un comprando juntos les hace pleno sentido. Estas actividades proponen una salida a la rutina de la desesperanza, del hambre y del miedo colectivo. Las mujeres, contra todo pronóstico, se atreven a dar un paso trascendental que les cambiará la vida radicalmente e iniciarán un proceso político-social irreversible.

La lucha contra la adversidad refuerza en ellas la búsqueda de soluciones alternativas a las urgencias cotidianas; las empuja a salir de su ámbito doméstico hacia el mundo público, organizándose y reclamando colectivamente, conformando ollas comunes, comedores populares, comprando juntos, u otras formas de acción colectiva.

También el entorno educacional apoya el proceso de emancipación de algunas de nuestras protagonistas. Más de un profesor les entrega elementos para desarrollar su resiliencia y la seguridad en ellas mismas. Con el transcurrir del tiempo y la experiencia que van acumulando, varias de las mujeres que nos entregan sus testimonios adquieren un liderazgo importante en el seno de su comunidad. Son dirigentas, son las organizadoras responsables, las nuevas representantes de los pobladores, las interlocutoras, las portavoces. Otras se atreverán a ser representantes de su comunidad. Las mujeres pobladoras comienzan a hablar con voz propia y a participar en las decisiones del colectivo social.

Las mujeres protagonistas de esta publicación, así como tantas otras, han nutrido y continuarán nutriendo, con sus aprendizajes y saberes, la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres. Sin este decisivo paso, los grandes cambios estructurales en la igualdad de género que observamos hoy, no se estarían produciendo.

Nuria Núñez Rius
Presidenta
Fundación Instituto de la Mujer



Contexto histórico

Pobladoras en toma de terreno.

Gentileza de María Eugenia (Kena) Lorenzini.

Mujeres populares: autogestión y acción política

Julia Aravena Moya

Desde la década de los sesenta, la sociedad chilena ha vivido una serie de transformaciones políticas, sociales y culturales en las cuales las mujeres han tenido un rol protagónico.

Sin embargo, no queremos hablar de las mujeres en general; nos interesa visibilizar la participación de las mujeres populares, las pobladoras urbanas, las constructoras y habitantes de las tomas de terrenos, campamentos y poblaciones de Santiago, venidas desde comunas populares, del norte y del sur del país, avecindadas en la capital, cargadas de sueños y proyectos. Ellas son las protagonistas que desempeñan un rol fundamental en las luchas sociales territoriales, gestando solidaridad, resistencia y acción colectiva.

El movimiento de pobladoras y pobladores forma parte de los nuevos sujetos sociales que venían reivindicando por décadas el derecho a un sitio, a una casa y a crear sus propios espacios dentro de la ciudad, accediendo a los beneficios de la vida económica y cultural moderna (Garcés, 2002) con prácticas organizativas y construcciones culturales propias.

La presencia de las mujeres en las organizaciones de la economía social, solidaria y popular, configura, en muchos casos, la llegada al espacio público, en el que las pobladoras levantan acciones colectivas y comunitarias, y articulan redes de subsistencia. Desarrolladas en diferentes poblaciones de

Santiago, las mujeres van construyendo un espacio político desde la autogestión de la alimentación familiar y la creación de espacios de resistencia, organización y reconstrucción del tejido social comunitario y territorial; ellas incorporan las relaciones sociales, los afectos, la recreación, todas expresiones de los cuidados comunitarios surgidos en el contexto de violencia estatal.

Profundizar en las historias particulares de las mujeres de la Población Sara Gajardo tiene el desafío de relevar los testimonios de las participantes desde su propio ejercicio de la memoria, dándonos la posibilidad de recordar experiencias de autogestión de la vida en otros territorios y reconocernos a través de estas historias de cuidados y resistencias.

La dictadura y el rol de las mujeres

La política impulsada por el régimen militar hacia “la mujer” estuvo marcada por una concepción tradicional de los roles de género, coherentes con el “proyecto de reconstrucción nacional” instalado bajo la dictadura. Se fomentó decididamente la creación de organizaciones de mujeres que, en el caso de los sectores populares, orientaban su retorno al mundo doméstico promoviendo el desarrollo de una estructura institucional cuyas responsables eran esposas de las autoridades nacionales, regionales y comunales (Valenzuela, 1990). Esta entidad, cuyas integrantes eran “voluntarias”, agrupó a diferentes organizaciones centradas en el asistencialismo –como el Centro de Madres (CEMA Chile)–. En tanto, la Secretaría Nacional de la Mujer se preocupó principalmente del adoctrinamiento, como plantean Lechner y Levy (1984), a través de la función social dirigida principalmente a las mujeres de los sectores populares. Su objetivo: disciplinarlas, reforzando la adaptación y

subordinación de las mujeres a sus roles tradicionales de esposas y madres.

La instalación de la dictadura cívico-militar conlleva transformaciones culturales y simbólicas fundamentales, en las que la construcción de nuevas representaciones femeninas constituye un principio abordado a través de la otorgación a las mujeres de un rol activo en la etapa de refundación nacional. Esto se forja a partir de la creación de significados socialmente compartidos, destacando que la tarea primordial de las mujeres es “educar dentro del orden instaurado por el gobierno militar”¹, modelando roles y acciones para el conjunto de la sociedad chilena. A través de este proceso de resignificación en torno a las representaciones femeninas, surge con fuerza el modelo tradicional de madre y esposa, dejando atrás otras representaciones, así como los logros del movimiento de mujeres en las décadas anteriores al golpe de Estado.

Algunos de los calificativos dados a las mujeres a través de los discursos presidenciales durante la dictadura son: “responsables, honestas, defensoras de los valores espirituales, forjadoras del porvenir, depositarias de las tradiciones, abnegadas, sacrificadas, base de la familia; con amor a Dios y amor a la patria, poseen madurez cívica, caudal de intuición y patriotismo” (Munizaga y Ochsenius, 1983). Así, la tarea primordial de las mujeres es de colaboración y servicio a la obra del gobierno desde sus roles tradicionales, entendiendo y aceptando los sacrificios en la etapa de refundación, basado en la relación primaria de patria-mujer y, desde esta relación, sostener a la “gran familia chilena”.

.....

1. En el discurso pronunciado por el presidente de la Junta de Gobierno en el edificio Diego Portales, en abril de 1974.

La cultura militar y la ideología neoliberal van instalando lo que se consideraba la representación natural de la imagen femenina, basada en una concepción tradicional de sus roles sociales, promoviendo el retorno a la vida familiar, esencialmente como mujer-madre. Desde ese rol, la educación de hijos es concebida como tarea casi exclusiva de las madres, como señala Valenzuela (1990). Por ende, las mujeres aseguran la sostenibilidad y permanencia del orden social, lo que aparece casi en contradicción con el ejercicio del poder, actividad considerada incompatible para ellas.

Desde un enfoque de género, los sectores oficiales despliegan un discurso que, de acuerdo a Valenzuela, asociaba simbólicamente la política a lo masculino, otorgando a las mujeres, junto a los integrantes de las Fuerzas Armadas, un rol de reserva moral de la nación, definiéndolas como una “aliada natural” del régimen, esencialmente por su carácter de sujeto “a-político” (Valenzuela, 1990:212), es decir, desalienta abiertamente su incorporación a las actividades de la esfera pública, volviendo a posicionar a las mujeres en su rol social de transmisión valórica en el seno familiar. No obstante, esta política se instaura en medio de un contexto de autoritarismo y crisis económica, que, a pesar de los roles de género asignados, empuja a las mujeres –fundamentalmente populares– a integrarse a las prácticas relacionadas con los requerimientos de una reorganización social.

Orígenes de la Población Sara Gajardo

La historia de la Población Sara Gajardo de la actual comuna de Cerro Navia puede ser conocida hoy, principalmente, a través de los relatos y recuerdos de los hombres y mujeres pertenecientes a las familias que integraban los Comités sin Casa y los campamentos surgidos en la comuna de Barrancas. El origen de esa comuna se remonta a la actividad agrícola de

los sectores rurales desplegados a orillas del Río Mapocho, a lo largo del camino de San Pablo, y –como recuerdan sus vecinos–, con presencia de chacras y huertas que servían para el autoabastecimiento; su superficie cubría una gran extensión.

“Teniendo como límite el río Mapocho por la zona norte. Desde el camino de cintura (Matucana), seguía el lindero norte de la antigua Hacienda La Punta hasta la cumbre del cerro Bustamante, conectando la cuesta Lo Prado por el poniente; al sur, por el camino a Valparaíso desde la misma cuesta, y hasta reencontrarse con el camino de cintura por Matucana, lo convertían en su límite oriental” (Córdova, Ramos y Varela, 2014:25).

La falta de viviendas para los sectores populares avocindados en las comunas del Gran Santiago era grave. Ya en 1960, el déficit habitacional era de 406.000 viviendas en una población total del Gran Santiago que alcanzaba a 2.133.252 habitantes. Para el año 1970 la cifra se elevó a 585.000 viviendas en una población de 2.871.060 habitantes, según estudios del Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano (CIDU, 1973).

A partir del gobierno de Eduardo Frei en 1964, se pone en marcha un programa de viviendas semipermanentes, los Planes de Ahorro Popular (PAP). Esta iniciativa intenta recaudar el ahorro de los sectores populares con el propósito de levantar poblaciones de viviendas livianas, entregando –a través de un sistema de cuotas– un sitio o terreno semiurbanizado, donde podían ir mejorando las condiciones de la vivienda hasta llegar a una solución estable y definitiva. La operación estaba destinada a las familias de menores ingresos, las que representaban cerca del 50% del total nacional:

“De los 16 municipios en los cuales se aplicaron las ‘Operaciones Sitio’, cuatro de ellos –Cerro Navia, La

Pintana, Peñalolén y San Ramón– concentraron más del 50% del número total de soluciones, aunque en esos años las comunas de Cerro Navia, Pudahuel y Lo Prado se aglutinaban en Las Barrancas” (Sagredo y Gazmuri, 2008).

Sin embargo, el programa no respondió a las expectativas:

“[...]en los primeros momentos, este programa despierta grandes expectativas de forma que, algunos intentos de toma, dirigidas por la izquierda en 1965, pueden ser aislados y violentamente reprimidos. Sin embargo, conforme avanza la gestión gubernamental sus límites empiezan a hacerse evidentes y las esperanzas se transforman en impaciencia” (CIDU, 1973:412).

La lucha por la vivienda se fue constituyendo en una demanda masiva que buscó respuestas legales a través de la Operación Sitio. Este movimiento estaba formado por las y los pobladores, las organizaciones comunitarias y los partidos políticos, quienes fueron implementando de manera paralela soluciones autogestionadas –como las tomas de terreno masivas–, concitando mayor o menor adhesión por parte de las dirigencias políticas, de acuerdo al gobierno de turno.

En Santiago, entre 1964 y 1973 se realizaron 402 tomas exitosas (Cofré, 2011), las que posteriormente fueron originando un número similar de campamentos. Se estima que en 1973 existían 388 campamentos en Santiago, los que agrupaban a cerca de 83.000 familias, de acuerdo a los datos

del Censo de Pobladores². Tomando como promedio cinco personas por familia, en mayo de 1971 aproximadamente el 10% de la población del Gran Santiago vivía en campamentos.

En el caso de Barrancas, 2.500 familias estaban inscritas para el Programa Operación Sitio. De hecho, a inicios de 1967, cerca de 900 familias recibieron terrenos en las poblaciones Barrancas I y II, mientras que el resto de pobladores seguía hacinado en viviendas de emergencia, en distintos lugares de la comuna (Reyes, 2013); otros pobladores se instalan, en tanto, en sitios particulares cedidos temporalmente.



Mural homenaje a Isabel Bustamante y Juan Araya, exdirigentes de la Población Sara Gajardo.

Nadia Martínez.

-
2. Censo de campamentos realizado por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, en mayo de 1972, mencionado por Ignacio Santa María (1972), quien señala que las 83.000 familias equivalían, en ese momento, a unas 456.500 personas. En sus notas, el autor indica que tal información fue presentada en la exposición CORVI, en VIEXPO '72, *Revista AUCA* N° 23, Santiago, 1972.

Desde la organización de las y los pobladores en los Comités sin Casa se gestaron respuestas frente a la falta de vivienda, lo que se materializó a través de las tomas de terreno. Así, a mediados de 1968 se realiza la toma de terreno San José de Chuchunco, de la cual sus habitantes son erradicados y trasladados a Barrancas³. Posteriormente, de acuerdo al testimonio de Isabel Bustamante⁴, dirigente de la época, la toma se efectuará “en Mapocho, entre Santos Medel y Huelén, el 9 de febrero de 1969”. Las y los pobladores que llegaron a la toma de terreno provenían de distintos lugares de Santiago y muchos de la zona sur del país (González, 2014), quienes se fueron sumando junto a sus familias, informados por otros ocupantes, para instalarse en el campamento Violeta Parra.

“Cada entrevistado fijó una cantidad de tiempo diferente para su estadía en el campamento Violeta Parra, sin embargo, todos concuerdan en que los trámites mediante la CORVI comenzaron el año '69, consiguiendo finalmente los terrenos en el año 1970, cuando se inició en mayo el traslado desde el campamento a la población” (González, 2014).

.....

3. Según los testimonios, alrededor de 350 familias llegaron en 1968 a la chacra Lo Amor –provenientes de la toma San José de Chuchunco–, donde vivieron cerca de tres meses, y el 16 de junio de 1968 fueron trasladados al terreno en el que se constituyó la Población Sara Gajardo. Audiovisual “El Reencuentro”, elaborado por el Centro Cultural Nueva Quinta Normal: <https://www.youtube.com/watch?v=cjcMXFnTCGc>
4. Isabel Bustamante (QEPD) señala que la toma se realizó el 9 de febrero de 1969, pero el gran número de familias que se sumó los obligó a levantar un campamento; desde allí, las familias fueron trasladadas a lugares que se convertirían en tres poblaciones: la Violeta Parra, una ampliación de la Digna Rosa y la Sara Gajardo, a la cual llegaron el 13 de mayo de 1970. Audiovisual “Villa Carrascal Poniente ex Sara Gajardo”, realizado por Talleres Luis Espinal: <https://www.youtube.com/watch?v=nE8LiaoH7iQ>

La organización del campamento constituye un esfuerzo de compromiso colectivo que involucra a todos los vecinos y vecinas; su tarea inmediata consiste en ir habitando y equipando el campamento, construyendo el lugar con el que soñaron durante tanto tiempo. En este proceso se van conociendo, reencontrando y desarrollando una organización activa que involucra la voluntad y creatividad, puesta al servicio de un objetivo común: levantar la población.

El campamento, como forma de poblamiento espacial, contemplaba la organización de las familias –conducidas por sus dirigentes y los partidos políticos–, las que se organizaban previamente para evitar el desalojo, a través de la presión institucional y la extrainstitucional; así, la gran mayoría de los campamentos constituían sus propios grupos de defensa contra la arremetida de Carabineros, la que podía ocurrir en cualquier momento. De acuerdo a los testimonios de vecinas de la Población Sara Gajardo, para la defensa del campamento se organizaron turnos de día y noche, las mujeres en el día, de cuatro horas, y los hombres por la noche.

“Yo estaba esperando a mi hijo mayor y unas vecinas decían ‘hay que sacarla de aquí’, y otras vecinas que tenía, que eran de Cauquenes, le decían a mi marido ‘llévala pa’ la casa’, porque pueden llegar los carabineros y capaz que le peguen a una embarazada. Yo no me moví del lado de él. Al final, hacían guardia ahí en la noche para que no entrara la gente. Después, cuando mi marido trabajaba y tenía turno me quedaba sola con la guagua y ahí me daba un poco de miedo [...]. Al lado se quedó una señora conocida –el marido era de Cauquenes– y más allá otra gente también de Cauquenes, y así, pura gente conocida. Y no nos movimos de ahí [...]. Ya cuando vimos que estaban serias las cosas, mi marido empezó a pegar ladrillos, él hizo esta casa” (testimonio de Rosa Suazo).

Para abordar los problemas de la vida cotidiana en los espacios privados y públicos, vecinos y vecinas debieron organizarse, desarrollando nuevos modos de vida y de relaciones. Resulta significativo que, en la mayoría de los campamentos del período, los problemas de vigilancia y justicia constituyeron un gran desafío para la organización de las y los pobladores (CIDU, 1973), poniendo en tensión la representatividad y legitimidad de la institucionalidad al interior de los campamentos y la reflexión colectiva que surge respecto de las prácticas y la ética implementada hasta ese momento. Un aspecto en el que se plasma esta reflexión se refiere a las peculiaridades disciplinarias, incorporando como parte de la discusión colectiva las conductas por borracheras y la violencia machista entre las parejas, estableciendo una vinculación estrecha entre los problemas familiares y la vida comunitaria.

En el ámbito cotidiano, la experiencia del trabajo colectivo adquiere relevancia: se implementa el sistema de turnos para el uso de baños, para el aprovisionamiento de agua y para el cuidado de niñas y niños, entre otras tareas.

“De la casa nos mandaban a buscar agua, a hacer la cola del grifo y ahí se hacían peleas, de repente los adultos peleaban. Nosotros íbamos a cuidar el puesto, nomás. Después, iba la mamá o el papá a buscar los baldes con agua. Nosotros, como niños, hacíamos lo que nos mandaban y lo pasábamos bien jugando; al lado del grifo habían unos tremendos montones de tierra y nosotros nos tirábamos por ahí con bolsas plásticas. No sé por qué, mientras la cola avanzaba o se llenaba el tarro, nosotros nos tirábamos felices” (testimonio de Marisa Ortiz).

Las reivindicaciones surgidas desde los campamentos son similares en las poblaciones de diferentes comunas

de Santiago: construcción de viviendas definitivas; infraestructura urbana mínima (luz, agua, alcantarillado, calles); higiene y salud pública (recolección de basuras, instalación de consultorios médicos); implementación de servicios de locomoción colectiva y la provisión de escuelas. Estas fueron las problemáticas centrales que definieron las luchas que dieron pobladoras y pobladores en los diferentes campamentos durante el gobierno de la Unidad Popular, constituyendo el eje articulador del trabajo colectivo que se desarrolla desde la urgencia, pero también desde la experiencia cotidiana y desde la autoeducación.

La experiencia de las “tomas” alcanzó los objetivos propuestos en la medida en que los y las pobladoras consiguieron una solución habitacional, unida a la conformación de nuevos espacios territoriales de trabajo colectivo (Salas, 1999). Esto se ganó como fruto del trabajo realizado para lograr el equipamiento de los campamentos y poblaciones en el contexto político y social de la época, a lo que se suma el modelo de otros campamentos vecinos, posibilitando que este movimiento social redefiniera sus propósitos y estrategias, transformándose en un actor político directo.

La participación de la comunidad permitirá conseguir otros avances para la comuna de Las Barrancas. En 1971 comienzan a construirse las primeras escuelas y consultorios de la comuna (Pladeco, s/f). Surgen las “Operaciones de Invierno” (1971 y 1972), las que, a nivel nacional, buscaban hacer frente a las inundaciones de poblaciones y campamentos. Se levantan espacios de recreación, como los “Balnearios Populares”, iniciativa que también cobra vida en la Población Sara Gajardo y que forma parte del proyecto de mayor igualdad social vivido en el país.

El movimiento de pobladores surge y se desarrolla desde la articulación de las luchas reivindicativas por la vivienda, la salud y la educación, como parte de un proceso político

de transformación inconcluso, que les sorprende con sus viviendas a medio construir y sus poblaciones a medio terminar.

“Las raíces de Cerro Navia pueden ser ubicadas en torno a la creación de una ‘ciudad simbólica’ que nace y se recrea decididamente a partir del movimiento de pobladores y pobladoras de Santiago que se desarrolla entre 1967 y 1973” (Ochsenius, 2006).

El papel de la Iglesia católica en la organización de las poblaciones

La acción solidaria de la Iglesia católica fue asumida desde la Vicaría de la Solidaridad –fundada el 1 de enero de 1976–, promoviendo en cada zona la Pastoral de la Solidaridad, a través de distintos programas, entre los que se encontraban el Programa de comedores, de apoyo a cesantes y de salud. De acuerdo a lo relatado por Garcés (2002), constituyeron espacios de reunión y organización de pobladores de diferentes territorios de la Región Metropolitana.

Parte del entramado solidario que comienza a tejerse desde las poblaciones tiene como soporte los espacios físicos de las parroquias y capillas, además del apoyo material expresado en alimentos, principalmente. Desde estos espacios se va generando una rearticulación social entre las comunidades cristianas, pobladoras y pobladores, para hacer frente a las urgencias que presenta el nuevo contexto de represión y pobreza. Se organizan talleres laborales, comedores infantiles, ollas comunes y organizaciones de sobrevivencia, todas expresiones de la cultura solidaria de la población (González, 2014).

La acción social de la Iglesia permitió enfrentar el hambre en las poblaciones, especialmente de niños y niñas. El programa incluía campañas de invierno, de Navidad y actividades culturales y recreativas. Se gestionaron distintos programas de apoyo a la subsistencia, tales como las ollas comunes o el comprando juntos, que buscaban alimentar a las familias y abaratar el costo de los alimentos.

“Un día estaba barriendo la calle y el padre Desmond⁵, el cura que había esos años –no le entendía mucho porque era bien gringo– me dice: ‘Rosa, vamos a hacer un comprando juntos, ¿quisiera inscribirse?, te convendría’ y me explicó de qué se trataba; le dije: ‘claro, me conviene, me interesa’. Comenzamos con él dos o tres personas [...]. Empezamos con poquitas cosas, teníamos harina cruda, azúcar, aceite, arroz, fideos” (testimonio de Rosa Suazo).

La organización de las mujeres al interior de las comunidades cristianas fue clave, ya que las pobladoras comenzaron a contactarse entre sí y a organizarse para conseguir alimentos con la Vicaría de la Solidaridad y el Hogar de Cristo. En el caso de la Población Sara Gajardo, la comunidad cristiana permitió a vecinas y vecinos reunirse, conversar y generar nuevas prácticas comunitarias; algunas de ellas fueron los espacios de entretención para niños y niñas, el apoyo a las familias de los difuntos, la disponibilidad de los vehículos en caso de accidente o enfermedad.

“Siempre andaban preocupados de los demás... Cuando se hacían reuniones: ‘oye, supe que tal señora está enferma’ o ‘el marido está enfermo, hay que hacer

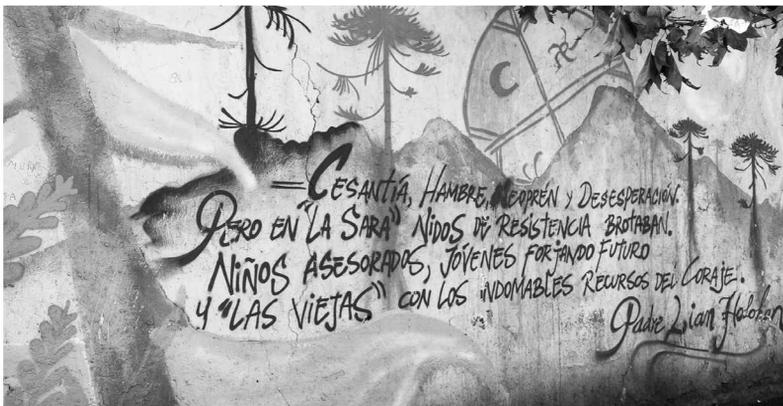
.....

5. Desmond Mc Gillicudy, sacerdote irlandés de la congregación San José de Mill Hill, residente en Chile desde 1975. Fue expulsado en 1983 por la dictadura militar.

una cuota o una canasta solidaria'. Sí, al tiro se hacía cadena solidaria. O algún enfermo o alguna persona que caía detenida, 'hay que ir a verlo a la cárcel', cosas así. Yo también fui a ver a las mujeres en ese tiempo" (testimonio de Marisa Ortiz).

La presencia de Liam Holohan –sacerdote irlandés perteneciente a la orden de San José de Mill Hill–, quien fue párroco durante nueve años en la Población Sara Gajardo, fue vital para las pobladoras y pobladores, quienes le reconocen como un sacerdote del pueblo, comprometido con los cambios sociales desde su opción por los pobres; enfrentó la represión en contra de los pobladores, organizó a la comunidad para hacer frente al hambre y el miedo en plena dictadura.

Durante el gobierno de Patricio Aylwin, cuando el padre Liam pretendía regresar desde Estados Unidos –luego de una capacitación–, el arzobispo de Santiago, Carlos Oviedo, comunicó la prohibición de retorno a Chile. Ello generó el desconcierto de la comunidad cristiana, pobladores, curas amigos y de su congregación, la que –en muestra de solidaridad– retiró a sus integrantes del país; la expulsión de Liam Holohan se materializó en marzo de 1990.



Mural elaborado por pobladores de la Sara Gajardo.
Nadia Martínez.

“Caminábamos juntos, pateando piedras por la pobla, arrancándonos de las bombas lacrimógenas y las balas asesinas, con una clara postura en aquellos años de dictadura. Respirando aire fresco en el campo, veraneando en Mata Redonda, disfrutando la vida simple, alegre y naturalmente, para volver fortalecidos y renovados. Comunidades de base y organizaciones populares, mano a mano, enfrentando los signos de los tiempos, respondiendo creativamente a los desafíos, demostrando ser verdaderos hermanos en la chuchoca. Cesantía, hambre, neoprén⁶ y desesperación. Pero en ‘la Sara’ nidos de resistencia brotaban”⁷.

Los habitantes de “la Sara” le recuerdan con mucho afecto, como un amigo y un pastor comprometido con la iglesia liberadora, que aglutinaba a cristianos y no cristianos, para hacer un frente común contra la represión, el hambre y tantas carencias que se vivían en el día a día.

“Nos cobijamos al alero de la Iglesia y teníamos curas muy buenos. Lo que fue Desmond, Liam, que son los que nosotros... que son los que yo alcancé a conocer” (testimonio de Marisa Ortiz).

Con el apoyo de la parroquia surgieron diferentes y múltiples organizaciones, como el comprando juntos, las ollas comunes, las colonias urbanas, los centros juveniles, los talleres culturales y equipos de salud; en el espacio de la comunidad cristiana se nuclearon organizaciones vecinales, deportivas y de derechos humanos; allí se reunían, haciendo vida social

.....

6. Adhesivo sintético líquido altamente volátil y tóxico. En las poblaciones más pobres se usaba como droga para combatir el hambre y el frío.

7. Carta escrita por el padre Liam Holohan, dos semanas antes de morir, que pensaba hacer llegar a sus amigos de la Población Sara Gajardo. Murió el año 2002.

y política, construyendo comunidad desde el pluralismo y el trabajo comprometido.

Crisis económica de los ochenta y el rol de las mujeres

A inicios de 1981 se creó la comuna de Cerro Navia⁸, con el objetivo de hacer más eficiente la administración de territorios y la necesidad de focalizar los recursos en los sectores más desposeídos. La Política Nacional de Desarrollo Urbano vigente entre 1979 y 1985 dejó de manifiesto la inexistencia de servicios para el conjunto de la población, con dificultades de acceso por distancia y sobresaturación de los servicios ya existentes (Morales y Rojas, 2009). En el caso de Cerro Navia se incorporaron nueve campamentos⁹, y, en consecuencia, su población aumentó; además, acogía a pobladores erradicados de un campamento de Las Condes que fueron instalados en el sector denominado Alianza 2: unas 400 familias (Morales, 1986). A fines de 1984, la comuna de Cerro Navia había recibido un total de 7.467 personas, produciéndose un deterioro significativo en el acceso al transporte público y a los servicios de salud y de educación.

La situación de miseria en las poblaciones alcanzó los niveles más altos durante 1982. Oficialmente, la cesantía en la Región Metropolitana llegó al 25%; sin embargo, muestreos realizados por pobladores indican que las cifras fluctúan entre el 55% y el 65% de cesantía, de acuerdo a los datos trabajados por Garcés (2002).

.....

8. Decreto Ley N° 13.160 del 17 de marzo de 1981.

9. El número de familias de los campamentos era de 1.434.

“[...] era todo precario, éramos muy pobres, sumamente pobres. Ahora, con los años, yo bromeo con mis hijos y con mis nietos, que de repente ellos no se quieren comer un pan de ayer, o un pan añejo y nosotros comíamos pan duro. Roíamos el pan, como un *roll on*, y a veces era lo único que comíamos, pan duro que nos daban las vecinas. Siempre teníamos a la señora Irma, que era una vecina que tenía un poquito más que nosotros y ella siempre nos mandaba hojitas de cacao; le sacaba el agüita para sus hijos y nos mandaba todo lo que quedaba, toda esa hoja espesa; nosotros la comíamos a cucharadas; era tan rico, yo tengo el sabor todavía” (testimonio de Marisa Ortiz).

Acción colectiva y memoria de la olla común y el comprando juntos

Las pobladoras se van reconociendo como sujetas al interior de sus campamentos y poblaciones, generando acciones colectivas para enfrentar de manera comunitaria la cesantía, la pobreza, la represión, a través de diferentes estrategias de sobrevivencia.

Estas organizaciones de subsistencia pueden ser entendidas a partir de una combinación de factores, en donde confluyen una situación económica crítica con un escenario de dominación autoritaria, produciéndose una exclusión socioeconómica y política de las mujeres desde los inicios de la dictadura. En este contexto se inició la acción de distintos grupos que intentaron modificar sus circunstancias (Revilla, 1992). Fue el caso de las mujeres pobladoras de distintos sectores de Santiago, quienes, a inicios de los años ochenta, se organizaron para superar las condiciones de pobreza

y cesantía, así como los efectos de la crisis económica que afectó al país a partir de 1982.

“Si bien las necesidades concretas que surgieron durante la dictadura militar fueron las que llevaron a las mujeres a organizarse, las motivaciones que surgieron a lo largo del proceso organizativo no sólo respondían a la satisfacción de necesidades materiales, sino que se convirtieron en un elemento potenciador de la organicidad [...] nos referimos a un accionar transformador” (Toro, 1997:5 y 6).

De acuerdo con Toro (1997), estos grupos de mujeres populares traspasaron los requerimientos asociados a las necesidades básicas, incorporando elementos referidos a los cambios sociales, como la autonomía y la creación de nuevos proyectos. Desde esta perspectiva, es posible reconocer en estas experiencias la emergencia de un sujeto popular-femenino que adquiere, tal como en otros períodos, un protagonismo social frente a la ausencia del “compañero”, o ante la pérdida de sentido que se produce en el mundo popular-masculino, afectado por la cesantía y la frustración, y que recurre –muchas veces– al alcoholismo y a la violencia como respuesta ante la imposibilidad de cumplir con los mandatos sociales de su género.

Las ollas comunes, en tanto organizaciones solidarias, van recogiendo las experiencias previas, relacionadas con la organización colectiva y la larga memoria de varias generaciones, nacidas desde la necesidad, pero que trascienden esa esfera (Hardy, 1986), en la medida en que van reconstruyendo el tejido social, rompiendo con la individualidad, el consumismo y la vergüenza, para impulsar el sentido de comunidad.

“Éramos solidarias. Las señoras te daban consejos, las más mayores te acogían como mamá, como abuela. Esa

cosa de ‘mijita, ¿cómo está?’ o ‘tome un dulcecito para el niño, si necesita algo...’. El cura nos iba a ver a las casas, a tomar tecito con nosotros, a conversar. Fue super importante, sin eso yo creo que habría sido el doble de difícil, mucho más difícil. Habría estado sola contra el mundo. En cambio, con la organización, con las mujeres, con los curas tan buenos que nos tocaron a nosotros, yo creo que se hizo todo más fácil” (testimonio de Marisa Ortiz).

Desde una dimensión política, Revilla sostiene que el elemento común de las organizaciones de subsistencia en contextos autoritarios es la conformación de asociaciones constructoras de identidades colectivas desde una vivencia específica de opresión de clase, desarrollada por los sectores populares con el objetivo inmediato de proveer la cobertura de necesidades mínimas (Revilla, 1992).

Afirmación que tiene sentido cuando las vecinas de la Población Sara Gajardo recuerdan que fueron las mujeres quienes realizaban la gran mayoría de las tareas, con apoyos específicos de algunos hombres para cargar y/o trasladar la mercadería. A través de este quehacer fueron generando una identidad colectiva, afirmada en el contacto cotidiano y la vivencia de cómo enfrentar la pobreza, lo que constituye un aspecto del quehacer colectivo. Esta acción social busca superar la exclusión sociopolítica (Toro, 1997), a través de espacios de participación, formación y socialización, revirtiendo la exclusión que las mujeres vivían desde el golpe militar.

Las mujeres pobladoras, además, debieron enfrentar la represión hacia sus compañeros, hijos y padres, asumiendo la jefatura del hogar, la contención material y emocional de hijas e hijos y la lucha organizada por la defensa de los derechos humanos.

“Mi vida giró totalmente porque de una simple, entre comillas, dueña de casa, dedicada a los niños, llevar la familia, a sacarla adelante, tuve que estar en la calle y no solo a hacer trámites, sino también a pedir justicia, la liberación, a estar en la calle. Empecé a participar en la Agrupación de Familiares de Presos Políticos [...] Mi marido salió en diciembre, antes de la Navidad de 1986. Y ahí seguimos nuestra vida como pudimos, nos paramos como pudimos y seguimos adelante (testimonio de Marisa Ortiz).

En esta misma línea, es posible identificar en el desarrollo de estas organizaciones de pobladoras un proceso de construcción de las mujeres como un sujeto de acción colectiva, que se expresa en la figura de una madre proveedora que organiza y administra la vida cotidiana, y colectiviza la vida privada para resolver las necesidades básicas que dejan de ser solo de carácter personal. De esta manera, los problemas compartidos y su solución colectiva contribuyen a la generación de una identidad específicamente popular, que, posteriormente, y en interacción con otros grupos de mujeres, adquiere una toma de conciencia de su condición de mujer (Revilla, 1992).

Las investigaciones realizadas en los años ochenta por los economistas del Programa de economía del trabajo (PET) definieron a las Organizaciones económicas populares (OEP), entre las cuales consideraron el comprando juntos, los comedores populares y los talleres productivos, como agrupaciones que buscaban mejorar las condiciones de vida, asegurando su subsistencia mediante el despliegue de actividades económicas que requerían un nivel de organización basado en la ayuda mutua y en la solidaridad (UN, CEPAL, 1984).

En el caso específico de los comprando juntos, la dimensión solidaria se expresó a través de una organización económica que permitió a las pobladoras “distribuir” entre la población mercancías compradas al por mayor (Revilla, 1992). La estrategia consistía en la organización de la compra de alimentos no perecibles entre varias familias para obtenerlos a precios más baratos y repartirlos de acuerdo a las necesidades de cada realidad familiar.

“En ese momento histórico, todas las organizaciones fueron importantes y el comprando juntos mucho, porque de ahí dependían nuestros alimentos. Aprendimos a ser organizadas, a ser economistas, aprendimos a hacer tantas cosas..., a preparar nuestros propios alimentos. Habría sido totalmente diferente y mucho más difícil sin la organización” (testimonio de Marisa Ortiz).

Por otra parte, lo que diferenció al proyecto comprando juntos de las ollas comunes fue básicamente que estas últimas fueron definidas por los investigadores del PET como organizaciones de subsistencia en las que las mujeres se agruparon para “cocinar juntas”, aunque el consumo de los alimentos se realizaba al interior de cada hogar. Esta práctica obedeció a una opción explícita, discutida y acordada por las mujeres de la organización, de querer hacer del comer un momento de encuentro con la familia. Para ello, utilizaron al máximo los recursos disponibles, reduciendo los costos de una economía familiar precaria. A pesar de su definición como una organización de subsistencia, las ollas comunes cumplieron un rol de denuncia activa y consciente que se fundaba en la afirmación del “derecho a comer” y se inscribía en un esfuerzo más amplio de articulación del tejido social. Desde esta perspectiva, las ollas comunes, más que una estrategia de sobrevivencia, desde el punto de vista de su potencialidad transformadora y contestataria, fueron principalmente una práctica y espacio de creación de

contracultura que se actualizaba políticamente mediante un proceso de constitución de las pobladoras como un sujeto popular colectivo (Gallardo,1985).

“Los días sábados se vendía y le tocaba reemplazarme a mi hija, la Gloria, porque yo no sabía sacar las cuentas, sé un poco leer nomás. La Gloria tenía como 11 años, sabía leer y escribir y sacar cuentas, así que ella iba porque podía atender, anotar y sacar la cuenta. El viernes en la tarde nos juntábamos para pesar las cosas, las dejábamos listas y, después, al otro día iba a vender a la que le tocaba” (testimonio de Rosa Suazo).

La organización de las mujeres en las poblaciones constituyó una resistencia frente al modelo neoliberal –centrado en el individuo y el mercado como ente regulador de las necesidades–, instalando la solidaridad y la acción colectiva. Además, conformaron una resistencia frente a los mandatos culturales y el rol tradicional de género que la dictadura cívico-militar les había asignado. Las mujeres organizadas formaron parte del movimiento popular de oposición a la dictadura, participando en las protestas y denunciando la represión en las poblaciones; y, en muchos casos, sosteniendo a sus familias y compañeros, emocional y materialmente.

En el momento en que las mujeres rompieron el aislamiento para dar solución a los problemas de orden familiar y asumieron participar en acciones colectivas para abordar situaciones privadas comenzaron a involucrarse en la comunidad, en la población y en un proyecto político que demandaba la vuelta a la democracia, como señala Soles (2008).

Las pobladoras fueron descubriendo su autonomía, en un amplio sentido: desde la experiencia colectiva con otras mujeres, autonomía financiera de sus compañeros –en la medida en que ya no dependían totalmente de sus ingresos

o de la falta de estos-, ya que, a través de las organizaciones, pudieron sustentar y gestionar los alimentos y su preparación. Además, no solo se hicieron cargo de sus propias familias, sino también de las que acudían a buscar un plato de comida a las ollas comunes.

La salida de las mujeres al espacio público, ya sea a la comunidad cristiana, a las organizaciones, buscando ayuda para sostener a sus familias, implicó un cuestionamiento respecto de los roles y, a la vez, nuevas comprensiones de sí mismas como sujetas populares, con capacidad de intervenir social y políticamente en sus territorios.

Bibliografía

- CIDU (1973). “Campamentos de Santiago: movilización urbana”, *Imperialismo y urbanización en América Latina*, M. Castells, editorial Gustavo Gili, Barcelona, España.
- Cofré Schmeisser, Boris (2011). “El movimiento de pobladores en el Gran Santiago: las tomas de sitios y organizaciones en los campamentos 1970-1973”, *Tiempo Histórico* N° 2, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Córdova Carrasco, Katherine, Hugo Ramos Tapia y Nicolás Varela Molina (2014). *Cerro Navia, relatos de una historia*, ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago.
- Gallardo, Bernarda (1985). Las ollas comunes de La Florida como experiencia de desarrollo de la organización popular, documento de trabajo N° 248, Programa FLACSO, Santiago.
- Garcés, Mario (2002). *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, ediciones LOM, Santiago.
- González, Valeria (2014). Comunidad “Carrascal Poniente”: solidaridad y autogestión, 1965-2014, informe de seminario para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago, marzo.
- Hardy, Clarisa (1986). *Hambre + dignidad = ollas comunes*, Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Lechner, Norbert y Susana Levy (1984). Notas sobre la vida cotidiana III: el disciplinamiento de la mujer, Programa FLACSO N° 57, Santiago.

- Morales, Eduardo (1986). Descentralización del Estado y realidad comunal: problemas y perspectivas, material de discusión, Programa FLACSO N° 87, Santiago.
- Morales, Eduardo y Sergio Rojas (2009). “Relocalización socioespacial de la pobreza: política estatal y presión popular”, *Santiago, una ciudad neoliberal*, Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI), Quito.
- Munizaga, Giselle y Carlos Ochsenius (1983). *El discurso público de Pinochet (1973-1976). Un análisis semiológico*, Colección Histórica, CLACSO, Buenos Aires.
- UN, CEPAL, Unidad Conjunta CEPAL/CNUAH de Asentamientos Humanos, Academia de Humanismo Cristiano, Programa de Economía del Trabajo (1984). Taller Mercado y Organizaciones Económicas Populares, informe final, Santiago.
- Ochsenius, Carlos (2006). “Gestión pública y ciudadanía: participación social y reforma en el servicio de salud”, *Innovaciones en la gestión participativa de la salud. Lecciones y aprendizajes*, M. Fernández (comp.), Universidad de Los Lagos, Ministerio de Salud, Chile.
- PLADECO (s/f). Plan de Desarrollo Comunal de Cerro Navia 2006-2010.
- Revilla, Marisa (1992). “Las organizaciones de mujeres en Chile. Entre la subsistencia y la construcción de identidad”, *Revista de análisis sur-norte para una cooperación solidaria* (9): 27-30.
- Reyes Espejo, María Isabel (2013). “Liderazgo comunitario y capital social: una aproximación desde el campo biográfico”, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Programa de Doctorado en Psicología de la Comunicación: Interacción Social y Desarrollo Humano (PCID), julio.

- Sagredo, Rafael y Cristian Gazmuri (2008). *Historia de la vida privada en Chile. Vol. III*, editorial Taurus, Santiago.
- Salas, Verónica (1999). Rasgos históricos del movimiento de pobladores en los últimos 30 años, Taller de Acción Cultural (TAC), Santiago, disponible en http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_pobla/MSmovpobla0009.pdf
- Santa María, Ignacio (1972). “El desarrollo urbano mediante los ‘asentamientos’ espontáneos: el caso de los ‘campamentos’ chilenos”, ponencia presentada en el IX Congreso Interamericano de la Sociedad Interamericana de Planificación, Bogotá, septiembre 1972.
- Soles, Diane (2008). “Reconfigurando lo público y lo privado en el Santiago de Pinochet: un análisis de género”, *Bifurcaciones* N° 8, diciembre 2008.
- Toro, María Stella (1997). “Fragmentos de una historia por contar: las coordinaciones de talleres de la mujer pobladora Lilith y San Rafael (Comunas de San Joaquín y La Pintana, Santiago, 1974-1995)”, *Última década*, N° 6:125-146, CIDPA, Viña del Mar.
- Valenzuela, María Elena (1990). “Mujeres y política: logros y tensiones en el proceso de redemocratización”, *Proposiciones* N° 18, ediciones SUR, Santiago.

La alimentación como espacio político

Gloria Leal Suazo

Resistencias cotidianas... nació con la idea de visibilizar el protagonismo de las mujeres de la Población Sara Gajardo en Cerro Navia, antiguamente Barrancas, en su rol de sostenedoras de la vida para afrontar tiempos de desigualdad, cesantía, pobreza, alcoholismo, desnutrición, hambre y represión.

Al escribir este artículo viajo a mis recuerdos, a mi pasado, ese pasado que observé silente durante muchos años. Estaba convencida de que esas reminiscencias tendrían un valor para la historia de resistencia en Chile, pero al revisar publicaciones sobre las organizaciones sociales existentes en las poblaciones, lo que encontré fue un encasillamiento de su actuar: organizaciones económicas, sociales y solidarias o simplemente las ollas comunes y los comprando juntos, sin describir la potencia y el aporte de cada mujer que protagonizó esos espacios cotidianos.

Nuestra historia reciente no nos describe como protagonistas en los procesos sociales, económicos y políticos del país: hemos sido invisibilizadas, subvaloradas y poco reconocidas. Nuestra historia aún sigue al debe con nuestro pasado, en momentos en que el avance del negacionismo pretende eliminar de la memoria colectiva las atrocidades de la

dictadura cívico-militar y sus secuelas. La memoria y su ejercicio pleno se debe plasmar en cada espacio cotidiano, en cada batalla por la subsistencia, desde donde comenzamos a caminar juntas, sin conocer el feminismo, sin leer los estudios de género, sino desde el quehacer del “hacer haciendo”, el aprender con la compañera, con la vecina. La experiencia es un torrente de sabiduría de la vida común que nos hace situarnos, pensarnos y remirarnos.

Para reconocernos contamos nuestra historia, una historia olvidada, pero que merece tal relevancia porque aporta con la observación, los recuerdos, los cruces políticos, el feminismo sin apellido, las acciones.

Escribo este capítulo como impulsora de esta publicación, porque pienso que la búsqueda de mayor igualdad y justicia para las mujeres tiene relación con sus historias de vida, esas historias que marcan un camino que hay que recorrer.

En tiempos de inseguridad alimentaria, organizar la sobrevivencia es fundamental. Por ello, mi memoria infantil atesoró los recuerdos de una niña de alrededor de cuatro años que observaba el entorno con la inocencia propia de esa edad.

Vivía con mi mamá, papá y hermano en mi casa que para mí era bonita, me gustaba. Era una mediagua de dos piezas con piso de madera ¡pero tenía ventanas! ¡con vidrios! En la población había solo cuatro viviendas similares, casas de vecinos obreros de la empresa textil Sumar. Esas mediaguas las proporcionaba el Sindicato de Trabajadores, con facilidades de pago y buenas condiciones de habitabilidad: prefabricada, con piso de madera, cielo, ventanales y pizarreño (la mayoría de las otras tenía techo de fonola y piso de tierra). El sitio tenía un parrón, una higuera y un damasco. Mi mamá hizo una huerta en la que había tomates, repollo, ají cacho de cabra, hierbas; en los veranos, el parrón y los árboles daban mucha

fruta. Recuerdo que algunos de los chiquillos que vivían en la esquina, ¡eran 12 hermanos!, se encaramaban en la reja de madera y sacaban la fruta; mi mamá los retaba porque les decía que tenían que pedírselas y no sacarlas a la mala, pero era difícil la sobrevivencia para ellos, así que los árboles frutales y el parrón eran un alimento adicional.

Casi todas las vecinas eran dueñas de casa y criaban a sus hijos e hijas: tres, cuatro, cinco y hasta 12 hijos; mi mamá era una de las que menos hijos tuvo. En ese tiempo las mujeres acudían al consultorio y solo algunas tenían acceso a métodos anticonceptivos, Yo nací de chiripazo, porque a mi mamá le dijeron que amamantando no iba a quedar embarazada; mi hermano tenía siete meses cuando mi madre supo que estaba nuevamente embarazada. Después le colocaron un dispositivo intrauterino llamado espiral Lippes, usado con anterioridad a la T de cobre; en esos años había nula educación sexual y la atención médica solo era reproductiva o de urgencia, pero no preventiva.

Mi mamá, Rosa Suazo, fue una de las mujeres fundadoras de la iniciativa comprando juntos de la población, junto a otras vecinas; nunca tuvo un cargo directivo, pero fue muy comprometida y organizada durante todos los años que duró. Fue el padre Desmond quien la invitó.

Recuerdo esa reunión en la capilla-mediagua, todas sentadas en bancas y el padre Desmond acompañado de otras personas, entre las cuales estaba Luisa Riveros, una destacada dirigente social que fue conocida por leer la carta al Papa Juan Pablo II, en el Parque O'Higgins, que denunciaba las violaciones a los derechos humanos en Chile. En esa reunión contaron que el comprando juntos ya existía en otras poblaciones de la comuna. Yo era muy chica, pero entendí que un grupo de mujeres se estaba organizando para comprar alimentos más baratos. Después de ese primer encuentro comenzaron a realizar reuniones semanales o quincenales. Mi mamá nunca

faltó a una reunión. Generalmente, las reuniones eran de tres a cinco de la tarde, un horario en que los esposos no llegaban aún del trabajo. Ahora pienso que se hacían a esa hora para que no se notara la ausencia de la mujer en el hogar, una decisión que reforzaba el machismo de la época.

Aprendí observando a mi madre y nuestro entorno. Muy pequeña sabía que era prioritario tener un trabajo y que el trabajo nos proporcionaría la comida; no tener un trabajo era lo más terrible que le podía pasar a una persona. Esta convicción se asentó al ver que mi mamá lloraba en silencio porque mi padre se iba a quedar sin trabajo. La primera vez que la vi llorar, le pregunté qué pasaba y me dijo: “tu papá se va a quedar sin trabajo y no sé qué haremos”. En mis deseos de cumpleaños o de Navidad, pedía que mi papá nunca quedara sin trabajo; igual se las arreglaba, porque era maestro chasquilla y hacía pololos en la población.

El comprando juntos fue el inicio de la resistencia cotidiana en la Sara, algo tan básico que es el comer, pero que se hace realmente desesperante cuando no cuentas con ese plato de comida.

Para que la organización resultara, había que darle una estructura orgánica. Recuerdo ese proceso de soberanía alimentaria, concepto que se acuñó muchos años después, como alternativa para intentar resolver la inseguridad alimenticia vinculada a la pobreza y el hambre. Al inicio comenzaron alrededor de 10 personas, con los meses se fueron incorporando varias más y llegaron a ser unas 30; había una dirigencia que había sido elegida porque tenía más educación, podía escribir las actas de las reuniones y llevar el registro de la organización.

Se contaba con un cuaderno de socias, no recuerdo si al ingresar había que firmar un compromiso de participación y responsabilidades colectivas, pero si no se firmó, era algo

que se asumía implícitamente por el solo hecho de ser parte del comprando juntos. En cada reunión se pasaba asistencia y una vez al mes se confeccionaba la lista de las personas que estaban encargadas de ir a comprar al por mayor. Esto se hacía en colaboración con otros comprando de la zona oeste.

También se hacía la lista de las personas que debían pesar, embolsar y ordenar la mercadería el día viernes y otra, la del sábado, para venderla. Había que llevar un lápiz pasta e instalarse detrás del mesón levantado por unos caballetes de madera; la encargada de la caja entregaba unas hojas de papel roneo con el listado de los productos que se vendían y en la pizarra grande se escribían los precios de cada producto. Se anotaba todo: la cantidad, valor unitario y valor total de lo que se vendía, se entregaban los productos y la gente pasaba por caja a pagar con la hoja de papel que la identificaba y quién la había atendido. Había reglas de quiénes podían comprar, la socia o algún integrante del grupo familiar, la cantidad máxima de productos que podía llevar, por ejemplo, cinco kilos de harina cruda, dos litros de aceite.

Al principio había pocos alimentos que se vendían, solo los primordiales, harina cruda, azúcar, té, aceite, fideos, salsas de tomates, arroz..., luego se fue incorporando papel higiénico, pasta de zapatos, pasta dental, detergente, cloro, jurel, sucedáneo de café Coronado, servilletas, alimentos y productos no perecibles. Al terminar de vender se debía hacer un inventario y guardar la mercadería en la bodega, que estaba en el mismo recinto donde se pesaba; también se contabilizaba el dinero que se recaudaba, todo quedaba cuadrado en el mismo lugar, incluyendo las mermas por productos que se rompían, y finalmente, se rendía cuenta en las reuniones.

El entramado estaba liderado por mujeres, en algunas familias el esposo era el reemplazante del rol que ellas cumplían, o un hijo o una hija. Había hijos muy activos, por ejemplo, el

Tito, Héctor Chacón, hijo de la señora Pascuala Álvarez, ya fallecida. La señora Pascuala y su hijo Tito eran muy activos, pues también participaron y dirigieron la olla común al mismo tiempo que funcionaba el comprando juntos.

Si bien la olla común y el comprando juntos tenían como objetivo proporcionar alimentación, se diferenciaban en sus beneficiarios directos. Para formar parte del comprando juntos la socia debía tener un mínimo de poder adquisitivo para comprar sus alimentos a precio costo, pero debía pagarlo. En cambio, la olla común respondía a la necesidad de alimentar a quienes no tenían dinero para comprar alimentos: las vecinas y sus familias llegaban a la comunidad cristiana a alimentarse o traían sus tarros u ollas para llevarse la comida.

Alrededor de mis 10 años empecé a participar en todo este proceso, acompañando a mi mamá. Iba a vender y me encantaba, me gustaba mucho, era como una esponjita que iba absorbiendo todo lo que pasaba en el entorno, porque me gustaban harto las reuniones, en las que no solo se rendía cuentas, sino también se entregaba información del contexto nacional que vivíamos. Así nos enterábamos de que había presos políticos en la población, se hacían campañas de solidaridad para las familias afectadas, se sabía a quienes se había asesinado después de los paros nacionales, las protestas. Mucha información, pero también miedo. Sin embargo, las mujeres que participaban siguieron adelante, a pesar del miedo, demostrando una gran fuerza para enfrentar las dobles o triples jornadas de trabajo.

Pobladoras resistiendo

Un año o dos años antes de la expulsión del padre Desmond, en 1983, llegó a la comunidad cristiana el padre Liam Holohan, para seguir acompañando el proceso de organización y

resistencia de las y los pobladores “de la Sara”, como él cariñosamente la llamaba. Liam fue fundamental en la vida de muchas personas de la población. Era muy joven, lleno de energía.

Las familias, además, participábamos en otros espacios al interior de la comunidad cristiana: recreación infantil, apoyo escolar, catequesis, talleres de dactilografía, de artesanías en cuero, de arpilleras, de costura, de peluquería, de guitarra, folklore, entre otros.

A mí me gustaba vacacionar en los veranos en las colonias urbanas populares: una semana de vacaciones de niños y niñas de la comuna entre cinco y 12 años que participábamos en actividades que se desarrollaban en alguna escuela cercana. Era muy entretenido, pues los tíos y tías que eran monitores organizaban actividades recreativas todos los días y salíamos al Trapiche en Peñaflores, donde nos bañábamos. Para muchos niños y niñas era nuestro único paseo vacacional.

Ya en la adolescencia estuve en el ENJUPO; muy diversas y entretenidas las actividades: talleres de cuero, arpilleras, canto, teatro; veíamos películas, documentales, muchos teleanálisis y sabíamos del contexto social y político que estábamos viviendo en la dictadura.

También había un equipo de salud que atendía a la población; se capacitó a varias pobladoras para poner inyecciones y hacer curaciones. El equipo atendía cuando alguna persona lo necesitaba, sobre todo en los días de protestas o de paros nacionales, cuando quedaban varios jóvenes heridos en el sector.

La solidaridad era fundamental, había canastos o cajas donde se recolectaba ayuda para los prisioneros políticos; cada mujer compraba un producto, no sé si todas lo hacían, pero sí la mayoría, y lo colocaba en la caja para entregarla

a los prisioneros políticos y a sus familias. Eso era parte de la normalidad, algo que a una no le llamaba la atención, era normal ser solidaria, no era un acto de valor extra, como es ahora. Era parte intrínseca del convivir en esa comunidad.

La mayoría de las organizaciones se vinculaban entre sí, también había espacio de articulación y coordinación con otras poblaciones. Yo creo que para las dirigentas fue un crecimiento personal extraordinario vivir y compartir distintas experiencias. Como en toda organización, podía haber diferencias entre ellas, pero rescato la experiencia de formación y aprendizaje, el respeto, el cariño y la solidaridad colectiva.

El espacio político invisible

En los 14 años que participamos con mi mamá en el comprando juntos, pocas mujeres desertaron; por el contrario, se fueron sumando, porque era una manera de resistir a la dictadura, a la pobreza, al hambre, a la cesantía; era un espacio de mujeres.

Las mujeres lideraron el espacio, se organizaron frente a lo que estaba pasando, fueron solidarias entre ellas, pero además pudieron contener una organización por muchos años, en que la rotación fue mínima, yo creo que eso tiene un gran valor.

Fue una experiencia de trabajo colectivo, no un espacio partidista, aunque sí había militantes en su interior. Fue un espacio político entre mujeres y político en su accionar desde lo cotidiano para conseguir los objetivos en común: defender el territorio, compartir el pan, resguardar la vida. Cada experiencia fue un aprendizaje.

Me pregunto: ¿Cómo haces político un espacio en torno a la alimentación? ¿Cómo haces político la sobrevivencia? Para mí, el espacio político puede ser cualquier lugar, incluso la cocina. ¿Cómo valoras ese espacio?, y ¿cómo ese espacio es reconocido como aporte dentro del grupo familiar, su valor en la comunidad y en tanto aporte al país? En tiempos de un país herido, cada una de las protagonistas contribuyó con su valentía y fuerza a la mantención del espacio.

Este análisis no lo hicieron ellas en ese momento. Nunca lo hizo mi mamá, no se conversó al respecto, pero ya de adultas y a luz de la idea de contar estas experiencias, lo conversamos con mi mamá, y revisamos pasajes de esta historia, nos reímos de algunas anécdotas, pero ella no alcanzó a ver esta publicación, falleció en el proceso.

Aprender entre nosotras, respetar los procesos, valorar el trabajo en torno al cuidado, son grandes aprendizajes. Sostuvimos durante años la vida de nuestras familias y de nuestro entorno, aprendimos a sobrevivir, a luchar por nuestros ideales y derechos, a empatizar con el dolor de las otras y los otros, a acoger, a contener, a resolver problemas de manera no violenta. Buscamos soluciones en el colectivo. Nuestros problemas ya no eran individuales.

Hoy resignificamos la memoria colectiva de las mujeres en los diferentes espacios, las sacamos del anonimato y les reconocemos su valía a partir de lo más básico: el cuidado entre unas y otras, así como el cuidado de la comunidad donde vivimos.

Reconocer el trabajo invisible de las mujeres para sustentar su comunidad y recuperar la democracia sigue siendo un gran desafío en la historia de nuestro país. Esta publicación contribuye a ese objetivo.

¿Quién era Sara Gajardo?

Carmen Torres Escudero

Rescatar la historia de Sara Gajardo Araya ha sido arduo y poco fructífero. De los escasos antecedentes que existen en los archivos nacionales, revistas, diarios y otros medios impresos y digitales, sabemos que era oriunda de la provincia de Tarapacá, hoy región. Allí nació el 5 de agosto de 1908. No encontramos trazos de su infancia ni adolescencia.

Lo que sí sabemos es que en Iquique ingresó a la Falange Nacional –grupo que se separó del extinto Partido Conservador por desacuerdos políticos e ideológicos–, partido que integró a sus filas a jóvenes católicos, estudiantes universitarios y obreros que querían ser partícipes de una formación política basada en principios humanistas y cristianos. En su declaración de principios, la Falange se definía como “un movimiento político que lucha por instaurar en Chile una Democracia verdaderamente humana, en que imperen la libertad y la justicia. Para lograr este fin da expresión popular a una política de inspiración cristiana...”¹⁰.

En su trayectoria como militante, Sara fue directora del Departamento Femenino de su partido (momentos en que las agrupaciones políticas solían marginar a las mujeres en

.....

10. “Partidos, movimientos y coaliciones. Falange Nacional, disponible en https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Falange_Nacional

segmentos diferenciados y no igualitarios) y luego, en 1953, nombrada vicepresidente regional de la Falange Nacional.

Más allá de sus cargos partidarios, Sara ya era conocida por su desempeño como dirigente vecinal y por haber fundado el primer Sindicato de Empleadas Domésticas de Iquique.

Perdemos su pista hasta que la volvemos a encontrar en Santiago. Su labor en favor de las familias más postergadas, sobre todo de aquellas que pernoctaban y sobrevivían a duras penas en las numerosas “poblaciones callampas”, le valió ser elegida como regidora de la comuna de Santiago en los albores de los años cincuenta. En 1958 fue reelegida.

Desde entonces se le llamó “la regidora del pueblo”. Siguió apoyando la formación de sindicatos, de los Comités sin Casa, de las organizaciones vecinales, con el fin de facilitar a las familias más pobres el acceso a una vivienda digna y a reivindicar sus derechos plenos. Y seguiría haciéndolo hasta su muerte, acaecida en 1968.

Quizás lo que se conoce menos de Sara Gajardo fue su particular empeño en lograr la creación de guarderías y jardines infantiles públicos. Laura Allende, diputada del Partido Socialista, lo hizo presente en la Cámara de Diputados en el póstumo homenaje que se rindió a Sara en junio de 1968:

“Nuestro recuerdo hacia la figura de Sarita se inspira [...] en un hecho muy concreto: la importante participación que le correspondió en el trabajo del Comité Pro Guarderías Infantiles. Sarita Gajardo, con la representatividad tan significativa de Regidora del

primer municipio del país, batalló con denuedo para que tal propósito fuera realidad”¹¹.

También encomió su amplia mirada política:

“Sarita careció del más mínimo sectarismo. Se unió a las delegadas de los más diversos sectores políticos, educacionales y gremiales, sin falsas limitaciones, prejuicios o reticencias. Y trabajó y sufrió por su realización, que no llegó a alcanzar” [a ver]¹².

Allende también resaltó el trabajo de Sara Gajardo en pro de las mujeres más pobres:

“Ella comprendía que la mujer chilena tiene que incorporarse a las actividades productivas y creadoras del país, para responder a los imperativos de nuestra hora. Pero, asimismo, se dio cuenta de que la mujer no puede pagar este derecho a un precio tan cruel, como el que hoy se le exige: que comprometa el destino de sus criaturas. Porque el niño surgido en el hogar obrero, mientras su madre se gana el pan, afronta riesgos tremendos, no sólo en su condición física, sino en su formación moral. Una estructura que no consulta las guarderías infantiles como uno de sus más decisivos factores es una organización social arcaica, bárbara y discriminatoria”¹³.

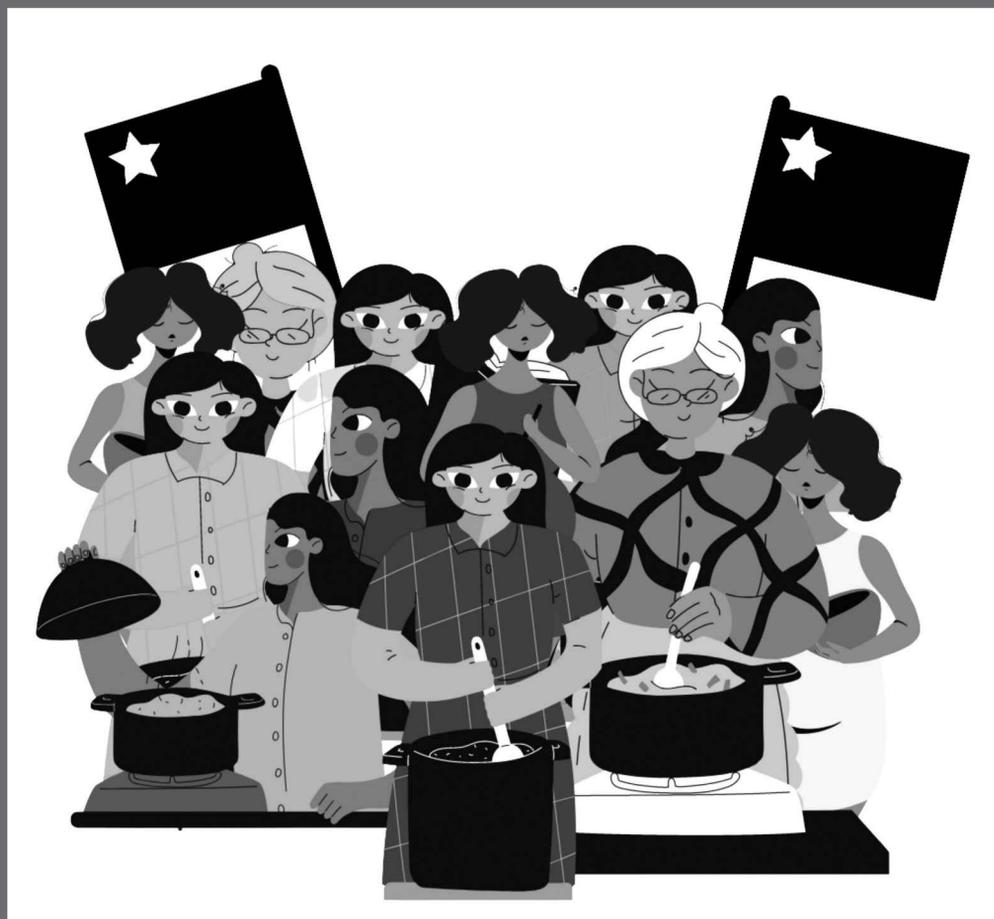
.....

11. Laura Allende, “Homenaje a la memoria de la Regidora de la Ilustre Municipalidad de Santiago, doña Sara Gajardo. Notas de condolencia”, en: <https://www.bcn.cl/laborparlamentaria/wsgi/consulta/verParticipacion.py?idParticipacion=748014>

12. La Ley N° 17.301, que creó la Junta Nacional de Jardines Infantiles, fue publicada en el Diario Oficial en abril de 1970.

13. Ver nota 11.

La creación de organizaciones sociales y vecinales de diversas poblaciones es, quizás, el mejor homenaje a Sara Gajardo. Muchas personas no sabrán de su historia ni de su lucha por mejorar las condiciones de vida de innumerables familias pobladoras, pero es probable que más de alguien se pregunte: “¿y quién era Sara Gajardo?”, al notar que en la Población Presidente Ríos hay una calle que lleva su cargo y su nombre: “Regidora Sara Gajardo”. O que en Chillán exista el “Barrio Sarita Gajardo”. O que las protagonistas de este libro recuerden a su población como “la Sara”, “la Sara Gajardo”. Muestra del cariño y reconocimiento a alguien que, sin conocer a cabalidad su historia, influyó tanto en sus vidas.



Las protagonistas

Ilustración del *Directorio de iniciativas de autogestión y ollas comunes*, Fondo Alquimia, 2020.

Gentileza de Victoria Viñals.



Isabel Vera Arroyo.

Nadia Martínez.

No se puede perder la experiencia acumulada de las mujeres organizadas

Isabel Vera Arroyo

Soy Isabel Vera, tengo 61 años, soy dueña de casa y madre de tres hijos, abuela de cuatro nietos. Todavía vivo en la Villa Carrascal, ex Sara Gajardo, y no me iría nunca de esta población. Le tengo mucho cariño, sobre todo a su gente.

Vengo de una familia del sur, yo nací en Victoria y nos fuimos a Chillán primero, cuando tenía seis o siete años, y llegué acá a la Sara Gajardo a los nueve. Mi familia arrendaba y vivíamos todos hacinados, en una pieza dormíamos todos juntos, hasta que una señora le tuvo tanto cariño a mi mamá y a mi papá que les regaló el sitio y ahí empezamos a salir adelante, de a poco. Pobres, mis papás trabajaron los dos con mucho esfuerzo. Me acuerdo que cuando llegué a la población eran puras chozas; todo lleno de tierra, no teníamos agua, había que ir a buscar agua lejos, eso tiene que haber sido en 1969 o 1970.

Todas las familias que estaban en la toma se dividieron, a la mitad la mandaron para la Santa Corina, por San Pablo; la gente que quedó ahí, en La Herminda, así se llama ahora; y las otras personas para acá, a la Sara, y se hizo la repartición del terreno.

Los dirigentes de la población se preocupaban mucho de la gente, sobre todo de la gente que veníamos del sur, porque

casi todos somos del sur. La mayoría de la gente venía de la toma de La Herminda, donde están las torres, por la Endesa, por esos lados. Y acá ya había gente que se había tomado el terreno, con muchos sacrificios; toda la gente antigua vivió muchos sacrificios en el campamento. Nosotros no pasamos por eso, pero la gente antigua cuenta –la que queda, porque hay muchos fallecidos también–. Lo bueno es que han ido contando la historia, eso es lo principal, para que no nos olvidemos.

Cuando Allende ganó la presidencia yo tenía 10 años y me acuerdo que mis tíos, hermanos de mi mamá, estaban muy contentos porque decían que, por fin, con tanta lucha, estaba Salvador Allende; decían bromeando que íbamos a tener “tierra hasta en los pies”, se veía mucha gente contenta. Todos pensamos que iba a cambiar todo esto, pero no fue así.

Yo estudiaba en el colegio San Francisco Javier y ese día martes 11 de septiembre estábamos en el colegio, y de repente empezamos a ver que había mucho movimiento en la Endesa; el colegio se separaba por una pura pandereta de esas que tenían hoyitos, y nosotros, con unos cabros chicos, empezamos a mirar hacia la Endesa y vimos muchos milicos tirados en el suelo con armas: apuntaban al colegio y para todos lados. Las monjitas, como era colegio religioso, nos encerraron en las salas y no podíamos irnos a la casa hasta que nos vinieran a buscar los papás; nosotros no sabíamos qué pasaba, hasta que mi mamá nos fue a buscar y en el camino nos contó que los militares se habían tomado La Moneda. Los aviones pasaban por aquí, al lado.

La represión fue muy dura en nuestra población, a veces eran las 12 del día y tenías que salir a comprar lo que había, filas para ir a comprar pan o mercadería, todo rápido, porque si no, llegaban los milicos y te disparaban nomás, no tenían consideración; fuimos muy reprimidos, muy reprimidos. A mi hermano una vez lo tomaron detenido y le hicieron apagar

una fogata con los pies; se lo llevaron a un canal en Macul o Quilín, no sé dónde; nosotros empezamos a buscarlo y llegó solo, lo habían desnudado entero y una persona que vivía en la calle le dio ropa; llegó todo machacado y con los pies llenos de ampollas. Esa vez murió el hermano de la Mónica, el Iván Aqueveque, esa misma noche, en 1986. Fue muy triste porque, imagínate, mataron al Iván, tomaron preso a mi hermano y a otros jóvenes que andaban con mi hermano les sacaron la porquería. La patrulla que hizo eso fue la que después quemó a Carmen Gloria Quintana y a Rodrigo Rojas, vinieron primero acá a la población y después tomaron a la Carmen Gloria.

Las primeras organizaciones que comenzaron a surgir en la población fue por el impulso de unas monjitas, ellas tenían una comunidad, eran tres o cuatro hermanas religiosas. Ellas empezaron a juntar a los vecinos y ahí llegamos nosotros a participar en la comunidad. Aparte de eso, en el colegio, como era religioso, las monjitas tenían talleres, grupos de apoderados y en ese tiempo nos acompañaron bastante; por lo menos, hacían salir a la gente del encierro de sus casas, a conversar o tener temas de reflexión; eso fue como en 1974.

Acá en la comunidad conocí a mi esposo, en los grupos juveniles, más chiquititos éramos. Habíamos hartos jóvenes participando. Ahora que estamos más viejos conversábamos con el Carlos y con otras personas que también participaron en los grupos –ellos venían a ver a las chiquillas que participaban en la comunidad, esa era la motivación– y nos fuimos quedando, son tiempos inolvidables esos.

La comunidad cristiana fue un espacio de protección y de organización muy importante para todos los pobladores que participamos en la comunidad, porque no solo era venir a rezar, también era hacer cosas por los pobladores, mucha gente tenía un familiar que estaba desaparecido o detenido. En ese tiempo estaba el padre Liam, él fue una de las personas importantes para nosotros, junto con el padre Desmond.

Ellos empezaron a pavimentar el camino, por así decirlo; muy preocupados los sacerdotes y las hermanas de enseñar cosas, de que la gente no pensara solamente en venir a rezar, sino también en hablar de otros temas, de lo que estaba pasando. Los sacerdotes y las hermanas religiosas fueron muy importantes en la población.

Mi mamá participaba en el comprando juntos, yo ayudaba en lo que podía, fue una instancia donde a muchas mujeres, las que participamos, nos sirvió para salir de la casa, sobre todo a las mujeres de más edad, porque yo era jovencita. Me acuerdo cuando el día sábado abría el comprando: a muchas señoras les servía para distraerse un poco y se echaban la talla y “qué vamos a hacer”, y sirvió para tener a las pobladoras organizadas; para que no nos quedáramos en la casa viendo televisión, lo que quería la dictadura en ese tiempo, que no participáramos en nada. Algunos hombres nos iban a ayudar a bajar las cosas cuando llegaban las mercaderías, o a veces la señora se enfermaba y tenía que ir el esposo a comprar; había algunos que no eran tan cerrados, pero a muchos maridos no les gustaba que su esposa participara en grupos porque decían que le abrían la mente y “no se vayan a sublevar las señoras”. Fue una instancia muy buena porque se hacían talleres, se reunían cada 15 días y las dirigentas daban a conocer todos los gastos, todo transparente. Este comprando juntos fue en todo el sector de Pudahuel; también nos reunimos con mujeres de otras comunidades, teníamos una muy buena organización.

Yo participaba activamente en la comunidad, había hecho catequesis a niños, no tenía ni una noción de hacer catequesis y el padre Liam fue muy importante porque me decía: “no, mira, tú tomas el libro, lees el tema y lo llevas a la realidad de lo que está pasando”; venía todo estructurado de arriba, del Arzobispado. Y así me lancé a hacer catequesis y estuve no sé cuántos años, ahora yo veo a los chiquillos que me dicen “hola” y yo digo “¿quién es?”. El Liam también me invitó a

participar en el comprando juntos, me gustaba venir porque las señoras eran buenas para la talla, nos reíamos montones.

Lo mejor fue la participación de las pobladoras en la comunidad. Y ahí empezó la organización de la olla común, a la que venía mucha gente que no participaba en la comunidad cristiana, pero eso no era un requisito, lo importante era darnos una mano entre todos. Nos fuimos organizando en turnos: una semana les tocaba a tres o cuatro mujeres que venían a hacer lo que tenían que hacer. Las dirigentas invitaban a las señoras a ir con ellas para que vieran que todo era transparente y siempre fue así. La Yola y la Carmen fueron las dirigentas, ahora no están, la Yola ya no vive acá en Santiago, la Carmen sí; pero ellas fueron la cabeza visible del comprando y atrasito estaba el Liam igual y las demás señoras también. Fue una muy buena organización, porque se tenía contacto con el comprando juntos de otras poblaciones; de repente no se sabía de las noticias que salían en la radio o en la tele, y la gente le decía a otra: “oye, sabes, pasó esto, desapareció esta otra persona”; teníamos nuestra propia comunicación con otras poblaciones.

Eran tiempos de mucha hambre y mucha cesantía, por eso mismo se organizó la olla común y la gente no solo iba a buscar la comida, también tenía que ganarse el plato de comida, por decirlo así. Las personas que estaban a cargo les decían: “si usted no se mueve, no hay comida”; igual le iban a dar comida, pero tenían que poner de su parte, no era todo así tan fácil.

La gente de la feria se portó muy bien con las familias del sector, teníamos como un permiso que decía que estábamos autorizados para pedir ayuda. Mucha gente participó en estas organizaciones, aunque les daba vergüenza salir a pedir, bueno, a todos nos daba vergüenza, pero como había tantas ollas comunes se nos pasó la vergüenza, porque era por una causa justa. A lo mejor yo tenía mi comida en la casa, con mi familia, pero había mucha gente que no tenía, entonces

hacíamos un plato con huesos, porotos, pan amasado y todo eso y la gente se saboreaba.

Muchos vecinos trabajaban en el PEM y el POJH; el Carlos, mi marido, participó y muchos chiquillos, bueno, son adultos ahora, iban a hacer hoyos y después tapaban el hoyo, o había que ir a pavimentar y ahí iban todos. Pero también había programas para las mujeres. Lamentablemente, dentro de la misma gente de clase algunos se aprovechaban cuando los nombraban jefe o jefa y se mandaban las partes, la gente les decía: “oye, vivimos en la misma población y vení a tratarme así, esto es una mierda de trabajo y nos tenís que humillar”, eso pasó mucho, abuso de poder, y que todavía no se acaba.

Funcionamos en la comunidad cristiana, y a veces teníamos la olla en la calle o en el patio, con leña; tenían su horno de barro las señoras y hacían pan, sopaipillas y lo que había; se daba la comida y un pancito. En la capilla hay una sala que nosotros todavía le decimos “la sala del comprando”, porque ahí era.

Éramos la Comunidad Cristiana Sara Gajardo, que después con los años pasó a ser Nuestra Señora de la Paz. Cuando llegué aquí a la población, la comunidad estaba cerquita de donde yo vivo ahora, era una pieza de tres por seis, ahí empezó. Ahí se hacían las misas, los bautizos, las primeras comuniones: era una pieza chica, pero a veces se llenaba el patio y todo. Se comenzó a construir, primero las piezas de madera que todavía están, y después se ganó un proyecto de Trabajo para un Hermano y ahí se construyó la parte sólida que está ahora; eso también permitió que muchos pobladores trabajaran en la construcción de la capilla de la comunidad.

Me acuerdo que varios sacerdotes se reunieron en Lourdes a protestar, donde estaba el padre Desmond, lo tomaron detenido junto a dos curas más y con la ropa que tenía puesta lo llevaron a un avión y lo echaron de Chile. Los chiquillos

jóvenes hicieron un baúl con sus cosas, pero gigante, medía como dos metros de largo el cajón; ahí le metieron todas sus cosas y no sé cómo se lo mandaron, esa cuestión tenía que irse por barco, decíamos nosotros, porque era muy grande. Fue una pena, porque Desmond ayudó mucho a la gente de la población, la gente que es más antigua le tiene mucho cariño, tiró proyectos también para que los jóvenes estudiaran y quienes ya tienen su profesión, fue en parte gracias a él.

Había varias organizaciones en la población, estaba la Casa Sofía que funcionaba allá en Salvador Gutiérrez, eran hermanas religiosas. Íbamos muchas mujeres a talleres, conversábamos de la vida que tenían nuestras mamás, nuestras abuelas, el sacrificio y el mundo machista en que vivíamos, fue un buen espacio, nos servía para salir un poco de la casa.

En las capillas se hacían grupos de jóvenes, de niños y todo; estaban las colonias urbanas, los talleres Luis Espinal y el ENJUPO. Los jóvenes de la población participaban y se encontraban con otros jóvenes, también estaba el taller de pre-monitores; ahora los chiquillos tienen sus grupos y sirvió bastante, porque si una era un poco tímida para estar frente a la gente te enseñaban métodos para que se te pasara la vergüenza o respirar hondo; fueron muy buenos momentos.

Los jóvenes no teníamos espacios, tampoco trabajo, algunos no querían estudiar o llegaban hasta cierto punto de sus estudios; para ellos lo más fácil era pararse en una esquina y drogarse, hasta ahora se ve, pero en ese tiempo era como más para callado lo de los jóvenes. El problema era de fondo, porque los chiquillos no pudieron terminar su enseñanza media y menos ir a la universidad; además, con las pocas oportunidades de trabajo que había, cuando decías que vivías en Cerro Navia o en la Sara Gajardo, no te daban el trabajo.

Fue muy importante el papel de los curas para la comunidad y la comunidad para la población. El Liam llegó aquí a la población cuando él tenía 26 años, jovencito, en Irlanda se ordenó sacerdote, y un amigo le contó de Latinoamérica, de las dictaduras, sobre todo en Chile, y él se entusiasmó y quiso venir acá a estar con la gente y llegó; yo me acuerdo, me parece que estaba el Desmond, después al poquito tiempo echaron al Desmond y quedó el Liam. Él fue más que un sacerdote, el Liam fue un hermano, un amigo, estaba en las buenas y en las malas, salía a protestar, peleaba con los pacos, tomaba fotos. Cuando venían a allanar las poblaciones, él se ponía adelante con los sacerdotes de la población de al lado para defendernos; fue una persona muy importante para la población, no solo para la comunidad. Al Liam algunos chiquillos volaos venían a pedirle plata y el Liam les decía “no te voy a dar plata, te voy a dar comida”, y algunos le decían “bueno” y otros le decían “no, quiero monedas”, y él contestaba “no, no te voy a dar monedas porque vas a comprar neoprén”.

La gente más de edad se acuerda de él, el padrecito le dicen, todos guardan recuerdos de cuando alguna señora estaba enferma y él traía un médico o le llevaba los remedios. Y siempre fue así. Estuvo como seis años, cada dos o tres años iba a Irlanda y a Bolivia, lo mandaban a hacer un taller de español porque hablaba muy enredado y de repente se enfermó; me llamó cuando él estaba en Brasil porque parece que le habían cortado un dedo de la mano derecha. Él bromeaba y decía que cada vez que se ponía maní en la mano se le caía el maní por el espacio en donde no tenía el dedo, y de ahí empezó a darle cáncer a la piel, porque él era muy blanco, llegaba a ser rosado.

En 1990, el padre Liam se fue, después vino de visita en 1994 y volvió en el 2002, esa fue la última vez que vino aquí a Chile, a la población. Se le hizo una misa, una bienvenida, porque mucha gente lo quiere mucho todavía; y él ya estaba enfermo, llegó bien gordito y era por los remedios que estaba tomando

por su enfermedad y después se fue a su país. Él quería morir aquí en Chile y su mamá le dijo que no, así que se fue donde su familia y el 1 de septiembre del 2002 falleció a los 46 años, jovencito. Quedamos todos con harta pena, pero cada aniversario se le hace su homenaje o conversatorio, fue muy querido por todos, sobre todo los vecinos. Cuando él vino, se quedó aquí y le tenían una mesa puesta con cerveza con galletas y vinieron todos a saludarlo.

Cuando terminó la dictadura, todos estábamos deseando que algo cambiara y casi nada cambió. Los jóvenes con mayor razón, bueno, los chiquillos se frustraron y no les quedó otra que buscar trabajo con lo poco que pagaban; las mismas chiquillas jóvenes embarazadas, jovencitas, ya son mamás, entonces todo eso viene arrastrándose. Aunque quieras sacar a las personas de eso, no tienes los medios, es muy triste ver jovencitas de 11, 12 o 13 años, y lamentablemente va creciendo ese hijo o hija y va a caer en lo mismo, en el mismo círculo vicioso. Falta mucha ayuda en nuestra comunidad. Yo puedo criticar mucho, pero si yo no hago nada de qué sirve, la junta de vecinos tampoco ha funcionado, lo único que funciona son los clubes deportivos; los cabros se van a jugar a la pelota, así se distraen y juegan, hasta los caballeros de edad juegan, todo esto antes de la pandemia.

En este tiempo de pandemia, han vuelto las ollas comunes. Después de 30 años. La gente se organizó y con ayuda de la población, con pobladoras que se ofrecían a participar; yo creo que en estos momentos podríamos retomar la participación en talleres, lo que se ha venido haciendo desde el Espacio Liberado “El Jardín”, donde también van niños chicos y gente adulta, ese espacio ha sido como puntal para la gente de la población. En otras partes también, como en Llantén, que tiene su gente, hacen hartas cosas y se llama a participar. No sé qué va a pasar cuando se acabe la pandemia, yo creo que mucha gente va a cambiar y ojalá sea así, que cambiemos para bien, no seguir en la misma.

Pienso que es importante rescatar la memoria de los jóvenes, que ya no son tan jóvenes, los que estaban en los grupos, las colonias, el taller Luis Espinal, o en los mismos clubes deportivos porque tienen muchas vivencias. Ahora son los jóvenes los que organizan a la gente y así como hay gente que antes fue organizada, hay también pobladores que estaban haciendo la olla común. La gente se reúne frente a una situación de necesidad. Acá existían dos o tres ollas, con chiquillas que participaban en la capilla o en la junta de vecinos y, por otro lado, había otra. Las que estaban ahí, como dando la cara, eran chiquillas que participaron también en organizaciones, pero tres de ellas eran pobladoras comunes y corrientes y eso era lo bueno.

Entonces, no sé si más adelante se va a volver a hacer las ollas comunes; bueno, ahora como están con el 10%, no hay necesidad¹⁴. Cuando salió el primer 10% no funcionaron más, porque la gente ya tenía los medios como para salir de eso, entonces no sé qué irá a pasar más adelante. Pero yo creo que mucha gente va a tener otro punto de vista o nos va a llamar a organizarnos porque tenemos que hacer cosas para la gente, no podemos perder eso. Que la gente se organice, eso es lo principal. No se puede perder la experiencia acumulada como mujeres organizadas y como mujeres en la sobrevivencia.

.....

14. Se refiere al retiro del 10% del monto total de los fondos de pensiones (capitalización individual) por parte de los cotizantes de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP). Las AFP fueron obligadas por ley a entregar ese porcentaje. Hasta octubre de 2022, se han realizado tres retiros, cada uno del 10% (N. de la E.).



Rosa Suazo Varela.

Gentileza de Gloria Leal.

Con el comprando juntos teníamos para comer y nunca nos faltó el pancito

Rosa Suazo Varela

Me llamo Rosa Suazo Varela, tengo ochenta y tantos años, nací en Cauquenes, Maule, en 1934. Me vine a trabajar con mi madrina Carmen Rosa a los 12 años, a una casona en la esquina de Compañía y Libertad; como yo era chica, era la niña de los mandados. Me daban la comida y una cama, pero no me pagaban, y las señoritas me daban la ropa que ya no usaban. Los domingos salía a la plaza del Roto Chileno y ahí conocí a otras empleadas igual que yo, pero ya era más grande, y ellas me comenzaron a decir que tenía que exigir que me pagaran, y así lo hice: me puse reclamona (se ríe); mi hija salió a mí en lo reclamona.

Trabajé muchos años como empleada doméstica y después comencé a trabajar en una tintorería, era una fábrica, ahí fui obrera textil y participaba en el sindicato; esos años fueron buenos, ya no estaba encerrada en las casas de la gente rica, algunos te trataban bien y otros no, pero yo era pará en la hilacha.

Vivía de allegada en la casa de mi hermano Juan y mi cuñada Francisca; mi cuñada no me quería y siempre inventaba cosas... Yo comencé a pololear con mi marido y mi cuñada, de copuchenta, le contó a mi hermano y este se enojó porque era machista, pero bruto de machista, no dejaba que hablara

con nadie, vino y me pegó, me agarró a palos y me echó de la casa, fue malo mi hermano. Mi prima Blanca y su marido Juan Gallardo, que vivían al lado, me defendieron y me llevaron a su rancho, después me dieron un pedazo de sitio... del sitio de ella, porque ya le habían entregado el sitio, no lo había tomado a la mala, como una.

Y ahí, mi marido –que era mi pololo en ese momento–, con el marido de mi prima, me hicieron una pieza de madera. Yo, como trabajaba, le di para comprar madera, para comprar todo y me hicieron una pieza y vivimos ahí un tiempo.

Antes de venirnos a la toma, estuvimos en un campamento, pero yo no fui casi nunca, porque trabajaba. Luego nos vinimos aquí, esta fue una toma a la mala, como se dice... nos pusimos de acuerdo con otra gente que también era de Cauquenes y lo tomamos... llegamos y tomamos el terreno.

Yo estaba esperando a mi hijo mayor y unas vecinas le decían a mi marido: “hay que sacarla de aquí”, o “llévala pa’ la casa”, porque pueden llegar los carabineros y capaz que le peguen a una embarazada. Yo no me moví del lado de él. Al final, hacían guardia en la noche para que no entrara la gente. Después, cuando mi marido trabajaba y tenía turno, me quedaba sola con la guagua y ahí me daba un poco de miedo. No tenía miedo de los pacos, le tenía miedo a la gente, porque como era una pieza nomás, estaba todo abierto, entonces la gente pasaba por el ladito afuera de la pieza, trajinaban por ahí... pero yo me dije: “no me voy de aquí hasta que me quede con esto”. O sea, nos quedamos. Y no nos movimos de ahí.

Yo iba siempre a las reuniones, nunca dejé de ir. Había algunas personas que, según ellas, tenían que ver con la toma y hacían reuniones. Después, cuando estábamos ya seguros con el sitio, decían que esta parte de aquí, o sea, la manzana 43, porque todos los sitios estaban marcados, la habían dejado para una plaza y no, no era así, estaban marcados porque lo

tenían para unos compadres, para más adelante. Y nosotros, como lo tomamos y no nos movimos de ahí, fuimos firmes y la gente toda llegó. Cuando llegué, estaba todo desocupado, pero no me quise quedar en la esquina que estaba libre, porque no me gustan las casas esquina, me quedé aquí y al lado se quedaron unas señoras conocidas de Cauquenes. Y así, pura gente conocida nos quedamos; entonces, las reuniones no salían tan difíciles y no nos movimos hasta llegar al final.

Ya cuando vimos que estaban serias las cosas, mi marido empezó a pegar ladrillos, él hizo esta casa, la hizo solo, solo... mi hermano a veces lo ayudaba a pegar ladrillos y otras cosas. Él me decía siempre: “no, ‘estate’ tranquila, si con un temblor esto no se cae, está muy firme aquí”; yo le decía: “me da miedo esa viga de fierro, que se puede caer encima de mi cabeza”. La parte de atrás de la casa la hizo mi hijo Iván, al fondo tiene la pieza mi nieta Camila, al lado de acá está la pieza del matrimonio y después sigue la mía y la del Chito porque últimamente estábamos separados –pero solo de cama–, porque yo soy “roncadora” y como él trabajaba y llegaba muy cansado yo no lo dejaba dormir. Bueno, fuimos arreglando la casa a medida que había platita, porque yo después del niño mayor ya no trabajé más, no gané más plata, no pude trabajar más, se me juntaron dos guaguas, si apenas tienen un año dos meses de diferencia, son super seguidos.

De aquí salí a votar por Allende, fue la primera vez que voté, hace unos 47 años, y después vino el golpe militar de Pinochet. O sea, Allende alcanzó a estar muy poco en el gobierno, muy poco. Ahí había plata, pero no teníamos dónde comprar, yo guardaba la plata, venía a la esquina un camión a repartir pollos, aceite y algunos paquetes de fideos, como una vez al mes, ese camión era de la JAP y repartía gratis. Sufrimos hambre también, porque el pueblo tenía hambre y vino el golpe militar.

Ese día tenía la radio prendida, en ese tiempo qué íbamos hablar de tele, nadie tenía tele, y empezamos a escuchar un chicharreo en la radio ¿Qué pasa? La cambiaba de canal y nada, no hablaban nada tampoco, no se sabía nada; salgo a la calle y el vecino Antonio, que tenía un almacén al frente de mi casa, grita: “aguanta Chicho”, y le pregunto: “¿qué pasó, vecino?”, y me dice: “cagamos vecina, nos mataron al Chicho, bombardearon la Moneda”, y ahí salimos las vecinas a la calle y todas estábamos nerviosas, escuchábamos los aviones en el cielo, fue un día triste.

Mi marido trabajaba en la textil Sumar, era obrero textil; él estaba en el sindicato y unos vecinos que también trabajaban ahí lo fueron a buscar y se vinieron caminando hasta la casa, llegaron como a las 12 de la noche, escondiéndose entre los árboles para que los milicos no los vieran ni mataran.

Cambió todo, yo me enfermé de los nervios de tanto... tanto balazo; mataban a quien se les ocurría, en el río Mapocho pasaban los muertos, iban los pobladores a sacarlos de las aguas y los dejaban en la orilla para que vinieran después a llevárselos, para que supieran las familias.

El marido de la Pascuala [Álvarez, mamá de Pascuala Rebolledo] había salido a comprar pan y no llegaba, así que lo salieron a buscar, no lo encontraron y después supieron que estaba en el Estadio Nacional; lo pillaron en la calle, a la hora del toque de queda, y se lo llevaron preso. La Pascuala no podía ir a verlo, porque tenía todos los niños chicos en ese tiempo, tenía cinco niños, ¿adónde se movía con los cinco?, hasta que lo soltaron y volvió. Él contaba que le llegaban sus palizas y nadie alegaba porque si alegaban los mataban. A muchos mataron ahí, en el Estadio.

En esos años el pan casi no se conocía. Un día fui con mi hija, que era guagua, a comprar a la panadería San Camilo. Había que hacer cola, vendían pan añejo y tenías que ir temprano

para alcanzar a comprar y justo cuando me tocó a mí dijeron “se terminó el pan”. Había un milico con un gallo que estaba en la puerta y decía: “ya, quítense y váyanse, mándense a cambiar, si no, les voy a cortar la cabeza con la echona esa”, y me dio tanto miedo que no fui nunca más, pero de la población iban a comprar pan añejo allá, porque no había harina cruda en ninguna parte para comprar.

Tuve suerte porque no me vinieron a allanar nunca. Tenía miedo de que vinieran en la noche y estaba yo con el Iván y la Gloria, que eran unas guaguas, porque me quedé embarazada a los pocos meses después de nacer el Iván. Cuando la matrona me lo dijo me puse a llorar... qué iba a hacer con dos niños si mi marido quedaba sin trabajo.

En el pasaje había una casa de la Iglesia católica. Ahí llegaron unas monjas: la madre Paula, la María Luisa y una estudiante de monja. Sirvieron mucho las monjas, porque ellas llegaban y pedían remedios para los niños, sobre todo para las guaguas, eso hacían ellas; me venían a ver a mí y a mis hijos. Iván, el mayor, era super enfermizo cuando chico, y yo les decía que parecía que estaba “ojeao”, pero ellas no creían en el mal de ojo, en otras enfermedades sí.

Como al año y tanto mi hijo estuvo muy enfermo, estuvo en el hospital como seis meses. Un día que yo había ido a buscar agua, lejos por allá, porque estuvimos más de un año sin agua, lo dejé durmiendo y le puse llave a la puerta para que no saliera, porque el cierre de la calle no era muy bueno, era una tablita nomás. Y cuando volví con el agua, no podía abrir porque él se había caído y trancaba la puerta. Le decía: “mijito, hágase a un lado para poder abrir”, le metía la llave por fuera y él no se movía ni yo me atrevía a empujar la puerta muy fuerte porque le iba a pegar, hasta que abrió, se hizo a un lado como pudo y se puso a llorar, lloraba, lloraba y no sabía qué le dolía. Entonces, una señora amiga lo llevó a la posta con mi marido, porque yo tenía a la Gloria guagua, y en

la posta le dijeron que había que llevarlo al otro día. Resulta que lo llevó y lo dejaron hospitalizado, pero no sabían lo que tenía. Después fui a verlo y me dicen: “no, no está ese niño aquí, en la lista no está”. Cuando me dijeron que no estaba, lo primero que pensé fue “se murió”, si estaba tan enfermo. Y yo les dije: “¿cómo que no está, si vine ayer a verlo y estaba?”, y me dijeron que lo habían mandado a un hospital. Tenía esa cuestión de apendicitis, tenían que operarlo, le quedó un tajo super feo, le quedó medio como pus, todo así, medio sucio, y estuvo como seis meses en el hospital. Sí, porque parece que se le estaba pudriendo la tripa.

Había mucha pobreza, menos mal que mi marido siempre tuvo trabajo, pero ganaba muy poco, así que teníamos que arreglarnos como fuera.

Las monjas fueron las primeras que estuvieron preocupadas de la gente de la población. Después empezaron los curas, el padre Desmond era nuestro vecino.

Un día estaba barriendo la calle y el padre Desmond, el cura que había esos años –no le entendía mucho porque era bien gringo–, me dice: “Rosa, vamos a hacer un comprando juntos, ¿quisiera inscribirse?, te convendría” y me explicó de qué se trataba, le dije: “claro, me interesa”. Comenzamos con él dos o tres personas; de acá del pasaje Las Carmelitas estaba la Pascuala y yo, y después entraron otras vecinas: la Silvia, la Carmen, la Lucy, la Mara, la Yola, la Laura, la Idalia, la Nora, la señora Tita, ella era mayor que nosotras, imagínense, si yo no era tan joven.

Comenzamos en la mediagua que había en la casa del Padre Desmond, ahí hacíamos las reuniones y empezamos con poquitas cosas, teníamos harina cruda, azúcar, aceite, arroz, fideos; todos tenían un máximo para comprar, era todo ordenado, nos organizamos, éramos más de 30 mujeres, a

veces iban los hombres a ayudar a vender o a pesar la harina o azúcar; mi marido iba a vender aceite, primero con un jarro y embudo y después con tambor y la máquina que había en los almacenes, de a poco fue creciendo el comprando juntos.

Éramos bien solidarias, siempre preocupadas por las que estaban mal, a veces nos llegaba leche, queso y bateroil [*butter oil*] que nos mandaban de Caritas Chile, a los niños les gustaba mucho.

Los días sábados se vendía y le tocaba reemplazarme a mi hija, la Gloria, porque yo no sabía sacar las cuentas, sé un poco leer nomás. La Gloria tenía como 11 años, sabía leer y escribir y sacar cuentas, así que iba una vez al mes porque podía atender, anotar y sacar la cuenta. El viernes en la tarde nos juntábamos para pesar las cosas, las dejábamos listas y después, al otro día iba a vender a la que le tocaba. Mi hija siempre me ayudaba, me acompañaba a las reuniones para anotar, a pesar y a vender.

Fue bueno el comprando juntos, porque teníamos para comer y no nos empezó a faltar el pancito, porque hacíamos pan, sobre todo para los niños. Era una ayuda para la gente, lo más barato que llegaba. Esa es la ganancia que tenía la gente, que podía llevar hasta cinco kilos de harina si quería. Incluso, yo compraba y le llevaba a mi prima Blanca que estaba super pobre, más que yo, porque tenía cinco niñas.

La Pascuala Álvarez era mi amiga, ella murió... ella era bien trabajadora y se pasó a la olla común, como tenía cinco niños; me acuerdo que el padre Desmond dijo: “se va a hacer una olla común para que no pasen hambre los niños”. También me acuerdo que llegaba la gente con esos tarros de pintura a buscar las raciones, muchas familias que no tenían para parar la olla; había mucha cesantía, no había trabajo y ahí la olla común fue buena, yo también iba a buscar mi ración para

llevar a la casa. Parece que solo se daba almuerzo en la olla, se hacían pantrucas, porotos, el padre andaba buscando a la gente para que fuera a comer a la olla.

Después, el padre Desmond se fue de un día para otro, creo que Pinochet lo echó del país; no sé si se fue a su tierra, tampoco me acuerdo de dónde venía. Fue triste porque no hubo tiempo de despedidas, en ese tiempo andaban muchos milicos, seguían golpeando y matando gente.

Luego llegó el padre Liam, era jovencito, parece que tenía como 25 años cuando llegó, y era alto, rubio y de ojos azules, al principio se ponía rojo cuando lo molestábamos, porque éramos puras mujeres, después ya se fue acostumbrando a la población; fue bien querido, nos acompañó por muchos años y siguió haciendo lo que hacía el padre Desmond y otras cosas más, pues estuvo más años.

En el comprando juntos teníamos deberes que cumplir, nos organizábamos en las reuniones y hacíamos turnos para pesar, para vender, para ir a comprar; éramos solidarias con las que estaban mal o las que tenían familiares presos políticos, había que ayudarse entre todos.

A mis hijos yo les conversaba mucho cuando eran chicos, de la pobreza, del golpe militar, del miedo y que siempre teníamos que estar preparados por si había problemas económicos; les decía: “hay que ahorrar, si tú ‘tenís’ cinco pesos, ‘gastai’ tanto y ‘guardai’ lo otro”. La Gloria me hizo caso, pero Iván, el grandote de mi hijo, no lo hizo; a mis nietos también les digo lo mismo.

El hecho es que yo estaba metía en todo, como era joven, sana, o sea, no tan jovencita, pero, por lo menos, tenía mis piernas buenas. Mi hija también anda metía en todo, desde que estaba estudiando protestaba, tiraba piedras y a veces unos vecinos

la veían por ahí y la acusaban, ha sido siempre luchadora, le decíamos “la Gladys Marín” aquí en la casa, por lo reclamona.

Aquí en la población soy una de las fundadoras que queda, bien conocida, pero no tanto como fue mi marido Chito; a quien le preguntes por el Chito Leal sabe, todo el mundo lo conocía, mi marido era muy buen vecino y solidario con todo el mundo. Me acuerdo cuando llovía y se nos inundaba la calle, él salía con su traje amarillo, con botas y un chuzo, a abrir las alcantarillas, se subía a los techos a arreglar las goteras, era muy trabajador hasta antes de que falleciera.

A pesar de la pobreza ha sido una buena vida acá en la población. El comprando juntos y la olla común nos ayudaron con la crianza de los hijos.

Rosa falleció el 28 de mayo de 2020.



María Teresa Valenzuela.

Nadia Martínez.

Tengo claro que no me gustaría vivir nunca, nunca jamás, una dictadura

María Teresa Valenzuela Varas

Me llamo María Teresa, tengo 58 años, llegué como de siete u ocho años a esta población. Nosotros hemos sido siempre clase obrera, bueno, desde chica tuve conocimiento de lo que pasaba por intermedio de mi papá, que siempre me llevaba una foto de Salvador Allende y la Tenchita, ahí agarré esa visión de que nosotros éramos clase obrera, aquí no hay clase media. Participé de joven en las ollas comunes, me casé muy joven, a los 17 años tuve mi hija, tuve un compañero que siempre estuvo en la lucha, entonces yo creo que de ahí yo también partí, ahí aprendí más cosas.

Yo estudié en la Escuela 387, al frente de donde vivíamos, en Fanaloza. Ahí había profesores de izquierda, me acuerdo del profesor Marcial, el profe Carlos. Antes, la educación no era como ahora, te enseñaban lo que estaba pasando.

Ya estaba en la población para el golpe militar, me acuerdo de los muertos, de la gente que mataban en la cancha. Fueron tiempos difíciles, había un canal, la cancha, una escuelita de tablas, las calles eran de tierra y barro y teníamos que ir a buscar agua lejos, con un balde, éramos chicas, todos los papás trabajaban, entonces fue difícil. Mis papás eran del sur, mi mamá yo creo que se casó en el sur, venía con dos hijos, los dos mayores y se vinieron acá a Santiago, arrendaban, pero

no tenían los medios y después se fueron al campamento Violeta Parra; y de ahí nos vinimos para acá. Todas las casitas de fonolitas, madera, baños de pozo.

Me acuerdo de la imagen de Allende cuando salía en la tele, en el gobierno de la Unidad Popular; sé que nos daban la leche, el litro de leche y la comida, era un plan, pero tampoco lo dejaron gobernar.

Para el golpe yo tenía 11 años, pero con conciencia, siempre tuvimos conciencia en nuestra casa. El 11 de septiembre creo que fue lo más terrible, toda la gente escondida, mi papá escondió a un caballero por años en la casa que después se tuvo que ir a Canadá. Y los muertos, veíamos los muertos en el río. La represión en la comuna fue mucha, los cabros eran valientes, la juventud en ese tiempo se liberó, porque empezaron las protestas en las calles. Teníamos un curita que salía también a protestar, yo creo que él fue de mucha ayuda, Liam. Más que un cura, fue un amigo de tantas personas, de los niños, él se quedaba sin comer por darle a la gente. Fue una linda experiencia, a pesar de todo el dolor la gente era unida, se trataba de ayudar.

Tengo presente a muchas mujeres que fueron golpeadas, asesinadas, torturadas; aunque no eran nuestras hijas sufrimos por ellas, porque fueron parte de nosotros. También me acuerdo de los cabros, los tantos que mataron solo porque querían un país justo y lamentablemente en este país no se ha podido hacer, pero ya va a pasar, y va a haber un Chile justo, porque nos merecemos tener una casa digna, una educación digna, nos merecemos eso.

Me casé embarazada, pololí cuatro años y medio y nos fuimos a vivir juntitos y de ahí siempre, nunca olvidándonos de dónde partimos, de dónde somos. Los dos éramos organizados, él más que yo, con él yo me fui educando, el Domingo siempre fue organizado y mi familia era comprometida. Mi mamá era

trabajadora, empeñosa la viejita, como todas las mujeres se sacrificó mucho para criar a sus hijos, lavaba a mano, cosía. Ella trabajaba en costura en la casa y en una fábrica, los sueldos eran miserables, ni pensar en un contrato, era así nomás; nadie le hizo un curso, ella sola aprendió.

Era difícil la vida de nuestras mamás, nuestras abuelas, maltratadas también. Mi papá nunca le pegó a mi mamá, pero era un mujeriego, eso lastimaba a mi mamá; de ahí una saca la fuerza y dice: “no, yo no voy a ser como ellos, yo voy a ser una mujer empoderada, no voy a dejar que un hombre me pisotee”.

Participamos en comunidades de base, ahí partimos para educarnos, hacíamos talleres y luego nos comenzamos a organizar. Vimos tanta pobreza, éramos tan pobres que ahí partieron las ollas comunes y nos ayudaron los curas, fuimos organizándonos desde la necesidad, el hambre, la pobreza, la desnutrición. Participamos en la comunidad cristiana, en las ollas comunes, se hacían grupos de mujeres, de 10 más o menos, unas cocinaban y las otras íbamos a pedir a la feria y después nos íbamos turnando, que yo recuerde no hubo nunca una pelea. Unas pelaban las verduras, otras servían, dos o tres lavaban la loza y secaban todo. Se usaba fuego, porque tampoco había gas, era con leña, ya después estuvo más civilizado y teníamos gas, pero primero era todo a leña. Se hacía pancito amasado y todo al horno en un tarro, si no había otra cosa. Se comía ahí y otras personas se llevaban su comidita para su casa, se hacía un mesón largo, largo y a pesar de toda la pobreza se compartía. Sí, fue hermoso, dentro de toda la pobreza.

Al principio era todo precario, fuimos haciendo una linda experiencia de las mujeres, aunque también había hombres, pero principalmente mujeres; los hombres estaban peleando también, era una cosa compartida. Cocinábamos pantrucas, papas con fideos, no se comía carne. Después, cuando hubo la

organización grande de las ollas comunes nos traían pescado. Primero era almuerzo, después se daba desayuno, un tecito en la tarde, una leche, pero siempre para los niños primero, a veces las mamás se quedaban sin comer por darles a los hijos, ya que en una familia podían ser cinco, seis niños, por eso eran los niños, porque ahí está la semillita para el futuro.

En ese tiempo había mucha cesantía, estaba el PEM y el POJH y ahí los hombres se iban a trabajar y nosotras las mujeres, en la olla. A ellos les pagaban mil quinientos parece, por todo el mes, mil quinientos o tres mil pesos, era destapar y tapar hoyos, unos iban haciendo el hoyo y los otros lo iban destapando y las mujeres preparando lo poco y nada que teníamos para comer.

Creo que fue fundamental la Iglesia, las capillas, los curas revolucionarios, ese cura que ayuda al pueblo; nosotros tuvimos un buen cura acá, creo que no hay ni una persona que no lo recuerde y ahí lo tengo, tengo montones de fotos de él, el Liam. Él fue un compañero, amigo, me acuerdo que cuando llegó ya estaba la dictadura. Una vez hubo un temporal muy grande y fuimos con él a una casa donde había cinco niñitos solos; el colchón de esponja botado en el suelo mojado porque las fonolas ya no soportaban más lluvia y los trajimos a la capilla, y los niñitos hacían fuego. Lloré con un desconsuelo, igual que el Liam, porque me decía: “ningún niño, nadie se merece eso, o tú crees que los niños que están en la calle se merecen estar en la calle, ninguno...”. Yo creo que fue la primera vez que vi al Liam llorar, llorar así, como ser humano.

Tantas cosas que vivimos en la dictadura, recuerdo haber tenido que salir arrancando con mi hija, porque a mi compañero lo único que querían era matarlo. Yo salí de la casa de mi mamá, después lo tomaron preso un tiempo. Yo estuve harto tiempo escondida y mi mamá me dijo: “déjalo y quédate”; yo le dije que no, era mi opción de vida, yo había elegido mi vida. Salíamos a las protestas, yo salía escondida con la Isabel, nos escondíamos debajo de los autos; la primera

vez que fui a una cosa de mujeres fuimos a un estadio que era el Víctor Jara¹⁵. Fueron tantas cosas y a pesar de todo volvería a vivirlas, la señora Albertina nos ayudó tanto, era una abuelita que nos ayudó a arrancarnos de la casa. Vivía atrás de mi casa y teníamos una puerta por la que nos comunicábamos, y cuando teníamos cosas como miguelitos o bombitas, la señora Albertina nos ayudaba a sacarlas. En mi casa no sabían que nosotros teníamos todo eso, había una puerta que daba al otro pasaje y ahí uno podía escaparse con esas cosas. Era una viejita culta, “no le crean a este desgraciado de Pinochet –decía–, cómo la gente puede ser tan tonta”. No se daba con todos, era una viejita chiquitita y ella nos ayudó, nos enseñó tanto, fue una linda persona, también hubo gente sapa, que decía: “ahí están los comunistas” y nosotros no éramos ni comunistas.

Otro espacio de organización dentro de la Sara Gajardo era el comprando juntos. También había otros, como las colonias urbanas, el taller Luis Espinal; era una sensación de respiro para los cabros chicos y para los jóvenes tener algo que hacer con su tiempo libre, porque en ese entonces se veía mucho el neoprén, era la droga de la pobreza, los cabros chicos aspiraban neoprén, era una pena, se veía mucha drogadicción. Por eso, los talleres fueron un alivio, los sacábamos a la playa, hacíamos muchas actividades.

Yo era monitora de arpillera, les enseñaba a bordar arpillera, pero con motivo de denuncia, para educar y denunciar; yo vendí arpillera en Quinta Normal, en la calle Garín, ahí hubo un tiempo que venían muchos gringos a saber cómo era la situación en el país. Ese espacio era espectacular, se hacían

.....

15. Ex Estadio Chile. Su nombre actual es un homenaje al cantautor Víctor Jara, quien fue torturado y asesinado por militares en ese recinto, pocos días después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 (N. de la E.).

actividades cada cierto tiempo, presentaciones de cada taller, guitarra, linografía, aritos, dactilografía, teatro. Cada cierto tiempo cada taller presentaba su espectáculo, pero todo con contenido; sacamos a los niños a pasear y compartimos mucho con los niños, te contaban sus experiencias, los maltratos que tenían en sus casas. De todas las organizaciones hubo aprendizaje, de las ollas comunes las viejitas aprendieron a compartir, de todas las experiencias se aprendió.

Los recuerdos de Liam son imborrables, era un amigo, fue una persona que quiso encontrarse con nosotros, vivir con nosotros, porque él tenía de todo en su país, pero quiso vivir con nosotros la pobreza, pasar hambre, frío, los dolores, el llanto, salir a protestar, él vino a estar con nosotros. Fue una linda persona, así como tantos curas que se la jugaron, el Liam fue amigo de tanta gente y con cada persona tuvo una experiencia diferente, con jóvenes, con niños, con los viejos, bailaba; él era una parte más de nosotros, fue lindo haberlo conocido. Hasta el día de hoy a mis nietas y a mi pareja, a Domingo, yo les doy la bendición a través del Liam, les digo: “Liam te proteja, siempre”.

Creo que ese periodo fue muy intenso, con dolores, con tristezas, pero con mucha enseñanza, no olvidarse de dónde uno es, de dónde viene, eso es muy importante; todos nos merecemos una linda casa, una buena cama, una educación gratis, sin que los cabros o sus padres se tengan que endeudar tanto. Yo terminé la enseñanza media cuando ya era abuela, porque llegué hasta octavo, no había más y yo lloraba por estudiar, incluso me fui a matricular, pero no había plata ni para la matrícula. Trabajé de temporera unos dos años, viví el acoso de los hombres, era incómodo y yo pololeaba con Domingo, entonces él me esperaba. Salíamos a las cinco o seis de la mañana con la Noly a trabajar y llegábamos como a las 12 de la noche, íbamos para Buin, era una niña de 13 o 14 años; yo no quiero eso para mis nietas ni para ningún cabro chico; entonces, fue dura igual la tarea de una, pero a pesar

de todo seguimos en pie, y seguimos adelante, y seguimos ayudando y amando y doy gracias porque tenemos un pan.

Tengo claro que no me gustaría vivir nunca, nunca jamás, una dictadura, pero a pesar de todo eso aprendí que esas cosas a una la fortalecen más; de todos los sufrimientos, los dolores, los llantos se aprende. También tuvimos alegrías, pasamos alegrías dentro de la pobreza; yo creo que, a pesar de todos los dolores, hay fortaleza, no nos olvidamos de dónde venimos y hay que seguir y pensar en el resto de la gente, en las generaciones que vienen.

En los años noventa no llegó la alegría; si no, no estaríamos como estamos ahora, porque hay gente que gana noventa mil pesos ¿tú crees que es digno? Entonces, la alegría nunca llegó, queríamos que la alegría viniera, pero no llegó, los partidos políticos se salvan ellos, no les importa la gente, la clase trabajadora no les importa.

Pese a todo no nos van a callar, y ahora con más fuerza tenemos que seguir, yo creo que a lo mejor callaron a los cabros, no sé, porque hubo un momento también de adormecimiento, la gente también se durmió, el consumismo, y yo creo que a partir del 18 de octubre de 2019 los cabros jóvenes luchan, y no es algo de ahora, es de antes de mí, antes de Domingo, la gente volvió a renacer y yo creo que hay que partir educando, al menos a los cabros, conversar por qué estamos así, las chiquillas jóvenes no son tontas, se dan cuenta, así que hay que seguir nomás.

Lo que hemos vivido nos llena de alegría y de coraje también.





Marisa Ortiz Guerrero.

Nadia Martínez.

Aprendimos a ser organizadas, a ser economistas, a hacer tantas cosas...

Marisa Ortiz Guerrero

Mis papás llegaron a la toma de terreno que hubo en la Sara Gajardo. No había nada, creo que fue como en 1969, porque al año siguiente ya estábamos ahí, yo tenía como ocho años. Eran casitas precarias, era todo precario, nuestra reja era de madera, bajita. Recuerdo que nos escondíamos detrás del grifo de la llave. También me acuerdo cuando ya estábamos en el sitio, mi papá había hecho una casita, todo bien modesto, de madera. Allí vivimos los cuatro hermanos, los dos mayores y las dos más chicas.

Recuerdo que para el golpe militar veíamos pasar los camiones con los militares y llenos de gente; arriba, iba siempre un milico con el pie encima de la gente y las armas. Tengo ese recuerdo de estar mirando por las rendijas de la reja de la casa de mi mamá –antes se veía directo el río Mapocho, ahí en Carrascal–, y por ahí pasaban los camiones con gente, me parece que iban hacia el aeropuerto. Después, con los años, ya más grande, supe que esa gente estaba muerta; cuando uno ya crece, va tomando conciencia de las cosas. A mucha gente la botaron en el río o la dinamitaban, como le sucedió

a María Loreto Castillo, que le pusieron una bomba ahí, cerca de nosotros, quedó hecha pedazos, mil pedazos, esa mujer¹⁶.

Después del golpe era todo precario, éramos muy pobres, sumamente pobres. Ahora, con los años, bromeo con mis hijos y mis nietos, que de repente ellos no se quieren comer un pan de ayer, o un pan añejo y nosotros comíamos pan duro. Roíamos el pan, como un *roll on*, y a veces era lo único que comíamos, pan duro que nos daban las vecinas. Siempre teníamos a la señora Irma, que era una vecina que tenía un poquito más que nosotros, y nos mandaba hojitas de cacao; le sacaba el agüita para sus hijos y nos mandaba todo lo que quedaba, toda esa hoja espesa; nosotros la comíamos a cucharadas, era tan rico, yo tengo el sabor todavía.

A los chicos nos mandaban a la calle Catamarca a hacer la fila para el pan frío. Íbamos temprano, como a las cinco o seis de la mañana, y hacíamos la cola y comprábamos el pan frío, el del día anterior y los recortes, unas bolsas grandes donde venían recortes de queque, de puras cosas ricas, pero venían pedacitos; lo comprábamos más barato, si teníamos suerte venían hasta quequitos enteros. Lo pasamos super bien con eso.

Mi papá trabajaba en la construcción, tiene que haber ganado la nada misma. A veces, el día viernes, “se caía al frasco”. Le gustaba su traguito, típico, y mi mamá en la casa, no trabajaba en ese tiempo. Mis papás no participaban en nada, nunca supe siquiera si tenían ideas políticas. Sé que mi mamá era media demócrata cristiana, pero lo he venido a saber ahora con los años, ya de adulta. Ella era de Ñuñoa, del barrio Ossa. Era media clase media antes, nosotros siempre le decimos: “pero

.....

16. María Loreto Castillo, de 29 años, fue dinamitada el 17 de mayo de 1984 por agentes de la Central Nacional de Inteligencia (CNI), organismo represor de la dictadura de Augusto Pinochet. Ver: <https://www.vicariadelasolidaridad.cl/sites/default/files/VS0000984.pdf> (N. de la E.).

mamá, usted era clase media, cómo se vino aquí, siguiendo un roto a la población”. Siempre se ríe. Toda su familia era de Macul, eran puras viñas, dice ella. Allá se crio y después conoció a mi papá que era un obrero de la construcción que no sabía leer ni escribir, mi papá era del campo, bueno, no tan lejos, del pueblo de Ocoa. Lo conoció, se casaron y buscando un mejor futuro se vinieron a la toma.

Otro recuerdo que guardo es que nos mandaban a buscar agua, a hacer la cola del grifo y ahí se hacían peleas, de repente los adultos peleaban. Nosotros solo íbamos a cuidar el puesto. Después, iba la mamá o el papá a buscar los baldes con agua. Nosotros, como niños, hacíamos lo que nos mandaban y lo pasábamos bien jugando; al lado del grifo habían unos tremendos montones de tierra y nosotros nos tirábamos por ahí con bolsas plásticas. No sé por qué, mientras la cola avanzaba o se llenaba el tarro, nosotros nos tirábamos felices.

Ahí estudiamos todos: Sergio, mi hermana, yo y casi todos los chiquillos del barrio; había muy buenos profesores, era una escuelita pobre, de madera, como palafitos, pero los profes eran muy buenos; una, con los años, también se viene a enterar de que los profesores tenían conciencia de clase y te trataban de enseñar lo más posible. Creo que así comienza a crecer el bichito en una como niña, no conocíamos otra realidad, ni siquiera sabíamos que existía Plaza Italia, no teníamos idea. Eso era mi entorno, no sabíamos nada más. Después, en el colegio se hacían obras de teatro, en las que te daban pinceladas de que podíamos tener otra realidad, nos acostumbramos a crecer en eso.

Empecé a pololear a los 15 años, me embaracé y ahí mi vida cambió, pololié un año con Sergio, que lo conocía desde el colegio de la Colo-Colo; tuve que tomar muy joven responsabilidades. Sergio tenía 18. El embarazo fue difícil, en ese tiempo no había trabajo, así que me fui a vivir con mi suegra, en la misma población más arriba, en Fanaloza. Allá

nos fuimos a vivir y el embarazo fue pobre, porque, cabros chicos, sin plata, sin conocimiento. Tuvimos que hacer todo a mano, todo a pulso, juntando la plata, me acuerdo que compramos género y Sergio cosió los pañales a máquina. Yo ahorrando en lo que podía, estábamos en el año 1977. Nuestro hijo nació en noviembre y ahí vivíamos de allegados con mi suegra en la pieza de él. Esa pieza fue para nosotros como nuestra pequeña familia. Ahí aprendí a tejer, porque no me quedaba de otra, había que hacerle la ropa a la guagua. Así fuimos saliendo adelante.

En ese tiempo se lavaba en la artesa, era difícil, bien difícil, claro, después pasaron tres años y tuvimos a nuestro segundo hijo. Nosotros lo planeamos, los perlas, no sé por qué, tanto nos queríamos que queríamos tener otro hijo, porque lo planeamos, así nació nuestro segundo hijo, que ahora es profesor de historia. Estoy orgullosa de él, ¡orgullosa!

Cuando estábamos más grandes, mi mamá trabajó en la Deyco, en la Malloa, aquí en Renca. Mi papá siempre fue obrero de la construcción y en 1977 viajó a Argentina, allá murió. Mi mamá fue a reconocerlo; murió en un accidente, estaba trabajando en una construcción y los viejos buenos para empinar el codo, en invierno, se pusieron a tomar para el frío, que sé yo, y prendieron carbón y se quedaron dormidos con el carbón prendido y se envenenaron, murieron.

A veces pienso que si yo hubiese estudiado no le habría costado tanto estudiar a Sergio, lo que le costó, porque yo tenía que darle. Pero nosotros, bueno, eran años tan difíciles, tanta escasez, tanta precariedad de todo que había que elegir cuál de los dos avanzaba y en este caso avanzó más Sergio, él estudió más. Él siempre fue un poco más adelante, yo me quedé más atrás por el asunto de mi rol de mamá, dueña de casa y todas esas cosas para que funcionara, porque siempre vivimos de allegados: donde mi suegra, en la casa de una amiga y después donde mi mamá, como 17 o 18 años de allegados.

Para la crisis económica, Sergio trabajó en el PEM y el POJH, haciendo hoyos, tapando hoyos y me fui dando cuenta –porque yo era una simple dueña de casa que estaba ahí aprendiendo a ser mamá, aprendiendo a ser esposa, dueña de casa– de que mi compañero tenía ideas sociales, me fui dando cuenta de que participaba, primero en la comunidad cristiana, en la que siempre había actividades, estaban las ollas comunes, el comprando juntos, las colonias urbanas y tanta cosa que había que hacer. Y Sergio siempre fue dirigente público, donde iba lo veía dando un discurso. Él con sus actividades y yo en la casa, con los niños, de repente hacíamos algo para tener algo de recursos, yo vendía pan amasado.

En la comunidad cristiana participamos todos. Yo nunca he sido católica, no tengo religión, pero participaba en las actividades, en las colonias urbanas, en las navidades, haciendo cosas y cooperando; a veces se hacían misas por gente que había fallecido, que había sido detenida. En la comunidad había de todo, creyentes, no creyentes. La Iglesia prestó cobijo para todo tipo de cosas, nos cobijamos al alero de la Iglesia y teníamos curas muy buenos. Lo que fue Desmond y Liam, que son los que nosotros... que son los que yo alcancé a conocer.

El comprando juntos surgió en la comunidad. En alguna reunión se tiene que haber dicho: “ah, vamos a organizarnos para que compremos todos juntos”, porque en otros sectores ya existía. Yo empecé a participar, era una de las más jóvenes, éramos puras mujeres, estaba la Yolanda y otras señoras como de la edad de ella, a mí me tocaba vender; me acuerdo que vendíamos los sábados de nueve a dos y el día antes había que ir a pesar la harina, todo lo que vendíamos había que dejarlo listo. Se tenía que ir alternando la gente, era como bien organizada la cosa, nos reuníamos en la misma comunidad cristiana. Hacíamos turnos, a mí nunca me tocó ir a comprar, me tocaba pesaje y vender. Teníamos harina cruda, leche, fideos, té, conservas, aceite, legumbres, todo ese tipo

de cosas; el fuerte era la harina, el aceite, el azúcar, porque casi todas las mamás hacían pan amasado. Sacando la cuenta, yo empecé a participar en el año 1980, mi hijo tiene que haber tenido unos cinco años.

La solidaridad entre vecinas era muy importante, siempre se hacían canastas familiares, solidarias, de repente en la misma reunión había que llevar fideos, cualquier cosa. Sí, había otras formas para la gente que tenía menos que uno, porque si nosotras ya teníamos poco, había gente que no tenía nada.

También hacíamos canastas solidarias para mandarles a los detenidos y a sus familias. Y ahí los curas hicieron un papel fundamental, se hacían colectas, a mí me hicieron colecta en plata cuando el Sergio cayó el 8 de mayo de 1984. Sergio estuvo dos años en la cárcel. Estuvo los primeros 15 días desaparecido, no lo podíamos encontrar en ninguna parte. Recorrimos todas las comisarías de las poblaciones y no estaba, nadie lo tenía. Buscándolo todo el día y después lo encontramos en la Fiscalía. Ahí apareció casi muerto, más vivo que muerto. Fue torturado, le dieron fuerte, pero él se mantuvo bien estoico y ni siquiera me contó para no sufrir de más, con el tiempo lo fui sabiendo, en el Museo de la Memoria, por ejemplo, yo ahí vi lo que les hacían. Aparte de los golpes evidentes que tenía, le quebraron la nariz, le pusieron tanta corriente que le echaron a perder un tendón, de ahí ya nunca más jugó a la pelota, tortura física y tortura psicológica.

Sentimos hartos apoyos de la comunidad, de las vecinas, no sé qué hubiera hecho sin ellas, creo que habría sido el doble de difícil.

En ese período pasé mucho en la calle, dejé los pies en la calle buscando a Sergio; después, cuando lo encontré, haciendo las diligencias, aprendiendo a hacer diligencias de ese tipo. Pasábamos días enteros en la Vicaría de la Solidaridad con los abogados, con suerte te tomabas un café. Al principio me

acompañaba mi cuñado, nos repartíamos e íbamos juntos los dos. Tuve que salir a la calle, conocer, vivir y aprender a hacer todo ese tipo de cosas: trámites, abogados, salir sola, ir a la cárcel, comprar cosas y trabajar también, tuve que buscar un trabajo, hacía aseo. Mi vida giró totalmente porque de una simple, entre comillas, dueña de casa, dedicada a los niños, llevar la familia, sacarla adelante, tuve que estar en la calle y no solo a hacer trámites, sino también a pedir justicia, la liberación, a estar en la calle. Empecé a participar en la Agrupación de Familiares de Presos Políticos.

Cuando vinieron a buscar a Sergio, esa madrugada, fue con escándalo, miles de milicos, civiles, pacos por todos lados para llevarse a un hombre, había de todo, carabineros, CNI. Andaba el Andrés Valenzuela, el famoso Valenzuela, agente del Comando Conjunto, él estuvo en mi casa, yo tenía mucho miedo. Creo que ha sido la noche más terrorífica de mi vida, se lo llevaron esa madrugada del 8 de mayo. La casa llena de efectivos, de gente, la allanaron, la destrozaron. Todo lo partían por la mitad, los libros, botaron la leche, la mercadería, levantaron las tablas. Destrozaron todo y nadie respondió. Mis hijos, que tenían camarote en su dormitorio, despertaron con el fusil en su cabecita, Martín tenía como ocho y Jonathan cinco años; los despertaron así, enterrando el fierro de la cosa, Martín quedó traumatado, ese dolor le quedó para siempre. Esperaron varias horas, estuvieron ahí con nosotros, estuvimos secuestrados prácticamente en nuestra propia casa.

Sergio estuvo dos años preso, fueron años larguísimos, de ir a verlo todas las semanas, dos veces a la semana, llevarle ropa limpia, planchada, cosas para comer. Después, ya al final, ellos adentro hacían también para “la carreta” que le llamaban, se organizaban, aprendieron a hacer artesanía. Afuera yo participaba en un taller del Arzobispado, aprendí a hacer sábanas y vendía, también aprendí a hacer arpillera y se las entregaba a la Agrupación de Familiares de Presos

Políticos y ellos las vendían. Así que de ahí les daban un poco de plata a ellos, para que tuvieran para sus gastos adentro. Mi marido salió en diciembre, antes de la Navidad de 1986. Y ahí seguimos nuestra vida como pudimos, nos paramos como pudimos y seguimos adelante. Y después tuvimos a nuestra tercera hija, nació el año 1987. Sergio se puso a trabajar y participó muchos años en la Agrupación de Presos Políticos, fue presidente muchos años.

A veces, con mis hermanas conversamos de que nos hubiese gustado tener otra vida, tener más estudios, ser profesionales, porque todo habría sido diferente. Si nosotras hubiésemos sido profesionales, nuestros hijos y de ahí para abajo, todo te cambia. Pero no fue así, venimos de una familia muy pobre, le sumamos a eso el vicio de mi papá, que tomaba, le daba maltrato a mi mamá; él era una excelente persona de lunes a jueves, y el viernes, como buen viejo de la “constru”, se ponía a tomar y ahí se transformaba. Se transformaba y le salía toda esa brutalidad que tenía y se ponía malo con ella y, a veces, con nosotras también. El sábado a las tres de la mañana había que salir de tu cama calentita, a buscar donde dormir a otro lado, donde unos familiares. A veces, pasaba una época en que nos íbamos a Macul, a la familia de mi mamá y de mis tíos, nos íbamos todos para Macul; mi mamá quedaba ahí apechugando, porque ella sabía cómo calmarlo.

Los vecinos vivían con la misma realidad y a veces peor, nosotros éramos amigos de los de al lado, los Soto, y esos chicos se criaron a pura mamadera de té, salieron como tres medios enfermos.

En ese momento histórico, todas las organizaciones fueron importantes y el comprando juntos mucho, porque de ahí dependían nuestros alimentos. Aprendimos a ser organizadas, a ser economistas, aprendimos a hacer tantas cosas..., a preparar nuestros propios alimentos. Habría sido totalmente diferente y mucho más difícil sin la organización, porque acá

se encontraba amistad. Éramos solidarias. Las señoras te daban consejos, las más mayores te acogían como mamá, como abuela. Esa cosa de “mijita, ¿cómo está?” o “tome un dulcecito para el niño, si necesita algo...”. El cura nos iba a ver a las casas, a tomar tecito con nosotros, a conversar. Fue super importante, sin eso yo creo que habría sido el doble de difícil, mucho más difícil. Habría estado sola contra el mundo. En cambio, con la organización, con las mujeres, con los curas tan buenos que nos tocaron a nosotros, yo creo que se hizo todo más fácil.

Siempre andaban preocupadas de los demás... Cuando se hacían reuniones: “oye, supe que tal señora está enferma” o “el marido está enfermo, hay que hacer una cuota o una canasta solidaria”. Sí, altiro se hacía cadena solidaria. O algún enfermo o alguna persona que caía detenida: “hay que ir a verlo a la cárcel”, cosas así. Yo también fui a ver a las mujeres en ese tiempo.

Con Sergio preso tuve que empezar a participar; una vez hasta me llevaron detenida, porque fuimos a una iglesia, me acuerdo que era en Recoleta, tiene que haber sido una misa o algo así que se hizo y yo andaba con los niños, porque ya no se los podía dejar tanto a mi mamá, tenía que llevarlos, no me quedaba de otra. Y nos metieron presos, nos tomaron detenidos y nos metieron a la micro con los chicos, nos subieron a la micro, pero no nos pegaron, sí te tratan mal, te insultan. Siempre me acuerdo, porque era como tragicómico, porque estábamos en la micro y de repente un paco pregunta: “¿y estos niños, de dónde salieron estos cabros chicos, de quién son?”, y ahí nos bajaron y a la comisaría. Estuvimos toda la tarde en la comisaría. Una vez nos encadenamos en las puertas de la Catedral, creo que anda una foto por ahí dando vueltas. Hicimos hartas cosas en la Agrupación de Familiares de Presos Políticos, participamos casi puras mujeres, mamás, mamás viejitas y nos juntábamos con la Agrupación de

Familiares de Detenidos Desaparecidos y con los Ejecutados, por ejemplo, la Alicia Lira pertenece a los Ejecutados¹⁷.

Nos reuníamos en Jotabeche, la Vicaría de la Pastoral Obrera, en el FASIC¹⁸, en la Cruz Roja, ahí nos daban leche y queso, de ese queso en tarro, muy rico; íbamos a Plaza Italia y nosotros íbamos de acá, mi hermana se acuerda de que nosotros no andábamos tan bien vestidos y dice que la gente nos miraba raro. Yo ni me acuerdo.

Como a fines de los ochenta empecé a trabajar en una consulta médica y participaba de vez en cuando en alguna cosa. Y después, ya con el tiempo, me fui alejando. Después me separé y ahí se fue todo a la punta del cerro, ahí empieza otra forma de vivir, una tiene varias vidas; empecé a trabajar para tener mi casa. Una mujer vive varias vidas y hay que apachugar con lo que se presente, vamos saliendo adelante.

En ese tiempo la solidaridad fue clave, algo que nunca me olvido es de un compañero de ahí de la población, que tenía un mejor pasar que los demás, gracias a su trabajo. Y él también participaba, que yo sepa él no era militante de nada, sino que tenía como conciencia social nomás. Y con los años, me enteré de que a él se le había ocurrido esa idea, siempre era el que iba a mi casa a dejarme plata, él nos hacía una plata mensual entre varios compañeros. Yo nunca supe el nombre de todos, para poder darles las gracias, porque algunos eran

.....

17. Alicia Lira es la presidenta de la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos (AFEP). Su pareja, Felipe Rivera, fue ejecutado en septiembre de 1986, así como otros tres militantes: Gastón Vidaurrazaga, José Carrasco y Abraham Muskatblit, como represalias por el atentado a Augusto Pinochet (N. de la E.).

18. Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, creada en 1975. De carácter ecuménico, se comprometió en la defensa de los derechos humanos de las personas más vulneradas, oprimidas y marginadas por el sistema represivo de la dictadura militar (N. de la E.).

anónimos y nos dejaban un aporte económico. Yo no recibí aporte de instituciones o del extranjero, yo no sé si es un mito o realmente fue así. No tengo idea, quienes me apoyaron a mí fueron los mismos vecinos de la población.

Me acuerdo del incendio de la casa, en 1988. Sergio había arreglado la casa para el invierno, la había forrado con pura madera, teníamos bien bonito; me había hecho incluso una lámpara, preciosa, con un cajoncito donde guardábamos los anillos. Esa noche Sergio no estaba porque lo andaban buscando y, por seguridad, se había quedado afuera. La casa se quemó en un dos por tres. Veinte minutos, media hora, la casa ardía. Teníamos el dormitorio con la cama de dos plazas donde yo dormía con la guagua; yo tengo el sueño super liviano y en esos tiempos no se dormía mucho tampoco, a sobresaltos. Y, de repente, miro y veo claridad y digo: “pucha, si yo les había apagado la luz a los niños, se me quedó prendida”. Voy a la pieza y había humo y el palo del camarote ya se estaba quemando y los chicos también. Me volví loca y lo único que hice fue sacarlos, como ya estaban más grandecitos, tirarlos. Saqué al Martín primero, lo tiré y lo fui a dejar a la calle. Después, volví por el segundo, lo tiré a la calle y entretanto golpeando la pieza de mi mamá, que nos estábamos quemando. Después quise sacar el gas, porque ahí queda la embarrada y no pude, era el gas o la Javiera. Saqué a la guagua, así con el chal, la saqué y a la calle. Y ahí explotó y quedó la embarrada. Esa noticia está en los diarios, porque se quemaron varias casas. Cuando Sergio llegó a las ocho de la mañana no encontró nada, no había nada.

Mi mamá ha tenido hartito aguante. Yo creo que salimos a mi mami, tenemos resiliencia, nos paramos de nuevo. Lloramos un poco y nos paramos de nuevo, lo importante es que no hemos perdido a nadie de la familia. Estamos todos con vida. Hasta el día de hoy, mi mamá es un apoyo grande para mí. Ahora ella recibe una jubilación y anda más o menos de las piernas, camina poco, tiene un bastón. Pero todavía está

bien, está lúcida, de repente se le pierde el monedero, la plata, no sabe dónde la deja, después como en dos semanas se acuerda. Ella vive sola, tiene 85 años, nosotros la vamos a visitar, nos vamos turnando. Yo voy los sábados, los domingos. Viene mi otra hermana de Puente Alto, la Paty, como fue la más chica era mi yunta para todo. Con mi hermana Paty y mi mamá somos bien unidas, porque nosotras vivimos todo eso juntas. Mi mamá igual vivió todo eso, los milicos apuntándola, levantándola a punta de garabato y todo ese tipo de cosas, mi viejita. Si siempre nos acordamos de esas historias, de los incendios, de todo ese tipo de cosas, pero bien, siempre uno tiene como una penita escondida.

Es que a nosotros eso nos pasó con Sergio como pareja. Él nunca conversó de lo que a él le pasó en más detalle, porque yo creo que a él le dolía muchísimo, le tiene que haber dolido, si casi lo mataron. Y era que tal vez me quería proteger y mientras yo menos supiera era mejor, por si algún día me llevaban a mí. Nunca conversamos de esos temas, nunca; yo pude decirle que lo sentía, que yo sí quería estar ahí para ayudarlo, protegerlo, apapacharlo. Yo sentía que era mi deber estar ahí con él. Acompañarlo, comprenderlo, entenderlo, apoyarlo. Si él quería participar, “bien, participa, yo sigo detrás, con los niños, la casa funciona igual”. Entonces, no puedo justificarlo porque si yo me hubiese puesto las pilas yo también habría seguido estudiando. Pero uno de los dos tenía que salir a flote. Así que él siguió estudiando, después se presentó a concejal y así fue. Se presentó a varias, tuvo como tres candidaturas, nunca dejó la actividad política y pública, no la ha dejado todavía; si él de niño fue así, mi suegra dice que él se arrancaba por la ventana a las marchas, teniendo ¿cuánto, 10 años? Ella lo encerraba, porque eran tiempos difíciles. Y no, él se arrancaba igual a las marchas, a la calle a ver lo que estaba pasando, a las marchas que hacían en el centro.

Y ahora el estallido social, yo creo que ya no pudimos más, reventó la cosa. Si nunca llegó la alegría. “La alegría ya viene” fue bonito como canción, ilusión, esperanza, pero nunca llegó. Yo creo que nos engañaron, nos embaucaron, lo creímos. A veces también lo conversamos: cómo pudimos ser tan ingenuos, cómo pudimos creer que todo iba a cambiar, que íbamos a tener derecho a ser felices, a tener una vida mejor, a estudiar, a tener una casa digna. Nos engañaron. Nos engañaron y se apitularon los de siempre. Y ahí quedamos nosotros, nosotros pusimos la carne, la sangre, los pobladores. Ya no se pudo más y estalló la cuestión y no tiene banderas, es la gente.

Yo no tengo miedo, porque yo he participado toda la vida y con la historia que tengo a mí no me da miedo, fuimos el primer día a la velatón y después a todo. Hicimos hasta barricada ahí en la esquina. Participé aquí en la junta de vecinos, en los cabildos, se llevaron todas nuestras resoluciones, que ojalá sirvan para algo. Tenemos que volver a juntarnos, porque estamos muy divididos, tenemos que organizarnos.



Nora Lira Matus.

Nadia Martínez.

Es super importante contar esto, para que las nuevas generaciones sepan

Nora Lira Matus

Yo soy Nora Lira, tengo cuatro hijos y llegué a la toma con una ruquita de cuatro tablas y con mi hijo. Él tenía un añito, chiquitito, fue muy sacrificado... pero a la vez me sentía muy orgullosa de lo que estábamos haciendo.

La situación era malísima, mi marido ganaba apenas para comer, entonces me sumé a la toma con las demás personas, para tener un estándar mejor de vida. Vivía con mi madre, eran muchos en mi casa, eso me llevó a la toma, con orgullo de estar ahí y de hacer lo que hicimos, porque resultó. Empezamos acarreando agua desde la población del frente donde nos convidaban agua; nos sacrificamos harto con todas esas cosas para poder tener una vida más decente como corresponde, no vivir en montón, más libres, y aquí estamos.

Mi madre fue viuda, tuvo 12 hijos y yo, desgraciadamente, me quedé ahí con ella mientras tanto, sufrimos mucho porque mi padrastro era alcohólico, nos echaba todos los días; viví los maltratos a mi madre que aguantaba todas esas cosas y eso mismo me hizo pensar en poder obtener mi casa, obtenerla de alguna manera esforzada.

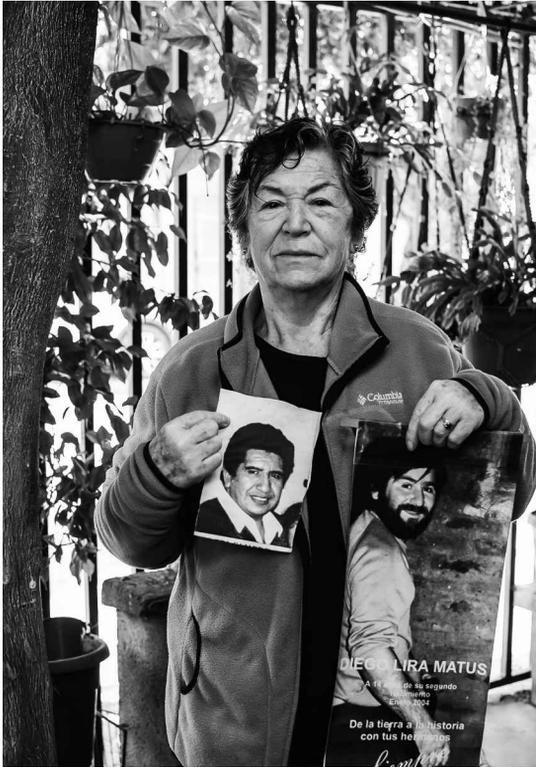
Teníamos una organización para cuidarnos, hacíamos turnos, yo estaba embarazada, debe haber sido el año setenta; me

cuidaba la gente, muy linda, todas me acompañaban porque yo era recién casada, esperaba mi primer hijo, ahí me cuidaban. De repente aparecían los carabineros que querían desalojar, pero nunca nos pudieron sacar, así que ahí esperamos y esperamos hasta que dio resultado; llegamos acá a la Sara Gajardo a luchar por otras cosas.

Con el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, fue la primera vez en mi vida que votaba y le di el voto a él. No lo dejaron gobernar, empezaron a hacerle jugadas sucias los ricos, a encerrarlo, a encerrarlo, porque era un presidente que iba a luchar por el pueblo, hasta que lo botaron. Y teníamos que andar haciendo fila para comprar, para poder comer, pero los ricos botaban las cosas, aquí mismo nosotros fuimos testigos de cosas que botaban en el río, cantidad de cosas, el pecado más grande, y hacer hambrear al pueblo como lo han hecho siempre, porque la cosa ha cambiado muy poco.

Siempre luchando, nosotros hemos luchado por todo lo que tengo aquí en mi casa, el terreno también lo pagamos, todo pagado; la mayoría es gente honesta, honrada, no a toda la gente le gusta que le den las cosas, a mí nunca me gustó que me dieran nada; todo lo que tenemos ha sido con harto sacrificio porque no tenemos profesión, mi marido tampoco, pero afortunadamente a mi hijo lo saqué adelante como pude: vendí parafina, qué no vendí aquí, cociné, tejí, pero nunca me faltó, gracias a Dios. Así que de eso estoy orgullosa también y de la gente que vive a los lados, mis vecinos; gente bien sencilla, pero muy buena, las personas de la población son muy organizadas y muy de corazón, así que estoy contenta de estar acá todavía, todavía estoy viva.

Es super importante contar esto, para que las nuevas generaciones sepan; nosotras también dejamos nuestros testimonios en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Para que otras generaciones más nuevas, los nietos y gente que venga llegando acá, a esta misma población, sepan de sus orígenes.



Nora muestra imágenes de su cuñado, Felipe Rivera (izq.), y de su hermano, Diego Lira. *Nadia Martínez.*

Cuando vino el tiempo de la dictadura fue muy terrible para nosotros, para mí y mi familia, porque asesinaron a mi cuñado, se llamaba Felipe Rivera y era una persona buena. Lo mataron, lo acribillaron, solo porque él tenía sus ideales comunistas, fue horrible su muerte. Mi hermano, Diego Lira¹⁹, también luchó contra la dictadura, pero él falleció, fue buscado, pero nunca lo encontraron, luchó por sus ideales. Siempre he estado con ellos porque me doy cuenta de todas

.....

19. Diego Lira Matus, detenido el 13 de agosto de 1986. Participó en la “Operación Éxito”, el 30 de enero de 1990, cuando 49 presos políticos se fugaron de la Cárcel Pública de Santiago. Diego murió de un paro cardíaco en diciembre de 2003. <https://historiadetodos.wordpress.com/2010/11/04/los-autonomos/>.

las injusticias de los que tienen plata –para los más pobres nunca quieren nada–. Mi hermano fue prisionero político y él se arrancó cuando estuvo preso en la cárcel, que estaba en Balmaceda, la cárcel pública, hicieron un túnel y por ahí arrancaron, así que esa fue una alegría; se arrancó y nunca lo pillaron, pero también fue muy triste porque no era libre, no podía mostrarse, tenía que andar escondido porque era perseguido. Perseguían a toda la familia, porque a mi madre, que era viejita, también la perseguían, entonces no era una vida, en esos tiempos nadie vivía tranquila, todo el mundo con miedo; nosotros veíamos pasar por aquí una patrulla y todos espirituados, todos con miedo arrancándose para las casas; todas esas cosas las vivimos.

La represión era mucha, todo era represión, todo se hacía escondido, teníamos que andar callados, todas las cosas teníamos que hacerlas con miedo. A mi hermano y mi cuñado los reprimieron porque ellos luchaban realmente por la gente que no tiene, porque yo lo vi, yo no soy política, pero viví eso, lo vi y lo sufrí en carne propia, mucha injusticia, vi y conocí a mi cuñado, cómo era; y a mi hermano también, era un hermano convencido de que tenía que estar con los pobres; él dejaba todo botado por los demás, a él no le importaba nada de él, y por eso era perseguido. Se enfermó, le dio un paro y murió, no lo encontraron, murió del estrés de vivir clandestino y andar siempre escondido. No sabíamos dónde estaba, de repente sabíamos de él, siempre con la espina de que iba a morir, con ese miedo que vivía casi todo Chile; pienso que millones de personas pasaron por estas cosas que pasamos nosotros como familia, los que vamos quedando, porque van muchos muertos.

En tiempo de dictadura hubo mucha hambre, pobreza y nos fuimos organizando, participamos en la capilla, allí surgió un comprando juntos y eso era para que nos alcanzara la plata; la idea la dio un curita que había ahí en la capilla, también nos apoyó el padre Liam y el Desmond, a él lo echaron de Chile

porque estaba ayudando a los pobres aquí, a él lo echaron. Fueron dos curas que estaban con la gente, realmente con la gente pobre. Ese cura nos ayudó en el comprando juntos, nos dio la idea y nos fue bien porque nos turnábamos, cuidamos el negocio, hacíamos guardia, un tiempo para el stock de cosas, otro para vender; todo era organizado, y así nos rendían más las lucas porque era más escaso el billete.

Muchas vecinas participaban, hay varias que quedan aquí todavía, que tienen los mismos recuerdos que tengo yo. La Iglesia nos ayudó mucho, a todos nos favorecía porque juntábamos y comprábamos a precio comercial. Nosotros mismos pesábamos las cosas, las distribuíamos entre las que estábamos, era un grupo y la que quería ayudar y estar y participar se podía, todas las que quisieran, no era nada individualista, de “somos nosotros nomás”, era abierto, la que quería participaba para poder hacer alcanzar la plata. La crisis económica se vivió fuerte, mucho, cada día faltaban más las lucas. Había un campamento a la orilla del río, todo eso son recuerdos de los tiempos de la dictadura, así que muy mal.

En el comprando juntos éramos puras mujeres las que participamos, más de 30. Todas con buena disposición, en la mañana a organizar y sacar las cosas, a ponernos cómodas en el negocio. Hacíamos turnos, nombramos a cinco o seis para vender las cosas, hacer el capital, la plata, y después ver lo que se vendió y lo que no se vendió. Todo organizado y anotado, nos fue bien, fue una buena experiencia. Parece que ahora vamos a llegar a lo mismo, porque dan un bono y después suben altiro las cosas.

Aprendí mucho, mucho, conocí gente muy linda y todavía las conozco y todavía siguen siendo igual, gente muy bondadosa, muy solidaria; cualquier cosa que le pase a algún vecino está toda la gente ahí, eso le enseñó a uno a ser más solidaria y a estar más con la gente, con los que más necesitan, el apoyo mutuo, así es en todas las casas por acá.

En nuestras poblaciones hay gente decente, yo he luchado por todo lo que tengo con mis vecinos, hemos luchado por cada tablita que tenemos, es todo pagado, nada regalado. Los traficantes son los que echan a perder todo, cada día crecen más y los dejan crecer porque aquí están comprando casi todos los sitios; en un sitio que compran tienen tres o cuatro casas. Cómo crece la delincuencia, porque ellos los dejan, a ellos les conviene que haya delincuencia, al Piñera le conviene porque así tiene al país más controlado, todos ven la delincuencia que hay, esto que pasa, esto otro y ellos se ríen de uno, de los pobres. En todas las poblaciones es lo mismo y cada día crecen más, uno ve las noticias y ya no las ve por puro miedo. Los delincuentes son los mismos traficantes y en la tele muestran y hablan y hablan y no hacen nada y saben dónde viven los traficantes, tienen direcciones, uno mismo que está en la población uno ve “ah, cayó ese tal, cayó el otro”, y resulta que ligerito salen.

En los años ochenta teníamos en la capilla mucha participación, había trabajo con los niños, había instrucción para muchas cosas, beneficios de hartas cosas en las que se entretenía la juventud; mi hijo mayor tiene ahora más de 50 años, tengo dos hijos hombres y se criaron bien aquí, son decentes mis hijos, no fueron delincuentes. En los veranos participamos en los paseos para sacar a los cabros de aquí, salíamos de paseo todos los años con el Lucho Rivera, con el taller Luis Espinal, duró años eso. Nosotros hacíamos pan, hacíamos cosas, se juntaban botellas y cartones, toda esa plata se hacía para que los niños salieran de vacaciones, porque la gente no tenía plata para llevar a veranear a los niños, y se hizo por mucho tiempo. Eso falta ahora, organizar a la juventud, a los niños; antes tenían entretención, equipos de fútbol, iban a jugar a otros lados, se juntaba el equipo con otro equipo, y eso era organización para mantener a los niños de poblaciones con entretención.

Necesitamos organizaciones y centros donde se hagan cosas para la juventud. Pero para hacer centros para la juventud de las poblaciones no hay plata, por eso los niños están solos, los papás y las mamás tienen que trabajar obligadamente para mantenerse. Ese es el problema.

Yo me siento orgullosa de todo lo que viví, y lo estoy contando porque lo viví y voy a apoyar lo que hagan bueno para acá o para las poblaciones a futuro, que ya tengo mis añitos. Todavía tengo cuerda para cooperar, para ayudar en lo que se pueda y que sea solidario.



Idalia Troncoso Meza.

Nadia Martínez.

¡Nadie nos va a quitar esa fuerza que tenemos los pobladores!

Idalia Troncoso Meza

Me enteré del campamento porque yo arrendaba cerca. Me acerqué al dirigente, que era don Juan Araya, y como estaba con mi niño y esperando al segundo hijo me dieron la posibilidad de que me integrara. Fue en abril y en mayo la visitadora social designaba los sitios. Yo tenía ya mi libreta, con una cantidad de plata que era muy baja en esos años, pero salí aceptada y así llegué aquí a la población, en mayo de 1970. Llegamos mi marido, yo y mi hijo y esperando al segundo. La mayoría tenía uno o dos hijos y después aquí tuvieron más, los niños se criaron casi todos juntos.

Fueron difíciles los primeros años, llegamos y no había agua ni luz, solamente las cuatro estacas del sitio que nos correspondía, la manzana 14, sitio 7; y ahí, con el apoyo de los mismos vecinos, compramos cables y sacamos luz desde la otra población, fue lo primero que tuvimos; para el agua teníamos que ir a un grifo que había en la otra población, era más fácil en la noche, los hombres nos traían el agua y la dejaban para el otro día. Así estuvimos hasta que nos urbanizaron, pusieron luz y agua, pero debimos esperar como un año.

La casa tenía dos piezas y piso de madera, pero muchos tenían piso de tierra y nada más, techo de fonola; ocurrió una

nevazón²⁰ y los techos se nos hundieron, así que ahí hubo que repararlos. En los trabajos dieron como dos días para que la gente arreglara sus casitas, las que se habían dañado; así pasamos los inviernos, bien crudos y bien fríos.

Cuando llegó el gobierno de la Unidad Popular fue una alegría para nosotros, no entendíamos mucho de política porque éramos jóvenes, de 23 yo y 24 años mi marido, pero nos alegramos, porque sabíamos que era un presidente que daba más para el pueblo, para la gente obrera. Bueno, después, con el tiempo, fuimos entendiendo que al presidente Allende nunca lo dejaron trabajar a favor del pueblo.

Durante el gobierno de Allende empezó a llegar la JAP, que era la de los alimentos que llegaba a la población y nos repartían; eran precios que nosotros podíamos pagar, porque nosotros plata teníamos, pero así compramos las cosas, por intermedio de la JAP; había mucha escasez de alimento, las cosas se desaparecieron de la noche a la mañana. Siempre hubo alimentos, no había supermercados, pero sí bodegas con muchos alimentos y todo eso desapareció de la noche a la mañana; entonces, ahí empezaron con la JAP a traer alimentos a las poblaciones y así podíamos comprar, nos llegaban pollos, por ejemplo. Así pasamos esos primeros años.

Después vino el golpe militar y ahí fue más terrible, mucho militar en la calle, mucho miedo, mucha gente que se perdía también, vino el terror. Yo estaba en la casa, como era dueña de casa, estaban mis hijos chicos, tenía tres hijos y todos chicos; el mayor tenía nueve años. En ese tiempo se quedó sin trabajo mi marido –el patrón, que era italiano, cerró la fábrica y se fue–, y se quedó mucho tiempo sin trabajo; él hacía algunos

.....

20. Nevada ocurrida en Santiago el 21 de junio de 1971, entre las dos y cinco horas de la madrugada, durante la cual precipitaron 5 cm. de nieve, según información de la Dirección Meteorológica de Chile, alcanzando las comunas de la zona poniente.

trabajos ocasionales y de eso vivíamos; y después empezó el PEM y el POJH, empezó a trabajar en eso.

Esos años de cesantía fueron bien duros, terribles, porque se sumó la represión, uno salía y no sabía si iba a volver.

Tengo un hermano, él trabajaba y era dirigente de la industria metalúrgica donde trabajaba, en el Cordón Cerrillos. Él era tesorero del sindicato y lo fueron a buscar a la misma empresa, estuvo como un mes desaparecido, lo buscamos con mi cuñada y no lo encontramos en ninguna parte, nunca lo encontramos, lo íbamos a buscar al Estadio Nacional, había unas tremendas listas, unos tremendos libros que estaban ahí en el Estadio.

Nosotros pensábamos que nunca más lo íbamos a ver, fue muy triste esa parte, ni siquiera lo recordábamos, no queríamos recordar, hasta que un día apareció, llegó de noche a su casa. Le dijimos que siempre lo íbamos a buscar ahí y nunca nos dijeron que estaba, nos mandaban a buscarlo a la morgue, fue muy triste para mi cuñada, muy doloroso. Había días enteros que pasábamos buscándolo, nos decían dónde podía estar, ahí íbamos y no aparecía en las listas, nunca apareció en las listas. Y estuvo siempre ahí. Cuando salió nunca más ha querido hablar de eso, nunca habló. No participaba en partidos, solo el hecho de que los compañeros lo eligieron tesorero del sindicato, por ser dirigente sindical, eso era un pecado según ellos, pero había sido elegido por su gente, los compañeros lo eligieron porque les daba confianza; llevaba varios años de tesorero.

Cuando salió del Estadio, salió con la idea fija de irse, con odio al país; odiaba estar ahí, nunca habló nada de eso, no quiere recordar nunca lo que vivió ahí, nunca lo ha hablado, hasta el día de hoy. Y se fue al año siguiente, en 1974, empezó a postular a la embajada de Australia. Allá vive él; antes de los cinco años murió mi mamá, y él nunca pudo ver a mi mamá ni

enferma ni nada; fue un dolor muy grande. Fuera del hecho de estar detenido, también tuvo dolores físicos, que no pasaron.

Mis papás no eran políticos, no se metían en nada; entonces no fuimos criadas en política y mi hermano estuvo ahí metido, fue inocente y quedó con heridas muy grandes. A mí me duele mucho cuando la gente dice: “¿y por qué no olvidan?”, pero cómo se te va a olvidar, el daño es muy grande en muchas personas y gracias que a él no lo mataron. ¿A cuántas personas nunca pudieron darle una sepultura?, aquí tuvimos gente que la vinieron a sacar de la casa, se la llevaron y la mataron, la mataron nomás.

Si incluso hasta el padre Liam fue perseguido por el solo hecho de estar al lado de las personas, defendiéndolas, apoyándolas; ese era el pecado más grande que tenían los sacerdotes de la población: acompañar a las personas, estar cerca de ellos, tratar de ayudarlos para salir adelante. Fueron tiempos dolorosos para todas las personas que vivieron el golpe militar, yo era chica, no me acuerdo, pero sí de la dictadura después, en que hubo mucha represión.

Participé en el comprando juntos de la población, fui invitada como socia por el padre Desmond que estaba en esos años. Empezó en una casa, donde él vivía, y después, cuando ya se construyó la capilla, se trasladó a una de las salas. La idea era que nosotros aprendiéramos a comprar, que aprendiéramos a ahorrar la plata que teníamos, lo poco que había y que pudiéramos tener nuestros alimentos y que compráramos lo justo, que pagáramos también por lo justo, recuerdo que fueron cuatro comprando juntos que se formaron acá en el sector.

Nosotros no sabíamos comprar, comprábamos por cuarto de azúcar, de arroz, de aceite, otros vecinos compraban un octavo de aceite; no teníamos plata, comprábamos lo que alcanzaba, lo que íbamos a ocupar. El padre Desmond se dio

cuenta de que gastábamos más, porque en la mañana íbamos por un cuarto de azúcar y ese cuarto ya no era eso, nos iban robando un poquito en peso y en plata; nos cobraban un poquito más, porque al comprar por poco se recargaba y no estábamos pagando lo justo y no nos daban el cuarto ni el medio que comprábamos.

Entonces, el padre Desmond nos enseñó, nos juntó y nos hizo reuniones, él compraba por mayor, compraba el saco de harina y nosotros teníamos que pesarla, ese era nuestro trabajo: pesar la harina, comprar las bolsitas y, claro, en ese tiempo el saco de harina traía 50 kilos de harina. La mercadería llegaba los jueves, se juntaban los cuatro comprando juntos y se compraba por mayor, entonces nos salía más barata y teníamos que dar el peso exacto, no podíamos robar porque era robarnos entre nosotros mismos, porque nosotros comprábamos nuestro alimento, llegábamos con la listita: un kilo de azúcar, un kilo de arroz.

Aprendimos a comprar por kilo, que las cosas nos duraran la semana o más; el tallarín, todo envasado, aprendimos a comprar todo envasado, porque antes el tallarín venía suelto, venía en caja y se compraba también suelto. Todo eso nos enseñó a cómo comprar, así se formó, ese fue el motivo de los comprando juntos; se compraba al por mayor más barato y de ahí se distribuía en las cuatro comunidades. Si nosotros pedíamos dos sacos de harina nos llegaban los dos sacos de harina, el azúcar, los fideos, el té, el arroz, el aceite. El aceite lo empezamos comprando por bidones, después tuvimos que comprarnos un tambor y nos llegaba un tambor de aceite. Personas que tenían vehículos o camiones nos transportaban los alimentos y lo dejaban acá; el día viernes teníamos que ir a pesar y a vender, ahí teníamos nuestra lista de precios y la gente compraba. Éramos como 25 a 30 personas, más o menos.

Si el kilo de azúcar costaba en esos años 15 pesos, lo vendíamos a 16, había que recargarle, pero era muy poco, porque en la otra compra, a lo mejor a nosotros nos iba a costar más la misma cantidad. Tuvimos que hacer un fondo: y como éramos socias pagábamos una cuota que era baja; ese era el fondo que teníamos, esa plata siempre se llevaba, porque si había algo que a nosotros nos subía allá, cuando llegábamos acá, claro, nosotros le subíamos un poquito porque nos había costado más, pero nunca tanto como en un almacén.

Y también aprendió mucha gente a salir de los almacenes, porque también se usaba mucho, antes que la libreta, el fiado; la gente iba al almacén y decía: “fíeme un kilo de azúcar, el pan”, todo así, fiado. Si tenía ganas de comerse un huevo, también fiado, y entonces el huevo ya no le costaba lo mismo, todo le recargaban en el almacén, en vez de pagar 50 pesos en esos tiempos, pagaba 70, ya iba pagando más. Aprendimos a salir del fiado, ¿por qué?, porque si habíamos comprado el litro de aceite nosotros hacíamos durar el litro de aceite para toda la semana; entonces no íbamos al almacén a pedir fiado.

Ya después, con los años, el padre Desmond se fue, lo expulsaron del país porque vieron que estaba dando mucho para la gente obrera, organizando a la gente; dejó enseñanzas muy buenas, dejó eso del comprando juntos, se consiguió para mujeres curso de costura, para que aprendiéramos a coser, a hacernos las cosas para nosotras; curso de peluquería, se consiguió peluqueras para que nos enseñaran. Eso nos sirvió mucho a nosotros mismos, a cortarle el pelo a nuestros hijos, a no pagar; en ese tiempo se usaba mucho la permanente, nos hacíamos la permanente entre las vecinas. Todo lo que aprendimos fue para ayudar a nuestro bolsillo.

En el comprando juntos yo estaba a cargo de la plata –nosotros teníamos que recaudar la plata de lo que vendíamos–, y tenía que cuadrar todo lo que comprábamos y vendíamos para ver

lo que nos quedaba. Aprendimos ahí, a mí me costó y el padre me ayudó mucho; yo, de primera, no quería porque dije: “no sirvo para esto, no voy a poder y si se me pierde plata, ‘¿qué hago?’, ‘¿cómo la devuelvo?’”, y él confió en mí. Al final acepté, pero le dije que la plata no la iba a tener en mi casa, porque ya mi marido en ese tiempo estaba empezando a beber, entonces me daba miedo, por eso la plata me la guardaba una vecina, la señora Nora. Yo llegaba el día sábado con todas las cuentas, con todos los papeles y después el padre llegaba en la tarde a revisar todo. A él siempre le dije que yo aceptaba el puesto si él después revisaba las cuentas, así que todas las semanas lo hacía, me tenía que cuadrar la plata con las ventas y hacer la lista de lo que íbamos a comprar para la otra semana. Hacíamos inventario de lo que nos quedaba y lo que nos faltaba, todo estaba muy organizado; incluso, con los fondos que nos iban quedando, una Navidad les hicimos una rica once a los niños en la población, sin regalos, pero con muchas cosas, hasta helado, mote con huesillo, era muy en comunidad, fue un año muy bueno, muy bonito.

Hacíamos turnos para trabajar, venía la harina y nosotros, con la lista de personas que teníamos, vendíamos los sacos; la gente hacía sábanas o manteles con los sacos. Yo estuve como dos o tres años en ese comprando, después me tocó viajar cuando se murió mi papá, le avisé al padre y puso a otra gente que quedó a cargo; con los años, yo no volví porque después se murió mi marido y seguí trabajando sola en la casa.

El comprando juntos nos sirvió para aprendernos a conocer con las vecinas, a conocernos más y la enseñanza es que aprendimos a comprar y que nos rindiera, aprendimos a solidarizar con los vecinos, hablábamos de las necesidades y de cómo teníamos que salir adelante, cómo darnos fuerza para seguir. Además, todos los niños eran chicos, así que esas enseñanzas fueron buenas, como que Dios me preparó a mí,

porque el hecho de que los sacerdotes trajeran esos cursos, pudiéramos aprender y no quedarnos en la casa sola, sentada o haciendo las cositas en la casa, me ayudó mucho.

También nos sirvió para saber que teníamos las mismas necesidades y no solo en la población, porque me acuerdo que venía gente de las poblaciones vecinas a comprar, se inscribían y compraban, la señora Ernestina Toro, por ejemplo. Ella vivía en la otra población y venía a las reuniones y a comprar el fin de semana; era esposa de un panadero, a ellos les pagaban diario, entonces compraban de a poquito, en muchas casas era así. Fue una buena experiencia, éramos todas jóvenes, nos tocó la parte difícil, así que aprendimos ahí, tenemos mucho que agradecer a los sacerdotes que vinieron a apoyar a la gente pobladora; y eso era mal visto por quienes nunca van a estar a favor del pueblo.

Las últimas personas que estuvieron en el comprando juntos y que lo terminaron fueron la señora Yola, la Carmen Zúñiga, la Adela, pero yo nunca más me acerqué a saber qué pasaba.

Yo hacía costuras para afuera también, trabajé en el POJH, trabajé en tejido, me pagaban mil quinientos pesos cada 15 días. Tenía que hacer chalecos de guagua o chalecos grandes que los mandaban no sé para dónde. Nos pesaban la lana: en el tejido no podíamos perder ni un pedacito de lana y ni un hilo, todo lo que sobraba de lana teníamos que llevarla, porque entraba en el peso. Yo cosía en el día y tejía en la noche acostada, para ayudar al presupuesto familiar, porque quedé viuda y me tuve que retirar del comprando y dedicarme a trabajar; me dediqué a puro trabajar para poder salir adelante.

El recuerdo que tengo del PEM y el POJH es que mi marido en esos años no bebía y ahí empezó a hacerlo y él murió alcohólico, duró muy poco. Antes de eso solo se dedicaba a trabajar, salía en la mañana, llegaba a la fábrica y estaba todo

el día ahí, llegaba en la tarde y nada más, el fin de semana jugaba a la pelota, así que nunca hubo tiempo para el alcohol. Pero en esa época, con la cesantía, hubo mucho hombre alcohólico, mucho. Él dejó de ser un trabajador, él sabía todo lo del área metalúrgica, sabía soldar, trabajaba en fábricas, él era tornero mecánico. Y después de ser tornero mecánico tener que ir a barrer una calle o una plaza..., a hacer hoyos en un sitio que nunca hicieron nada, nunca plantaron un árbol. Ahí los tuvieron trabajando a todo sol y nunca fue nada productivo. A los hombres les pagaban tres mil pesos y a las mujeres mil quinientos, pero cada 15 días; y con eso se vivía

Estoy contenta de haber llegado acá, de tener a mis vecinas, nos apoyamos entre mujeres; nosotras nunca vamos a estar solas. Si a una vecina le pasa algo, nos ayudamos entre todas.

No hace mucho que tuvimos en la cuadra una olla común, a mí no me dejaban ir a ayudar por la pandemia, pero yo les ayudaba pelando las cosas, trabajaba aquí en la casa, me traían las cosas y yo las pelaba, un saco de papas, hasta dos sacos de papas, me sentía útil. Todo eso son enseñanzas que aprendimos, a ser útiles para los demás. Donde haya una necesidad ayudarnos unas con otras, y eso lo hemos aprendido aquí, en la población. También hice delantales, ocupé todo lo que tenía sin tener que salir, sin gastar y me sirvió a mí, porque me sentía útil, porque sin salir podía hacer algo aquí en la casa; se me echó a perder la máquina, me conseguí máquina, entonces uno sale adelante. Todas esas cosas las aprendí en la organización.

Las personas que trabajaron en esa olla son las mamás que pasaron por este sufrimiento y que de chiquititas fueron viendo y ahora ellas tienen valores y fuerza porque lo vivieron con sus madres, eso fue uniendo a esas personas y calzaron, aquí trabajaron como ocho meses, estuvieron en la olla, hacían más de 250 platos y se juntó justamente gente que había trabajado en casinos, en colegios y en jardines

infantiles, entonces sabían las cantidades. Nos conseguimos las cosas en la capilla, los fondos, cucharones grandes, una paleta que mandamos a hacer donde ese caballero que hacía muebles para poder revolver las cosas; fue una cosa tan bonita que de la noche a la mañana teníamos todo esto, y empezaron a llegar, les empezó a llegar ayuda a las jóvenes que se organizaron.

Estoy orgullosa de que sea así. Si alguien lo necesita, ayudémosla, apoyémosla; no estamos solas. Yo creo que el mismo sufrimiento nos hizo tener la fortaleza de que teníamos que ayudarnos, y creo que de eso nosotros debemos estar orgullosas. Yo me siento orgullosa de pertenecer a este mundo de gente, a esta gente, a nuestros vecinos, a nuestros seres queridos. ¡Nadie nos va a quitar esa fuerza que tenemos los pobladores!



Maribel Flores Díaz.

Nadia Martínez.

Las mamás se organizaban para tener el plato de comida, pero los niños también nos organizamos

Maribel Flores Díaz

Mi nombre es Maribel Flores Díaz, tengo 49 años, soy madre de tres hijos, dos niñas y un niño. Vivo aquí en Quinta Normal, pero soy nacida y criada en Cerro Navia, en la Población Villa Carrascal Poniente, ex Sara Gajardo, y también tengo una nieta, la Matilde, de 13 añitos.

En la población vivía con mis tres hermanos, Juan Ramón, Marcia y Marcela y con mi mamá y mi papá. Mis papás venían del campamento Violeta Parra con el Juan Ramón y con la Marcia, que tenía un añito. El campamento estaba ubicado al lado de la Endesa, donde están las canchas. Y vivíamos como en el segundo pasaje.

Yo nací donde viven mis papás todavía, ellos llegaron ahí en el año 1971. Nací el 14 de junio de 1971 y ese día nevó mucho en Santiago. Bueno, yo me acuerdo que teníamos rejas bajitas, pasábamos de un sitio a otro como si nada, la manzana entera era de un mismo sitio. Mi mamá nos mandaba, por ejemplo, donde el zapatero que estaba en el pasaje de atrás, pero como no había rejas nosotros cruzábamos de sitio en sitio, así derecho, y llegábamos donde el zapatero, el señor Saravia. Si queríamos ir al Potro Negro, el almacencito de la esquina, atravesábamos los sitios y llegábamos, era el único almacén del sector.

Mi papá me contaba que, de a poquitito, la gente fue construyendo, haciendo las casitas, haciendo su mediagua. La gente de los campamentos antes era super solidaria, mi papá me contaba de gente que vivía con su hijo, mujeres solas, mis papás eran super solidarios. Me acuerdo que la señora que vive en la esquina de la casa de mi papá, también vivía en el campamento, pero ella trabajaba puertas adentro y tenía en ese tiempo al Lucho guagüita, además del Gordi y del Pato; los tres se quedaban solitos en una casita que estaba hecha de cholguán, que se les llovía, y mi papá y mi mamá los iban a ver y llevaban cositas para dar de comer a los chiquillos. Cuando llovía y se hacía barro, mi papi les iba a arreglar el techito, les ponía bolsas y cosas así, para que no se les lloviera y los cabros pudieran dormir bien en un lugar seco.

Mi papá nos contaba que llegaron en invierno, se hacían barriales inmensos, una se hundía en el barro. Y enfrente de nosotros, estaba la calle principal: Fanaloza se llamaba, porque en la esquina había una fábrica con el mismo nombre, en que hacían todas esas cosas para los baños, era una tremenda fábrica. Y frente a nosotros, cruzando la calle Fanaloza, había un canal, no sé cómo se llamaba en realidad, pero era un canal de regadío, super peligroso, cortito, chiquitito, que se podía pasar saltando, pero era muy profundo y peligroso; tenía el agua podrida, pero igual saltábamos ahí, éramos muy atrevidos.

Lo pasábamos muy bien, jugábamos con los chiquillos, con el Iván, la Nana, la Sandra, la Tere, la Chila, el Sergio; con las chiquillas de atrás, las Yepsen; éramos todos vecinos. También estaba la Sandra, la Nuri, la Marisol, el Jimmy, eran cuatro o cinco hijos, vivían atrás de nuestra casa y ella también era solita con sus hijos. Había varias mujeres jefas de hogar en el campamento, estaba la señora Blanca, con la Cota y la Nancy, que eran sus hijas, y su nieto, que tampoco era su nieto; era alguien que ella había criado, el Hugo. Ellos eran mis vecinos más próximos y la mamá del Lucho, que también venía del

campamento, que era la que mi papá ayudaba a alimentar a los chiquillos, porque ella trabajaba puertas adentro.

Por ahí cerca había unas tremendas canchas y la Escuela 422, era bien bonita. Fue un espacio importante, ahí conocí al profesor Carlos de la Fuente, de educación física. Era un profesor super jugado, él desarrolló la resiliencia en nosotros, en muchos niños, frente a la pobreza extrema de esos años. Era la pobreza de no tener zapatos para poder ir a estudiar, esa pobreza de no tener un cuaderno, de no tener para comer. Entonces, que llegue una persona y te saque lo mejor de ti, es genial. Yo lo conocí primero como profesor de mi hermano, era de esos profesores que te iba a ver a la casa cuando faltabas al colegio, se involucraba contigo; si él sabía que tú sufrías maltrato, él iba a ver por qué no habías ido al colegio, él llegó muchas veces a la casa para saber por qué Juan Ramón no había ido al colegio; yo lo vi unas cuantas veces antes de que fuera mi profesor de educación física. Agradecimiento no más para él, creo que todavía está en Cerro Navia trabajando, porque muchas veces lo he visto, sigue igual, no envejece nada, sigue siendo jugado con sus cabros, un profesor que hace política, que está metido en las cosas que pasan, no es que él va a hacer su pega y ya, no, sigue buen profesor.

De la dictadura tengo algunos recuerdos: antes de llegar al colegio, cuando andaban las micros con milicos y pasaban por la calle Fanaloza, pasaban las micros con mercadería y yo me recuerdo que en más de una oportunidad subí con mi papá a comprar y estaban resguardadas con milicos, a la entrada y a la bajada. Me acuerdo que durante muchos días y noches estaban las tanquetas con milicos y de haber tenido mucho miedo; en una oportunidad llegaron a la casa los carabineros, nosotros estábamos chicos, mi papá tenía una fotito chica donde salía el Chicho, la pura cara de Salvador Allende, la tenía al ladito en un cuadro y un paco le dice: “oiga caballero, desaparezca altiro esa güeá”. Nunca más volví a ver una foto de Salvador Allende, se me borró la imagen hasta que la volví

a ver en 1984, y a darme cuenta de que la gente se empezó a activar, porque se aburrió de tanta miseria y comenzó a protestar.

En mi casa faltaba la comida, como en todos lados nomás, era como habitual. Mi papá trabajaba en puros pololos; en un comienzo mi papá trabajaba en mármol, era maestro marmolista, un tremendo artesano, hacía cosas muy lindas en mármol, en ónix, en lapislázuli, Pero como tenía un patrón, ganaba una miseria y no nos alcanzaba; o no le pagaban. Me acuerdo que mi papá llegaba los días sábados, iba a buscar su sueldo y el viejo no le pagaba, llegaba a la casa y empezaban las peleas porque no llevaba plata, pero no llevaba plata porque ese viejo lo explotaba. Y eso que mi papá era un tipo muy inteligente, después dejó de trabajar ahí, le llevó 17 años de su vida y empezó a trabajar esporádicamente, traía más plata. Pero fue difícil, mi mamá trabajó también en el PEM, en los años ochenta, en el PEM y el POJH, en el colegio haciendo el aseo, le pagaban tres mil pesos al mes y a los del POJH les pagaban cinco mil pesos.

Entonces, mi mamá empezó a ir a la comunidad cristiana, a ir a las ollas comunes, se empezaron a juntar, a organizarse para hacer una olla común, porque hambre había. Mi mamá iba en la mañana a hacer la comida o a pedir a la feria, porque se turnaban, un grupo se iba a hacer la comida y después mi mamá nos iba a buscar para almorzar.

Participaban la señora Ruth, la señora Isabel, la Amandita, mucha gente. Juntaban unos mesones largos y nosotros todos sentados almorzando, todos los niños almorzábamos ahí; y me acuerdo que tomábamos oncecita, era un vasito de leche en estos jarritos celestes y lo que hubiera, pancito. Mi mamá participaba en la olla común, se llama María Díaz, no era muy buena para participar, pero con el padre Liam se motivó. Mi mamá le fue a hacer el aseo un tiempo al padre; también me acuerdo que íbamos cuando no teníamos azúcar,

íbamos en la nohecita a pedir azúcar donde el padre, lo que necesitáramos y el padre tenía azúcar de cuartitos, cuartitos de arroz y hacía muchos cuartos, de muchas cosas, porque mucha gente le iba a pedir, y tecitos también.

Las señoras se organizaban y hacían turnos en la olla, las sopas no podían faltar, eran las sopitas de fideos, las pantruquitas, las sopitas de pan, eran tan deliciosas, tenían hartas verduritas, se cocinaba con bateroil [*butter oil*], que era como una manteca amarilla, llegaba en unos tarros. Bueno, ahí nosotros empezamos a participar en la comunidad –a mí no me pregunten si yo era católica, porque yo católica no soy ni creo haberlo sido–, pero me acuerdo de la comunidad cristiana porque era el lugar donde yo tenía mis necesidades básicas cubiertas, porque matábamos el hambre todos los cabros, nosotros y mis vecinos, mis amigos.

Yo tenía como ocho o nueve años y los días sábados nos íbamos a recrear, había un espacio donde unos tíos nos enseñaban a cantar, a bailar, a trabajar con arpillera, lanografía. También estuve en un taller de dactilografía, nos teníamos que organizar cada grupo para hacer representaciones, para hacer cantos en grupo, bailes; mucho de organización, en verdad: las mamás se organizaban para tener el plato de comida, pero nosotros, los niños, en el inconsciente, también nos organizamos. Para mí era lo máximo que llegara el día sábado y poder ir a cantar, a disfrutar de la vida, porque además del plato de comida, de la once, como que siempre había cositas ricas; era muy entretenido.

Con algunos, hasta el día de hoy nos vemos y nos acordamos. Cuando ya éramos grandes, seguíamos organizándonos, nos encontrábamos en distintos lugares. La verdad, yo no tengo mucho que rescatar de mi niñez, porque no tengo bonitas experiencias, viví mucha hambre, mucha represión. Ahora los cabros salen de fiesta, se juntan a compartir un traguito y cosas así; nosotros no tuvimos esos espacios, porque éramos

reprimidos, vivíamos en toque de queda, nuestra adolescencia y juventud las pasamos en toque de queda.

Como a los 17 años, nos encontramos en la misma comunidad cristiana en los ENJUPO, que eran grupos juveniles donde iban los grandes, los adolescentes, desde los 13 años. Y ahí se juntaban los jóvenes, muchos se conocieron ahí, armaron parejas de pololos, se organizaron; me acuerdo que desde ahí salieron muchos cabros que después vi en las Juventudes Comunistas y en otras organizaciones.

También me acuerdo de haber participado con cabros de otra población, de otra comunidad cristiana, de la Óscar Romero, y nos empezamos a juntar y nos quedábamos en la casa de una de las chiquillas –su papá era dirigente en la Universidad de Chile–, don Juan Carlos; él era dirigente, hacía aseo ahí, era un tipo muy humano, él vivía con sus dos hijos, con el Juan Carlos y la Paola, no había mamá. El papá pasaba de reunión en reunión, entonces nos juntábamos una montonera de cabros ahí, pasábamos noches enteras puro canturreando, porque en ese tiempo todos tocaban guitarra y cantaban, no se escuchaba música, entonces cuando llegaba el toque de queda nos quedábamos ahí, con permiso. Nos turnábamos, dos que se quedaban una hora en la puerta, mientras conversábamos, y si pasaban los pacos o los milicos tenías que decir: “los pacos” o “los milicos” y todos se quedaban calladitos, se apagaba la luz, dejaban de cantar, pasaban y ahí volvíamos con el canto, la tocata y la conversación. También planificábamos, porque de ahí empezaban a salir los grupos para hacer rayados, nosotros hacíamos muchos, desde esa inocencia, desde esa juventud que quería hacer cambios; comprábamos la pintura en bolsa y la aclarábamos un poquitito y salíamos a pintar en las noches: “Fuera Pinochet, No a la dictadura”.

Esa etapa de mi vida fue muy bonita, maravillosa. En el colegio tuve de todo un poco, fue una etapa que me sirvió para la vida.

Me acuerdo del profesor Carlos de la Fuente, como en sexto básico, que hacía muchas cosas dentro de la escuela y fuera de su horario de trabajo. Yo lo miro ahora y me pregunto cómo este profesor estaba el sábado y hacía taller de voleibol, taller de gimnasia deportiva, atletismo, pimpón; cuando llovía y no podíamos hacer deportes, igual llegábamos todos al colegio, aunque estuviera lloviendo. Salimos campeonas en voleibol, yo hice gimnasia deportiva. Yo era muy miedosa, pero ahí como que todos mis miedos se empezaron como a... empecé a manejar mis miedos, la verdad de las cosas, y en todo lo que hacía me empecé a destacar, a sentir que yo valía, que sí podía y fue algo que el profesor desarrolló en mí, si no, yo no habría podido desarrollar esa parte deportiva, de hacer muchas cosas y bien, de empezar y terminar cosas. Todo eso tiene que ver con ese profesor, con eso que él desarrolló no solamente en mí, en todos. También los Fuenzalida, amigos de la niñez, de la infancia, compañeros del voleibol con los que nos juntábamos hasta sábado y domingo con el Chava, con el Rucio, los hermanos Porto, el Troncoso.

Recuerdo un día de protesta en el año 1984, los profesores nos advertían: “chiquillos, va a ser día de protesta, por favor no salgan”, o sea, que un adulto responsable, un profesor, te diga no salgas, es porque... no es porque te están tirando piedras y lacrimógenas, es porque están matando. Yo me recuerdo que ese día me tocó con el profesor Carlos y el profesor dijo que no saliéramos el día domingo y no salimos, yo era pavita, tenía como 12 o 13 años.

Bueno, resulta que ese día de protesta había mucha gente jugando a la pelota –la cancha era muy grande–, se hacían como cinco equipos jugando en la cancha, al lado de la escuela del F-5, había como dos espacios donde estaban jugando a la pelota, los cabros del F-5 y los de otro equipo que se llamaba Troncales; y en la Sara Gajardo había otra cancha, que era la del River Sport, en la que también estaban jugando otros cabros, puras canchas de tierra. Me acuerdo

que ese día domingo empezaron a volar dos helicópteros de pacos por encima de la cancha y la gente empezó a agruparse y a silbarles a los pacos, y empezaron a bajar los helicópteros, los cabros seguían silbando y comenzaron a tirarles piedras; tengo la imagen viva del padre Liam que estaba con una cámara fotográfica, sacando fotos. Los helicópteros se posaron en medio de la cancha y luego sentimos muchos disparos, después había tanto polvo, la gente de la cancha corrió a esconderse hacia las casas, arrancando de las balas. Después escuchamos en la radio que en la Sara Gajardo había muerto un niño por las balas de un carabinero, yo lo conocía: el Toño era compañero de escuela, tenía 12 años, lo mataron de un balazo en el pecho. Alcanzó a correr hasta la casa de su abuela, que lo había criado, y creo que cayó muerto al suelo.

En otra ocasión me acuerdo de haber salido en la noche, fuimos y cuando nos dimos cuenta de que venían los milicos alcanzamos a arrancar y cuando íbamos por Hipólito Salas, en la segunda calle, nos agarra una señora y nos metimos a su casa, yo tenía como 16 años, y nos metimos ahí; después, desde la reja, miramos cómo los milicos llegaron, agarraron a unos cabros y los hacían apagar el fuego con los zapatos, con los pies los hacían apagar las barricadas, y yo pensaba: “de la que nos salvamos, habríamos estado todas con los pies quemados, mínimo con los pies quemados o muertas”.

En otra oportunidad, recuerdo que también tomaron a mi hermano, como a las 10 de la mañana un día sábado, era un día de protesta y mi papá no nos daba permiso, entonces Juan Ramón salió escondido, tenía 14 años y salió a Carrascal con su amigo Vitoco. Cerraron la calle con una barricada y empezaron a protestar, a aplaudir, a tirar panfletos, que era lo que se hacía y después cuando ya venían los pacos salían arrancando. Juan Ramón y el Vitoco, que no estaban haciendo nada y miraban desde la vereda, no arrancaron, pero llegaron los pacos y los agarraron y se lo llevaron. No al Vitoco, porque era chiquitito, era muy niño, se llevaron al Juan Ramón y nos

fueron a avisar a la casa. Mi papá lo buscó por todos lados, aquí en Carrascal, en Lo Prado, lo salió a buscar allá hasta por Matucana, por todas las comisarías y no lo encontraba. Finalmente, lo encontró aquí en Carrascal, cuando fue como por tercera vez a la comisaría. A mi papá lo trataron super mal, lo humillaron, le dijeron que estaba criando a un delincuente, y cuando se lo entregaron Juan Ramón estaba tiznado y se le veían solo los dientes y los ojitos, le hicieron dar vueltas en la cancha con neumáticos quemados para culparlo de que él había participado en la barricada. Juan Ramón nunca había participado en la barricada. Yo creo que mi papá, en el fondo, no nos dejaba salir porque había todo ese miedo, nosotros nunca salimos a las marchas con permiso, nos arrancábamos. Decíamos que íbamos a hacer deporte o a la casa de alguna amiga o cosas así. Nunca se enteró que nosotras andábamos metidas en las marchas de la misma población.

En la misma comuna se hacían marchas y mítines y se pasaba la voz. El mitin era algo cortito, así como una forma de protestar que no duraba más de cinco minutos, se hacía harto en el centro, recuerdo que se hacía mucho en el Paseo Ahumada; en esa época ya estábamos en el liceo, íbamos con los compañeros y los profesores, 1986 o 1987. Íbamos vestidas de escolares y pasábamos como cualquier transeúnte en el Paseo Ahumada; nos chocábamos paseando y, de repente, se veían los panfletos y empezábamos todos a aplaudir, de arriba de los edificios se tiraban panfletos, era un rato del ruido, del descontento que teníamos. Después nos dispersábamos antes de que llegaran los pacos, pero era muy bacán, muy bacán. Cuando íbamos ahí sacábamos las rejillas que eran para las aguas lluvias y empezábamos a llamar a los zorrillos, los provocábamos, y se metían al Paseo Ahumada y caían en las canaletas de las aguas lluvias y no podían salir de ahí; entonces nos reíamos y celebrábamos lo que podíamos lograr en conjunto y organizados; y eso que muchos no nos conocíamos entre nosotros, pero nos unía una cosa: derrocar a la dictadura.

En la población nos juntábamos en el Parque Ho Chi Minh para los 11 de septiembre, en el puente, para ir a tirarle flores a los muertos, como un homenaje. Los que organizaban esas romerías eran los curas y la gente adulta que trabajaba en las comunidades cristianas; nosotros íbamos como invitados con mi mamá, porque mi papá no se metía en esas cosas. Mi papá nos contaba que había visto muertos en el río Mapocho. Por ejemplo, vio a un médico del Hospital San Juan de Dios tirado, lo vio muerto en el río, se había resbalado en el puente. Mi papá lo sacó de en medio del río: dejó su bicicleta a un lado, lo sacó, lo dejó en la orilla, tomó su bicicleta y se fue.

Entre las cosas tristes está la pobreza. Fue una experiencia compartida por todos, vivíamos las mismas penas, la misma hambre. Vivíamos y compartimos, jugábamos juntos, el trabajo era en equipo, en comunidad, hacer las cosas con un fin y mirar al otro, creo que eso es lo más importante, hacerse partícipes de ayudar al otro. En la pobreza que uno tiene igual se puede ayudar al otro, yo creo que ese es como el aprendizaje; ahora estamos inmersos en un sistema super individualista, después de la dictadura nos educaron así.

Yo ahora soy asistente de educación, trabajo con niños y creo que es importante no perder la memoria de lo vivido; a mis hijos les hablo de lo vivido y he tratado de formar en ellos seres solidarios, que puedan ver al otro, que no sean tan individualistas como en el sistema en que ellos crecieron. Yo me eduqué en la comunidad cristiana sin ser católica, fui a recreación y a las ollas comunes sin ser católica, pero el espacio igual estaba para mí, estuve mi adolescencia, y mi juventud también la pasé ahí, estuve en los ENJUPO, en los centros juveniles. Esos espacios estaban abiertos para mí y para mis amigos.



Isabel Lienlaf Quilaqueo.

Nadia Martínez.

¿Y por qué voy a arrancar? Solo trabajé para que la gente tuviera un plato de comida

Isabel Lienlaf Quilaqueo

Me llamo Isabel Fresia Lienlaf Quilaqueo, orgullosa de tener esos apellidos, me siento muy orgullosa. Estuve casada 56 años con mi marido que falleció hace poco. Tuvimos tres hijos; dos ya se fueron a otro mundo a descansar y ahora se fue mi marido, me queda el único hijo, el Tito, se llama Héctor Antonio Huenchulaf Lienlaf, pero todos lo conocen como Tito. Mi hermano vive conmigo hace más de 10 años, es el hermano menor; nosotros éramos cinco hermanos y de los cinco quedamos tres.

Yo soy nacida en el sur, en la novena región, en Cunco, así se llama el pueblo, allí va a comprar las cosas la gente, es el pueblo que tenemos más cercano. Nací en el campo, mi papá tenía terreno en Pitrunco. Después me vine a Santiago a trabajar a una casa particular. Tenía como 14 años cuando salí de la casa, salí jovencita. Así que todo lo que me pasa, todo lo que me tenía que pasar, yo lo aprendí sola.

Estudí en el campo, llegué a tercero preparatoria en esos años, ahora es la básica, y me tocaba cuarto y no lo hice. Me costó harto salir de la casa, mi papá no quería, y yo era más inteligente que mi hermana –según él, tenía mejor memoria–. Mi papá quería que nosotros tuviéramos una profesión para después vivir bien y no andar sufriendo por ahí, mendigando

un trabajo. “Teniendo una profesión, ustedes trabajan”, nos decía él. Él quería que yo fuera modista y siempre buscaba algún taller de modista –antes era sastrería, donde hacían ropa se llamaba sastrería, después lo cambiaron por modista–; siempre me llevaba ahí para sacar hilván, para hilvanar la ropa. Después nos trajo al pueblo, a Cunco, vinimos tres: yo, mi hermana y un hermano que todavía vive en el campo que dejó mi papá, ahí vive solito, tiene más de 70 años y vive solo. Entonces llegamos, nos arrendó una casita y nosotros mismos hacíamos la comida.

Cuando me casé con mi marido, yo vivía en San Miguel. Mi viejo había comprado un sitio con un hermano, el hermano ya era casado, tenía cuatro hijos y andaba arrendando con la señora. Mi viejo trabajaba como tejedor textil, no me acuerdo cómo se llamaba la fábrica que después quebró porque no había lana; entonces, tuvieron que cerrar las fábricas, trabajaban varias personas ahí y no encontraban lana, entonces llegó el caballero, les pagó todo y terminó la fábrica.

A mi marido lo conocí en el sur, éramos vecinos, nos llevábamos por 18 años de diferencia, y él dice que me conoció niñita, chiquitita y siempre venía a la casa de mi papá. A él se le murió la mamá cuando tenía ocho años, también fueron cinco hermanos, cuatro hombres y una mujer. Siempre me decía que nos casáramos y yo trabajaba puertas adentro, entonces nos juntamos y llegué a vivir a la casa de mi cuñado, tenían puras casas de madera y el techo de fonola. En esos años no se conocía el pizarreño ni la plancha de zinc, la fonola es puro cartón pintado. La casa tenía ocho piezas y mi cuñado arrendaba una parte, ahí yo tenía una pieza.

Cuando nació el Tito había que tenerle su cuna, entonces una pieza yo la dividía en dormitorio, comedor y cocina. Mi marido siempre me decía que él se podía casar cualquier día conmigo y yo no iba a andar arrendando: “tú vas a tener tu

casa, vas a tener donde llegar, nadie te va a echar, nadie te va a molestar”. Pero yo no me sentía bien, yo no quería una pieza no más, total que después le dije a mi viejo que no quería estar así, porque yo pensaba: “¿y si cualquier día se enoja el hermano o su señora y me echan a la calle?”. Entonces conseguimos dos piezas más, pero había que arreglarlas, el piso era de esa madera ancha, no era cepillada, y yo quería madera buena, bonita, para encerarla. Él compró la madera, sacó toda la madera antigua y puso piso; también arregló el cielo, porque se veían las vigas, todo al aire, y arregló la casa, él mismo hacía el trabajo.

Un día domingo... en marzo, no me acuerdo la fecha, cuando terminó todo el trabajo me dijo que iba a ir a ver a su hermano que vivía por ahí cerca y estaba recién casado; y, claro, yo no me fijé, me puse a hacer masa y tenía una cocinita, un horno que ponía encima de la cocina a parafina –tenía cocina a parafina y lo ponía arriba, igual que la tetera, y hacía mi asado, hacía pan– y de repente entró el humo, tenía la puerta abierta y salí a mirar. La señora de al lado trabajaba, en esos tiempos no pasaban basureros, uno tenía que pagar, pasaban niñitos con su carrito sacando la basura y uno les daba una monedita, pero ella no lo hacía porque pasaban temprano o en la semana, cuando ella no estaba. Entonces iba juntando la basura, y ese día ella le prendió fuego a la basura, se fue quemando, quemando, quemando hasta que agarró fuerza. Se quemaron siete casas, todas casas de madera, todas con techo de fonola. Mi cuñada, que venía llegando, también salió a mirar el humo a los pies de la casa de nosotros, todos corriendo y ya no se podía hacer nada; las llamas ya estaban hasta arriba. En media hora estaban todas las casas quemadas, terminamos en la calle. Yo estaba embarazada de seis meses, esperando al Chechito. Seis meses estuvimos donde una vecina, mientras compraba la madera y hacía la rancho mi viejo, separados mejor, no podíamos estar juntos, no pudimos hacer la casa juntos.

Una señora que arrendaba ahí mismo había ido a inscribirse al campamento Violeta Parra y me avisó. Así se formó el campamento, se fue avisando entre gente conocida. Era para todas las personas que no tenían casa, había que llevar el carnet y yo fui con ella. Teníamos que ir a reunión todos los domingos y a la persona que faltaba le ponían ausente, igual que cuando uno va al colegio. Yo no fallaba los días domingos. Ahí, en el campamento, se hacían las reuniones, estuvimos como cuatro o cinco años yo creo, veníamos a las reuniones y después, a toda la gente que tenía su plata, las 68 cuotas en la libreta, se la anotaban. La asistente social hacía reuniones todos los domingos; decían que la persona tenía que vivir y dormir ahí, había carpas, muchas carpas, a veces alojaba una persona, otras veces no se alojaba nadie; el Tito ya caminaba, tenía dos o tres años y yo andaba con él siempre, no lo dejaba. Cuando me dijeron que yo estaba con todos los puntajes bien y que estaba segura, ahí le conté a mi viejo, le dije que me había inscrito, que iban a entregar el sitio. Nosotros estábamos luchando por sitio y casa, la casa no nos alcanzó a salir porque derrocaron a Allende.

En el gobierno de la Unidad Popular, recuerdo que inventaron el mercado negro, ni siquiera había pasta de dientes, porque los ricos fondearon todo para hacerle daño a las personas de más abajo, no había qué comprar, aunque la gente tenía plata. El vecino decía que donde él trabajaba vendían televisores: “hay teles, pero se van a perder, las fondean los ricos, los ricachones fondean las cosas y después las venden más caras, dicen que les llegan pedidos y las venden al doble”. Le pedimos si podía conseguir una como para él, que valía entre 10 y 20 lucas y le dijimos que trajera una tele grande, pero en blanco y negro, no había teles a color tampoco; le dimos la plata y estuvo como un año con la plata y todos los fines de mes le decíamos “¿y la tele?, ¿hay o no hay?”. Nos decía: “ahora no venden, van a llegar”, o que a veces llegaban, pero preferían venderlas a los amigos. Al final nos devolvió la plata. Con el tiempo mi vecina se compró una tele, se consiguió una

chica, de 12 pulgadas, blanco y negro, y así el Tito podía ver monos animados, cuando empezaba el programa, como a las cinco de la tarde. Entonces las niñas lo venían a buscar o mi vecina me llamaba: “¡vecinaaaaa, ya empezó el pájaro loco!”

Yo estaba en la JAP –eso de la JAP era de una no más, si uno quería mantener a su gente, había que meterse ahí, a trabajar-. Los camiones llegaban a Salvador Gutiérrez; entonces yo tenía un carretón y mi viejo me ayudaba, íbamos a buscar las cosas. Nadie te asaltaba, nadie salía, uno no andaba pensando que te iban a robar. Entre todos nos cuidábamos.

El 11 de septiembre me acuerdo que como a las 10 de la mañana empezaron a dar informaciones por la radio, de La Moneda: que llegaron los militares, que van a derrocar al presidente, que el presidente no quiere abrir la puerta, que se encerró. Mi viejo andaba trabajando en Molina y allá supieron que iban a derrocar al presidente y el patrón los echó a todos para afuera, cerró la fábrica. No había micros, pero sí camionetas y camiones. El que tenía vehículo salió con su vehículo a llevar a la gente a sus casas. Salieron todos, se encaramaban arriba del camión, de la camioneta; él tomó un camión y lo dejó por ahí en San Pablo, de ahí bajó y tomó otra camioneta que lo dejó por acá en Gutiérrez y llegó como a las 12 de la noche, asustado.

Como yo era delegada de la JAP, creyeron que yo era comunista, todo el que trabajaba por la otra gente era comunista. Y vienen las vecinas de acá al lado, viene el Julio y me dice: “señora Isabel, escóndase, salga de la casa, andan buscando a todos los que trabajan en la JAP, en el comedor, porque son comunistas y a todos los comunistas los andan buscando”. Y yo dije: “pero si yo no he hecho nada, yo estoy haciendo un favor y por qué vienen a allanarme o a buscarme”. Y se llevaron a tanta gente que todavía está desaparecida, eso no es mentira, no es cuento, nunca se supo de esa gente que está desaparecida.

Y después vinieron varias señoras: “señora Isabel, váyase para San Miguel”. Era peor que aquí, yo creo, ¿y cómo iba a llegar para allá?, y ¿dejar a los niños? Y viene mi cuñada, llorando, y me dice: “Isabelita, Isabelita, ándate”. Entonces le dije: “¿y por qué me voy a arrancar?, no he hecho ninguna cosa mala, no he robado, no he matado a nadie ¿por qué me voy a arrancar?”. Y me dijo: “porque trabajaste en la JAP, en el comedor y a toda esa gente la están buscando porque son comunistas”. Yo le contesté: “voy a poner a los tres cabros y a mí, y si vienen aquí, yo les voy a decir que me maten con los tres cabros, así les voy a decir; no tengo por qué esconderme, porque yo trabajé bien, trabajé para que la gente tuviera un plato de comida, por eso trabajé yo, no teníamos sueldo, era voluntario”, y no pasó nunca nada, gracias a Dios.

Para la dictadura todos estábamos asustados porque andaban los milicos en camiones apuntando a la gente, ahí éramos todos malos, no había gente buena. Ahora que hay tanto vicio da miedo andar en la calle, pero en ese tiempo no era así, porque toda la gente era sana, no se conocía la marihuana, qué sé yo, eso echó a perder más la historia. Había pobreza y miedo, que entraban de repente, allanaban las casas, y uno no dormía bien, allanaban ahí en Lo Amor y asustada yo con los chiquillos, que me decían: “mami, allanaron ahí al frente, vienen para acá, van a allanar ahí y nos van a venir a allanar a nosotros”. Llegaban y se metían en la casa, no había respeto, no respetaban nada, ellos decían: “aquí hay comunismo” y qué sé yo, al final todos éramos comunistas... todos éramos comunistas. Y entraban y daban vuelta todo.

Recuerdo a la abuelita de la presidenta de la junta de vecinos. Esa señora pasaba aquí. Mi viejo tenía un carretón de manos, ese carretón le sirvió a mucha gente, porque iban a comprar madera para hacer las casas, para agrandarla, o madera para el piso. El carretón no paraba, venía uno y otro y así. Y esa señora lo tenía siempre, tres o cuatro días. Muchas veces

venía la gente y yo les decía: “lo tienen allá, dígale que se lo pasen”, porque ella tenía negocio en la feria, entonces le servía el carretón para llevar las cosas. Ellos, creo que son momios, decían que toda la gente que se juntaba en la capilla era comunista, eran todos comunistas. Pero nosotros le pasábamos el carretón igual, si eran vecinos.

Recuerdo que cuando mataron a un carabinero, los milicos andaban buscando por aquí en camioneta, y todos dijeron que en la capilla se juntaban los comunistas: “ahí se juntan todas las noches y son todos comunistas” y nombraron al Tito y dijeron donde vivía. “Ese pasa ahí en la capilla, ese es comunista y ese debe haber matado al carabinero anoche”, que lo había visto todo, según ella. Y llegaron, yo andaba trabajando. Estaban los tres: el Chechito, el Juanito y el Tito, que venía saliendo del hospital, porque en el trabajo se había caído la galleta, esa para cortar, y –menos mal que no le cortó la cabeza– le cortó aquí el hueso y, bañado en sangre, lo agarraron del trabajo y lo llevaron al hospital. Ya lo habían dado de alta y ese día tenía control médico, todavía estaba con venda y como la vieja de los tarros dio el nombre y donde vivía, llegaron para acá los carabineros, entraron y todo; no miraron a los niños ni nada, se metieron a la pieza y gritaban: “¿dónde tienen las armas?”. Buscando, levantaron hasta el colchón, dicen el Juanito y el Sergio; estaban tomando desayuno porque después de eso el Tito iba al médico. Dicen que lo agarraron de la ropa, lo sacaron a la calle y lo tiraron al suelo, llegaron las vecinas: “qué van a hacer con él, viene saliendo del hospital, está accidentado, pero él es un niño que trabaja”. Llegó el Chechito y les dijo que dejaran a su hermano. Luego pasó una vecina, la Mireya, de la paquetería, y ella, que tiene blablá, les dijo que andaban muy perdidos. Igual allanaron todo, desarmaron todo, levantaron todas las cosas. No encontraron armas, no encontraron nada. Fueron muy sin respeto, no respetaban nada, por eso es que hay tanta gente desaparecida, hay mamás que estaban esperando guagüitas y ojalá nunca más pase esto, da miedo.

Yo no trabajé en la capilla, nosotros estábamos en las Carmelitas. Yo trabajé con las monjitas, hicimos un comedor, toda la gente sin trabajo, tanto niño desnutrido, no conocían un plato de almuerzo. Entonces, yo me acerqué por el catecismo, a inscribir al Tito que ya tenía ocho años, le correspondía hacer la primera comunión y llegué ahí; hacíamos reuniones y teníamos que llevar un piso, un asiento, porque no teníamos banca, no había nada, cada uno llevaba su asiento. Y había harta gente. En el comedor, la monja nos dijo: “tanta gente que no tiene qué comer, los niñitos, tanto niño chico desnutrido y pobre”; estaban muy mal las cosas y cada día peor, en vez de arreglarse iba empeorando. Y una de las monjas –había cuatro–, la hermana Genoveva, nos dijo que podíamos hacer un comedor: “hicimos una comisión para que trabajen en el comedor, para que vengan a cocinar, hacer reuniones, salir a pedir, ir a la feria a pedir cosas”; para eso, teníamos que llevar una carta informando que teníamos un comedor abierto para los niños y que nos dieran algo. Íbamos a la Vicaría a pedir, allá nos daban la leche, azúcar, arroz, hasta harina cruda. Después fuimos a Caritas Chile. Había más o menos como 40 o 50 niños; iban adultos también, había que anotar a las personas y algunos iban a retirar el plato, llevaban su ollita para dos o tres personas.

Después de eso se formó la canasta y ahí había que nombrar una delegada; donde la María Angulo llegaban los camiones con el alimento, en la noche. A veces teníamos que estar a las 11 o 12 de la noche, llegaban los camiones con pollo. Nos mandaban un pollito, aceite, como cinco cosas. Todo venía empaquetado y con el nombre: manzana 33, sitio 20. Uno revisaba bien, tenía a las personas anotadas en el cuaderno, de qué manzana, qué sitio, el nombre.



Isabel muestra, orgullosa, una fotografía con su tukuluwün (prendas tradicionales mapuche).
Nadia Martínez.

Yo me metí ahí porque no había otra persona, tenía que haber una delegada para poder retirar esas cosas, si no, la gente no tenía nada. Buscamos, buscamos quién y nada, nadie quería. Yo me ofrecí de delegada y después yo les avisaba del día que iba a llegar pollo o carne. Una semana pollo, la otra semana carne de vacuno, cazuela, huesito. Entonces, yo les decía: “ya, la otra semana va a tocar cazuela” y todos sabían, toda la gente pendiente del camión, a veces llegaba a las tres de la mañana, y una ahí, parada en la humedad, lloviendo, un frío terrible.

Las monjas se cansaron y se fueron, cada cual se fue a su país. Se fueron, se acabó el comedor. Después llegaron los

curas, yo no trabajé con los curas. Hicieron ollas comunes, cocinaban afuera, hacían fondos. Después llegó el padre Liam, él siempre hacía misa los días domingos o visitaba la casa, siempre venía. Fuimos muy amigos, lo llevamos al sur, conoció a mi papá y a mi mamá, estuvo allá como diez días, no quería venirse después (se ríe). Lo encontró tan lindo, tan bonito, qué sé yo, y toda la gente allá adoraba al cura, lo abrazaban, todos lo invitaban: “¿y cuándo va a volver? venga cuando quiera no más” y si yo no lo recibía, había alguien que lo iba a recibir. Nunca más fue, solo una vez, y después empezó con su enfermedad.

El padre Liam era muy querido por la gente de la población y siempre nos acordamos de él. Y desde el año 2000, una de las calles principales de la población, que se llamaba Los Tordos, hoy se llama Padre Liam Holohan. Como un homenaje.



Pascuala Rebolledo Álvarez.
Nadia Martínez.

Hay que mantener los recuerdos y la lucha de los antiguos

Pascuala Rebolledo Álvarez

Yo soy Pascuala Rebolledo Álvarez, hija de la señora Pascuala Álvarez Saavedra que inició el comprando juntos y la olla común. Mi mamá llegó a la toma de Mapocho, en la Endesa, y después de ahí, ella compró el sitio acá; puede haber sido en los años setenta, porque me acuerdo que yo estaba con mi abuela cuando fue el golpe militar y mi mamá ya estaba acá.

Me acuerdo de eso, porque mi papá salió con el vecino a buscar pan aquí a la calle Catamarca, que antiguamente era Samuel Izquierdo, y ahí lo sacaron de las filas del pan. Mi papá estuvo desaparecido mucho tiempo, si no fuera por las monjas no lo hubiésemos encontrado. Él estuvo en el Estadio Nacional y mi mamá se hizo asesorar por las monjas y lo buscaron y buscaron, fueron al Arzobispado y le hicieron un recurso de amparo para poder ubicarlo; mi papá no era político, o sea, no estaba metido en política. Mi mamá, con las monjas y todo, lo pudieron encontrar, a pesar de que estaba sin sus nombres y sin sus apellidos.

Mi mamá venía de Temuco y mi papá de Cauquenes, de allá llegaron a Santiago, se conocieron acá; yo creo que se vinieron por mis abuelos y la necesidad, porque ellos eran campesinos y tenían muchos hijos que después se les fueron muriendo, de los 14 hijos que tenían quedaron cuatro. Mi mamá llegó a arrendar con su mamá y sus hermanas, de allá del sur, y la mamá de mi papá, mi abuelita, le ofreció arriendo en su

casa y ahí se conocieron. Primero vivieron en el campamento de Mapocho, en una carpa, yo creo que ellos estaban en un comité de vivienda, después tuvieron su sitio y comenzaron a construir.

La pobreza es dura. Nosotros éramos pequeños y teníamos que racionar el pan para que nos alcanzara. Mi papá trabajaba en construcción y estaba escaso el trabajo. Cuando comenzó la crisis económica nos comenzamos a organizar con las monjas; ellas vivían donde estaba la Isabel Vera, eran monjas de hábito que usaban vestido y toca gris; había unas que eran extranjeras y otras que eran de acá. Ellas nos apoyaron, con la idea de que se podían unir para formar una olla común y después el comprando juntos.

Había harta pobreza, en esos tiempos el que tenía un televisor era una persona que tenía dinero. En las familias numerosas la ropa del mayor pasaba al segundo y del segundo al tercero; con los zapatos era lo mismo, pasaban del mayor al menor y en la feria se compraba la ropa usada.

Me parece que la olla común fue primero que el comprando juntos, o fueron las dos casi al mismo tiempo, porque igual me acuerdo que íbamos a la olla común a buscar la porción de almuerzo, o bien nos sentábamos allá a almorzar. Y el fin de semana era el comprando juntos, era una alternativa más barata, comprábamos el bateroil [*butter oil*], azúcar, harina, aceite, té, café; ahí nos abastecíamos.

La olla común se hacía en el comunitario, que era un lugar abierto y había unas casetas donde se hacían cosas y ahí prestaban para cocinar. Se ponían de acuerdo qué día le tocaba cocinar a una, que día le tocaba a la otra, dónde tenían que ir a pedir a la feria; se trataba de conseguir el poroto, la lenteja, con distribuidores, se mandaba una carta, de repente mandaban donaciones, la carne y cosas así, o si no, se iba a las carnicerías a pedir. Se cocinaba todos los días, de lunes

a viernes, y la recolección se hacía el día anterior; entre dos personas se encargaban de la cocina. Cuando no había gas se cocinaba a leña.

Las personas sabían que tenían que ir a buscar la comida a tal hora, siempre se iba sumando más gente, por el rumor se sabía; las personas decían cuántas porciones querían, llegaban mujeres, hombres y niños. La olla duró años, terminó cuando ya la gente empezó a tener una estabilidad, un poco más; mi hermano siguió en eso con otra señora; hubo un recambio, claro, y después de a poco se fue apagando.

El comprando juntos era en la capilla y con los curas, el padre Desmond y el padre Liam. El padre Liam fue importante, salía a las calles en las protestas, cuando había heridos. Había que ser valiente para salir a organizarse, por eso salieron las mujeres, nosotras somos menos miedosas. No se podía comunicar mucho, no se podía andar en las calles. A los sacerdotes que estaban con el pueblo, los perseguían. El Mariano Puga era de la Población Herminda de la Victoria y todavía sigue en la lucha²¹. También estaban las monjas aquí, la Madre Luisa, que ahora ya no es monja, vive acá en el sector Lo Amor.

Del grupo de mujeres casi todas eran casadas, yo acompañaba a mi mamá a buscar cosas a la feria, cuando teníamos que salir a recolectar las verduras, ahí nos tocaba ir a ayudarle; en la cocina no, ahí no se metían los niños, solamente las personas adultas y teníamos que esperar nuestro turno para almorzar, se hacían dos fondos de comida, uno para la gente que venía y que no estaba integrada a la olla común y otro para las que estaban integrando siempre la olla común, pero se cocinaba lo mismo.

.....

21. Mariano Puga se destacó por la defensa de los derechos humanos durante la dictadura cívico-militar. Conocido como “cura obrero”, murió el 14 de marzo de 2020. La entrevista se realizó con anterioridad a esa fecha (N. de la E.).

Como en todos lados, de repente había problemas, pero como mi mamá era de un carácter igual que el mío, decía: “nada de problemas”, se aclaraba que no era con fines de lucro, que era una ayuda; entonces, el que quería lo aceptaba y el que no, tenía que buscar dónde recurrir para almorzar. Yo creo que hacían más de 200 raciones diarias, era difícil saber. Mi mamá no sabía leer ni escribir, pero sí calculaba mentalmente, no la podían engañar. La olla común fue una gran ayuda para la gente que no tenía un plato de comida.

En la población teníamos hartos grupos, las colonias, Sigamos Juntos, que era un grupo de niños a los que se les repartía leche y sándwiches; también era ayuda de afuera. Todos estos grupos eran parte de la comunidad cristiana, ahí llegábamos todos, las mujeres, los jóvenes, los niños.

Había hartas actividades: estaba el huerto, donde se plantaban zanahorias y otras verduras. También hacíamos salsa de tomate y la envasábamos en botellas y después tuvimos la crianza de los cuyes, unas arduillas tipo ratón; también vendimos ropa usada, la idea era apoyarse y que no faltara para comer y vestirse, lo principal.

Pienso que es importante organizarse, la gente no toma la gravedad de lo que estamos viviendo, estamos muy superficiales. Es necesario que la gente joven conozca y tome conciencia de la necesidad de apoyarse unos a otros.

Antes éramos tan unidos, la gente antigua ha ido falleciendo, mi papá, don Manuel, el caballero de aquí al frente, don Antonio, la señora Isabel, don Fernando, no están ellos. Y los que van quedando son la mamá de la Delma, la señora Elena, que también es antigua. Hay que mantener los recuerdos y la lucha de los antiguos.

Siglas utilizadas

ENJUPO:	Encuentro juvenil poblacional.
JAP:	Juntas de abastecimiento y control de precios (creadas en 1972).
OEP:	Organizaciones económicas populares.
PEM:	Programa de empleo mínimo (establecido en 1975).
PET:	Programa de economía del trabajo.
POJH:	Programa de ocupación para jefes de hogar (creado en 1982).



Isabel Vera Arroyo



Rosa Suazo Varela



María Teresa Valenzuela
Varas



Marisa Ortiz Guerrero



Nora Lira Matus



Idalia Troncoso Meza



Maribel Flores Díaz



Isabel Lienlaf Quilaqueo



Pascuala Rebolledo
Álvarez

Nuestras protagonistas nutren, con sus aprendizajes y saberes, la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres. “Lo personal es político” cobra vida en la cotidianidad de las pobladoras de la Sara Gajardo.